



Bradem

Hermanos Ramsay 2

Adrian Blake



Bradem

Hermanos Ramsay 2

Adrian Blake



El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Junio de 2018

Título original: Bradem

Adrian Blake© 2018

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Shutterstock

Introducción

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Introducción

Mataría a Bruce con mis propias manos... si no resultase ser el cabronazo de mi hermano. No entiendo por qué me ha hecho ponerme un jodido kilt para su boda... con lo a gusto que estaría yo con unos pantalones.

Desde que volvió de Nueva York con Amber se ha convertido en un hombre nuevo... para alivio de todos. Dejó su trabajo en el museo y se dedicó por completo al negocio familiar, y en cuanto vuelvan del viaje de novios se harán cargo juntos del hotel de Stornoway para que yo pueda moverme tranquilamente por todos los hoteles sin preocuparme de él.

Ahora estoy parado junto a ellos, esperando que el pastor les case. Aunque intento evitarlo me muevo incómodo, porque tengo la sensación de que los huevos se me van a salir por un lado de los bóxers. Bruce me mira divertido y se muerde el labio para intentar no soltar una carcajada, y de no ser porque estamos ante un hombre de Dios le daría una hostia por ser tan gilipollas.

—Yo os declaro marido y mujer —sentencia por fin el párroco—. Puedes besar a la novia.

Una hora después, me encuentro bailando con Mel, que ha sido la dama de honor de Amber y que por suerte se ha deshecho de su pelo azul para apostar por un rubio ceniza para la boda. No volvimos a hablar desde que ella se marchó y reconozco que me he sentido bastante incómodo estos días por tener que tratar con ella.

—Puedes relajarte, ¿sabes? —protesta de repente— No voy a morderte, maldita sea.

—Estoy relajado —miento.

—¡Claro que sí, guapo! Por eso parece que bailas con un palo metido por el culo.

—Es este maldito kilt, no entiendo por qué cojones mi hermano nos ha hecho ponernos esto. ¡Vivimos en el siglo XXI, por amor de Dios!

—Es divertido —dice sonriendo—. A Amber le gusta que él lo lleve y tu hermano solo quiere complacerla.

—Pues que la complazca él solo, que no me meta a mí en sus historias.

—¿Es que has olvidado cómo es divertirse?

—No tengo tiempo para diversiones.

—Cuando follábamos no eras así de gilipollas, ¿sabes?

—No soy gilipollas, voy a terminar con los huevos cocidos y no me apetece pasarme una semana andando como si hubiese montado a caballo.

—Algún día conocerás una mujer que te vuelva el mundo del revés, Bradem, y ojalá ella no quiera tener nada que ver contigo.

—El día que eso ocurra las ranas tendrán pelo y tocarán la guitarra eléctrica.

De pronto, llega hasta mí el sonido de una risa. Es dulce, armoniosa, y casi sin darme cuenta he dejado a Mel plantada en la pista de baile para seguir esa voz. Su dueña, una mujer menuda de cabello castaño y ojos azules, está sentada junto a Grant, que se propone seducirla con sus artes de seducción.

—¿Interrumpo algo? —pregunto sentándome junto a mi hermano con una sonrisa.

—Brad, déjame presentarte a Reese, una amiga de Amber. Reese, él es mi hermano Bradem.

—Así que tú eres el magnate del imperio Ramsay... —contesta ella mirándome de arriba abajo.

—Solo soy un hombre que se ocupa del negocio familiar.

—Intentaba convencer a Reese para que convenciera a su amiga Joice de que baile conmigo —dice Grant—, pero es bastante inflexible.

—Ya te he dicho que si quieres bailar con ella, solo tienes que pedírselo tú mismo —contesta ella—. Estoy segura de que te concederá al menos un baile.

—Pero con tu ayuda seguro que tengo más posibilidades.

—No pienso ayudarte a llevártela a la cama, ¿sabes? —contesta ella con una carcajada.

—Está bien, está bien —dice Grant levantándose—. Iré a preguntarle yo mismo. Te dejo en buenas manos, preciosa. Mi hermano es casi tan bueno como yo.

Le hago un corte de manga y le veo alejarse hasta una rubia imponente que está parada junto a la barra. Me vuelvo hacia Reese, que tiene la cabeza apoyada en las manos y me mira con curiosidad.

—¿Qué? —pregunto sin poder evitar reírme.

—Te imaginaba muy diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—No sé... cuando Amber me habló de ti te pintó casi como si fueras Maléfica, pero en tío.

—¿Eso piensa Amber de mí? —pregunto con una ceja arqueada.

—Bueno, no es que piense que eres mala persona, pero sí que eres intimidante.

—No es que hubiésemos hablado demasiado antes de volver a Nueva York, la verdad. ¿Y cuál es tu opinión?

—La verdad es que no eres tan malo. Creo que aparentas ser un hombre despiadado y serio para que no te rompan el corazón.

—¿Eso crees? —pregunto con una sonrisa— Pues siento decirte que estás muy equivocada. Aparento ser un hombre despiadado porque soy dueño de un negocio de mucha importancia y tengo que ser implacable, pero no tiene nada que ver con mi corazón.

—Si tú lo dices...

—Créeme, preciosa, no tienes que temer por mi corazón porque hace tiempo que no lo tengo.

—¿Eso crees? Te he visto hablar con tu familia y se nota a la legua que les quieres con locura. Si no, ¿por qué te has puesto esa falda? Se nota muchísimo que estás incómodo con ella.

—¿Falda? ¿En serio? Para tu información, preciosa, esto es un kilt, el atuendo de un guerrero escocés, no una falda.

—A mí me sigue pareciendo una falda. No me malinterpretes, estás de lo más sexy con ella, pero...

—Así que te parezco sexy... ¿Qué te parece si desaparecemos por unas horas y te enseño lo sexy que puedo llegar a ser? —ronroneo.

—Cielo... por muy guapo que seas, no me acostaría contigo ni aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra. Te has acostado con mi mejor amiga, no pienso comerme sus sobras.

Dicho esto, Reese se levanta de la silla y me deja con un palmo de narices. ¿Qué coño acaba de pasar? De repente siento unas ganas irrefrenables de hacerla tragarse sus palabras... y llevarla de cabeza a mi cama.

Prólogo

Me despierto con la sensación de no estar solo en mi cama. Abro los ojos para ver que no ha amanecido todavía, así que por lo menos me quedan un par de horas más hasta tener que irme a trabajar. Miro hacia mi izquierda y veo sobresalir bajo las mantas una larga melena rubia que desprende un leve perfume a rosas. ¿Cómo demonios se llamaba esta mujer? ¿Kaitlin? ¿Kate? Mierda, no logro recordarlo. Lo que sí recuerdo es la dulce sensación de enterrarme por completo en ella y follármela hasta llegar al orgasmo.

Estiro una mano y acaricio la piel suave de su culo prieto, y hundo el dedo entre sus cachetes para adentrarme entre los labios de su sexo. Ella gime entre sueños y su único movimiento es el de abrir más las piernas para que pueda acceder a su carne más fácilmente. Mi polla empieza a cobrar vida bajo la sábana y pego mi cuerpo al suyo para poder besar su cuello. Inmediatamente ella se da la vuelta y enreda sus brazos en mi cuello para pegar su boca hambrienta a la mía, y arquea la espalda para que mi verga quede acunada entre sus pliegues. Ya está húmeda, caliente y dispuesta para mí, y con un movimiento de mis caderas me adentro lentamente en ella.

La chica misteriosa suspira, hunde sus dientes en la piel de mi clavícula y me aprisiona entre sus piernas, clavando sus talones en mis gemelos. Comienzo a moverme despacio, haciéndola desear que vaya más deprisa, y sus caderas me salen al encuentro cada vez que salgo de ella hasta la punta. Está lista para correrse, lo siento en las contracciones de sus paredes vaginales, pero yo aún no estoy listo para que lo haga. Salgo de su cuerpo y bajo con mi boca por su pecho hasta encontrarme con su estómago, y hundo la lengua en su ombligo antes de enterrar la cabeza entre sus piernas y darme un festín con su sexo húmedo y caliente. Su miel espesa y dulce llena mi lengua a cada lamida y sus dedos se enredan en mi pelo para impedirme que me aparte antes de llevarla al orgasmo.

Cuando siento sus piernas convulsionarse cerca del clímax, me aparto de ella y me levanto de la cama para ir a darme una ducha. Soy un cabrón, lo reconozco, pero sé que ella va a seguirme en tres, dos, uno...

—Eres un hijo de puta —me espeta desde la mampara de la ducha.

Tiro de ella con brusquedad y la meto conmigo en el cubículo lleno de vapor. Ella jadea, pero no se opone a que la coloque de cara a la pared y aplaste sus tetas contra las losas antes de empalarla por detrás. Sus manos se abren sobre la fría superficie, su mejilla queda aplastada por la fuerza con la que me agarro a su cabeza y su culo tiembla como si fuera gelatina cada vez que me incrusto en ella. Fuerte, deprisa, sin pausa. La chica grita cuando el orgasmo la recorre, pero la mantengo inmovilizada en la misma postura mientras embestida tras embestida me voy acercando al clímax. Siento cómo mis bolas se contraen cuando el orgasmo me recorre y salgo de ella en el último momento para correrme sobre su espalda curvada.

Ella se levanta lentamente y me mira con una sonrisa. Intenta abrazarme, pero sostengo sus brazos antes de que los acerque a mi cuerpo y me salgo de

la ducha para secarme.

—Deberías marcharte —digo antes de entrar de nuevo en la habitación.

Me vuelvo hacia el armario sin mirarla y saco uno de mis trajes de Armani, uno de raya diplomática azul marino.

—¿Quieres que me vaya ahora? —protesta— Ni siquiera ha amanecido.

—Te dije que no te ibas a quedar a dormir y ya son las... —Miro mi reloj—. Cinco de la mañana. Te pediré un taxi.

—Eres un hijo de puta —escupe recogiendo su ropa del suelo.

—Ya lo has dicho antes, preciosa. No te pongas pesadita.

—¿Solo ha sido un polvo y nada más?

—Yo no te he prometido nada que no haya cumplido.

—Creí que...

—Me importa una mierda lo que creíste. Te dije que ibas a tener sexo de primera esta noche y es lo que has tenido.

—¿Sabes qué? Ahórrate tu jodido taxi, soy capaz de buscarme uno yo misma.

—No voy a dejar que te vayas a casa sola. Es tarde y podría pasarte cualquier cosa.

—¡Vaya! ¿Ahora te preocupas por mí?

—Soy realista. Hay mucho delincuente suelto a estas horas de la noche.

—El único delincuente de la ciudad está ahora aquí conmigo, así que no tengo nada de qué preocuparme.

La mujer sale de la habitación dando un portazo y me dejo caer en la cama

con un suspiro. Cada vez que tengo que lidiar con alguna mujer de la ciudad me pasa lo mismo. Echo de menos aquellos días en los que Mel estaba por aquí, con ella todo era más fácil. No esperaba promesas que no puedo cumplir, nuestra relación se limitaba a la cama. Bueno, eso no es del todo cierto, pero Mel no es una mujer cualquiera. Ahora somos amigos, amigos de verdad, y dentro de... quince minutos he quedado para hablar con ella por Skype, como hacemos cada jueves desde que volvimos a encontrarnos en la boda de mi hermano.

Debería volver a follarme a una turista, con ellas todo es mucho más sencillo, pero mi hermano ahora se dedica a dirigir el hotel desde el despacho, así que no va a poder echarme una mano con eso y no tengo ganas de perder el tiempo en el *Glenelg* intentando cazar una mujer. Casi sin darme cuenta me viene a la mente la amiga de mi cuñada. Reese. Ese es un nombre que no consigo olvidar aunque me encantaría hacerlo. El brillo divertido de sus ojos azules llena mi mente como cada vez que me acuerdo de ella. No he vuelto a verla desde la boda de mi hermano y seguramente no vuelva a hacerlo nunca. Es una mujer excitantemente misteriosa y no hay nada que desee más que perderme en las curvas de su cuerpo. De repente, una idea macabra empieza a rondar por mi cabeza... Tal vez sea hora de que el negocio familiar se expanda más allá de las fronteras escocesas... aunque solo sea para acostarme con ella.

Capítulo 1

Desde que Bruce se decidió a trabajar conmigo en los hoteles tengo mucho más tiempo libre para mí. Gracias a ello he podido volver al gimnasio, salir con Grant de vez en cuando y hasta dedicarme a ligar con alguna turista sexy con ganas de aventuras, pero reconozco que aún no me he acostumbrado a no tener tantas responsabilidades en el hotel. Esta semana la tengo bastante libre, no viajo hasta el lunes que viene y el sábado es el bautizo de mi sobrina, así que esta tarde voy a irme de acampada con Grant, que tiene descanso en el hospital.

Entro por la puerta del hotel a las diez de la mañana después de un par de horas en el gimnasio, y Amber me mira desde el mostrador con una sonrisa. Desde que se casó con mi hermano ha dejado de tenerme ese miedo enfermizo que la hacía verme como a un ogro, y la verdad es que nos llevamos más que bien. Me acerco a ella y le doy un sonoro beso en los labios como de costumbre, para envidia de Moira, su compañera de trabajo que está loca por el jefe supremo.

—Buenos días, bombón —dice cuando la suelto—. ¿Has encontrado ya piso?

Elevo los ojos al cielo sin poder evitar una sonrisa. Cuando ella se mudó a la casa de mi hermano yo me marché a la suite del hotel para dejarles privacidad, y no deja de insistir en que busque un apartamento decente al que irme a vivir.

—Ni siquiera estoy buscando piso y lo sabes, Amber.

—Pues deberías.

—Estoy perfectamente en la suite, ¿sabes?

—¡Sí, vamos! ¡Allí estás de maravilla!

—Solo necesito una cama y una televisión, y tengo ambas cosas.

—Pero no tienes un hogar.

—No necesito un hogar, ya tengo el vuestro cuando voy de visita.

—No tienes por qué vivir en el hotel —protesta—. Sabes de sobra que Bruce y yo estaríamos encantados de que volvieres a mudarte a la casa. De hecho, ni siquiera sé por qué demonios tuviste que irte en primer lugar.

—Para dejaros intimidad. ¿Para qué si no?

—Pues si quieres que disfrute de esa intimidad que nos has dado, búscate un apartamento.

—Ya tengo una madre, Am.

—Sí, y te aseguro que ella está de acuerdo conmigo.

—¿Puedes dejar de preocuparte por mí? Estoy perfectamente.

—No puedes evitar que lo haga, eres mi familia y te quiero.

La abrazo sin poder evitarlo. Mi cuñada es tan dulce como el algodón de azúcar, pero a veces se pasa un poco con los sueños de color de rosa.

—Lo haré, ¿de acuerdo? Buscaré un apartamento pronto. Y ahora voy a ver a tu marido, que tengo que consultar algo con él.

Me alejo hasta los ascensores escuchando los susurros de Moira sobre lo bueno que estoy y la envidia que siente, y pulso el botón de la última planta antes de volverme hacia ellas y mandarles un guiño a mi admiradora no tan secreta. Mi cuñada eleva los ojos al cielo ante mi gesto, haciéndome reír a carcajadas antes de que las puertas del ascensor se cierren frente a mis narices. Cuando llego al despacho, mi hermano está enfrascado en unos documentos con el ceño fruncido y me saluda con la mano cuando me ve llegar.

—¿Qué ocurre? —pregunto sentándome en el sofá— Te veo bastante preocupado.

—Es este contrato. No lo entiendo muy bien y no quiero meter la pata firmándolo.

Me extiende el papel y lo leo detenidamente.

—¿Empresa de limpieza nueva? —pregunto arqueando una ceja— ¿Qué ha pasado con la anterior? Parecía bastante competente.

—Y lo era, pero nos estafaban. Amber se dio cuenta de que la gobernanta se llevaba productos de limpieza del almacén y cuando la interrogó confesó que eran para suministrar a la empresa para otros trabajos.

—¿En serio? Joder, ahora entiendo que la dueña se pudiese dar el capricho de viajar a Bali cada dos por tres. —Le entrego de nuevo el contrato tras leerlo detenidamente—. Fírmalo. Las condiciones son buenas y parece una empresa seria.

—Gracias. ¿Y qué te trae por aquí? Deberías estar preparando la mochila para la acampada.

—Lo sé, pero ayer se me ocurrió algo y quería consultarlo contigo antes de irme.

—Dispara.

—¿Qué te parece si nos expandimos fuera de Escocia? Nueva York, tal vez.

—¿Expandirnos? ¿Otra vez? No es buena idea, Brad. No estamos en condiciones financieras para hacerlo.

—Lo sé, pero podríamos pedir un préstamo para hacerlo. Nueva York es una de las ciudades más importantes del mundo, Bruce.

—En serio, ¿qué te has fumado?

—¿Por qué lo dices?

—Ya tenemos suficientes gastos como para meternos en otro más y lo sabes. Si lo hacemos nos arriesgamos a ir la quiebra.

—Solo estoy hablando hipotéticamente. Hay que hacer un estudio de mercado exhaustivo antes, pero creo que será una buena inversión.

—Nueva York está plagado de hoteles. ¿Qué tenemos nosotros que ofrecer que sea mejor?

—Por eso tal vez debería viajar allí para investigar un poco, ¿no crees?

—Vamos, suéltalo —dice mi hermano soltando el bolígrafo sobre la mesa y cruzándose de brazos—. ¿Qué hay detrás de todo ese interés en expandirte a Nueva York? ¿Es por Mel?

—¿Qué coño tiene que ver Mel en todo esto?

—Es tu amiga y vive en Nueva York, ¿no?

—No es por Mel, Bruce. De hecho hablé con ella ayer mismo por Skype.

—¿Entonces quién?

—Nadie que te importe.

—Por lo tanto tengo razón y es por una tía. ¿La conozco?

—Ni siquiera yo la conozco. Hablé un par de palabras con ella en tu boda nada más.

—A ver si me aclaro... ¿Quieres tragarte más de once horas de vuelo solo para intentar echar un polvo con una amiga de mi mujer?

Joder, visto así es una auténtica gilipollez... La verdad es que anoche sonaba mucho mejor en mi cabeza que en labios de mi hermano.

—Vale, olvida lo que he dicho —contesto avergonzado.

—Mejor, porque parece que el polvo de anoche no te sentó nada bien.

—¿Y tú cómo coño sabes que eché un polvo anoche?

—Resulta que la suite está al otro lado de la pared. Amber y yo dejamos a la niña con mamá un par de horas más para... cumplir una fantasía, y en vez de eso tuve que tapparle la boca a mi mujer porque no podía parar de reír.

—¿Le parece gracioso que folle? —pregunto con una sonrisa.

—No, le pareció hilarante la forma de... expresarse de tu acompañante.

Suelto una carcajada al recordar los maullidos que salían de la boca de la tía de anoche. Es la primera vez que me topo con una mujer tan expresiva... y tan rarita.

—Reconozco que hasta yo tuve que aguantarme la risa un par de veces —contesto.

—¿De dónde la has sacado, tío?

—Del *Glenelg*. Y te aseguro que estaba como un tren.

—No te lo discuto, pero era rarita de cojones. ¿Miau? ¿En serio?

—Le estaría dando muy bien y tal vez su cerebro sufrió un cortocircuito — digo con satisfacción.

—Menos lobos, Caperucita. Lo que pasa es que te buscaste a la más loca del pub para poder quitártela rápidamente de encima.

—Tienes razón, salió de la suite como alma que lleva el diablo y no tuve que pasar el mal trago de despedirla como otras veces.

—No entiendo qué satisfacción le ves a eso, Brad, en serio.

—¿Tengo que recordarte que antes de Amber tú eras exactamente igual que yo?

—Tal vez, pero he cambiado.

—Más te vale, porque como se te ocurra ponerle los cuernos a mi cuñada por muy hermano mío que seas te partiré las piernas.

—Estábamos hablando de ti, Brad.

—Lo sé, pero se me da que te cagas esquivar conversaciones que no me interesa tener.

Me levanto de mi asiento y me dirijo a la puerta.

—Me voy, tengo que comprar algunas cosas. Mi tienda de acampada está un poco vieja y quiero comprarme una nueva.

—Búscala de dos plazas, nunca sabes lo que te puedes encontrar cuando vas de acampada.

—Es cierto, tú encontraste a tu mujer.

Salgo del despacho con la risa de mi hermano a la espalda y me acerco al mostrador de recepción para despedirme de Amber, pero solo encuentro a Moira.

—¿Dónde está mi cuñada, Moira? —pregunto.

Ella me mira como si mi voz le hubiese derretido las bragas... y las neuronas. Después sonrío seductora y apoya los codos sobre el mostrador para que sus enormes pechos sobresalgan por el escote de la camisa. No vayas por ahí, preciosa... que soy tu jefe, pero la carne es débil.

—Ha ido a comprar unas cosas y volverá en diez minutos. ¿Quiere que le de algún recado, señor Ramsay?

Moira se acaricia el pelo con sensualidad. Joder, es que la tía está buena de narices, tiene unas curvas en las que cualquiera querría perderse y si es capaz de comportarse después...

—No, solo quería despedirme de ella. Hasta pronto.

—Hasta pronto, señor Ramsay.

Salgo del hotel con la satisfacción de haberme comportado como un campeón sin sucumbir a las insinuaciones de mi empleada y voy a la tienda de deportes a buscar las cosas que necesito. A las cuatro Grant y yo estamos montando las tiendas en una zona boscosa junto al mar a una hora al sur de Stornoway. Preparamos las cañas para ver si conseguimos pescar alguna lubina y nos echamos en las tumbonas a beber cerveza mientras se asa la carne que hemos traído.

—Esto es vida, tío —suspira Grant colocándose las manos en la nuca—. A veces echo de menos este silencio cuando estoy en el hospital.

—Yo había olvidado lo que es relajarse. Pasaba tanto tiempo en el hotel

que había días en los que apenas veía la luz del día.

—Por suerte ahora Bruce te echa una mano.

—La verdad es que me ha dejado sin mucho que hacer por aquí. Estoy pensando en mudarme a Edimburgo y llevar el hotel yo mismo.

—No digas gilipolleces, tu sitio está aquí.

—Mi sitio está donde esté el trabajo y Bruce me ha dejado sin él. Creo que quiere compensarme por todo el tiempo que ha pasado alejado del negocio, pero en vez de eso está agobiándome un montón.

—Piensa un poco, tío. Ahora que es padre querrá más tiempo libre para pasarlo con Amber y con la niña y podréis turnaros para ocuparos del hotel. Ya dejaste a un buen gerente en Edimburgo, organizaos mejor y ya está.

—Tienes razón. Cuando volvamos hablaré con él sobre el asunto.

—Ahora relájate y disfruta de la paz de la naturaleza. Creo que a ambos nos hace falta.

Cierro los ojos un momento, pero la imagen de Reese vuelve a mi memoria como un fantasma. ¿Por qué esa mujer me obsesiona tanto? Estuvo aquí un par de días, se fue y no quiso follar conmigo. Fin de la historia.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —pregunto pensando en Moira.

—Mientras no sea nada referente a tu trabajo...

—No exactamente. ¿Crees que sería ético que me acostase con una de mis empleadas?

—¿Es mayor de edad?

—¡Pues claro que lo es! ¿Qué pregunta es esa?

—¿Está buena?

—Ya te digo... está para comérsela y no deja de tirar la caña a ver si pico.

—¿Y a qué coño esperas para follártela?

—No quiero que las cosas se pongan raras en el trabajo.

—Pues acláraselo antes. Yo me he acostado con gran parte de mis enfermeras, ¿sabes?

—¿Y no se ha puesto la cosa tensa después?

—No, porque siempre he sido claro desde el principio. Lo mejor es ver cómo intentan provocarme por los pasillos para repetir. Si algún día estoy cachondo las encierro en el cuarto de descanso y las dejo saciadas y contentas.

—Eres un capullo —digo con una sonrisa—. Ahora no me extraña que todas sean tan atentas contigo. Se lo pagas en carne.

—Esa es la idea.

—No creo que con Moira la cosa fuese tan sencilla, la verdad. Es descarada en sus insinuaciones y solo le hace falta violarme en el ascensor.

—Pues entonces no tienes nada que pensar. Ponle las pilas llamándole la atención o paseando delante de sus narices a alguna conquista para que se dé por aludida.

—El caso es que es rara la noche en la que no subo con alguna mujer a la habitación.

—Ese es el problema. Sabe que ninguna de ellas significa nada para ti. Tienes que buscarte una buena amiga que se haga pasar por tu chica y mudarte de una puta vez de la suite.

—No empieces tú también, Grant. Ya tengo bastante con Amber.

—Y tiene razón. Deberías hacerle caso y buscarte un apartamento. No es

sano vivir en una habitación por muy grande que sea.

—Voy a hacerlo. No me hace ninguna gracia que mi hermano y ella se cachondeen escuchándome follar desde el despacho de Bruce.

—¿En serio te han escuchado follar? —pregunta con una carcajada.

—Como lo oyes. Y seguro que no es la primera vez.

—Pues hazle caso de una vez a Am y búscate otro sitio para follar, Brad.

Al final no hemos pescado nada, así que retiramos las cañas, apagamos el fuego y nos vamos a dormir. En cuanto cierro los ojos aparece en mi mente la imagen de Moira vestida con su uniforme ajustado y esos preciosos melones a punto de hacer estallar el botón de la camisa. Se acerca a mí lentamente y aprieta sus tetas contra mi cuerpo para unir su boca a la mía. Casi sin darme cuenta mi mano baja por mi estómago hasta colarse bajo los bóxers y sujeto mi erección con firmeza mientras imagino cómo la desnudo lentamente. Me veo tumbándola en la cama y abriéndole las piernas para hundir mi lengua en sus pliegues mojados, y casi puedo sentir su sabor inundar mi boca. Muevo la mano más deprisa sobre mi carne, imaginando que estoy follándomela a pelo. Mis embestidas a su cuerpo me hacen mover las caderas sobre el saco de dormir y agarro mis bolas con la mano que tengo libre para acercar más el orgasmo. De pronto, la imagen de Moira cambia por completo. Ahora es Reese quien se encuentra debajo de mi cuerpo. Son sus manos las que me arañan la espalda, sus piernas las que me atrapan. Siento el capullo hinchado rozar la palma de mi mano una y otra vez, el placer sube por mi espalda deprisa y con un gemido sordo me corro sobre la tela de mi camiseta de deporte.

Me deshago de ella y la lanzo al otro lado de la tienda antes de volver a tumbarme con un suspiro. Definitivamente, esa mujer se ha convertido en mi

castigo.

Capítulo 2

Dos días más tarde, volvemos a la civilización. Estoy cansado y sucio, pagaría por una ducha bien caliente y estoy seguro de que ninguna mujer sería capaz de levantármela ahora mismo, ni siquiera Reese. En cuanto cruzo la puerta del hotel me choco con Moira, que lleva una falda en vez del pantalón del uniforme... una falda que deja entrever la liga de sus medias cada vez que camina. Después de muchas vueltas me he decidido no tener nada con ella. Puede que a Grant le vaya bien acostándose con las enfermeras, pero con la suerte que tengo últimamente con las tías seguro que termino con una demanda por acoso. Me detengo frente a ella con gesto serio, porque aunque me encante deleitarme la vista con sus largas piernas no lleva el uniforme reglamentario.

—¿Y esa falda? —pregunto— ¿Dónde te has dejado los pantalones del uniforme?

—Lo siento, señor Ramsay, pero se me rompió el pantalón esta mañana y tuve que improvisar —contesta con una sonrisa seductora.

—Si no recuerdo mal se os da dos uniformes para cada temporada, deberías haber ido a casa a ponerte otro.

—Lo siento, yo...

Agacha la cabeza avergonzada, sabe que ha metido la pata y ahora mismo piensa que su puesto pende de un hilo. Si hay algo en lo que soy implacable es en los negocios y ella lo sabe.

—Que no se vuelva a repetir —ordeno—. ¿Dónde está Amber?

—La señora Ramsay ha ido a solucionar un problema con un cliente, volverá en un momento.

—¿Problema? ¿Qué problema?

—Nada importante. Un cliente un poco quisquilloso a quien ella maneja mucho mejor que los botones.

Saco de mi mochila la llave extra de mi habitación y se la doy.

—Dile a mi cuñada que suba a verme en cuanto vuelva. Necesito hablar con ella de inmediato.

Ella asiente y se vuelve hacia el mostrador. Se pone de puntillas para pasar medio cuerpo por encima y meter la llave en el cajón, dejándome ver que solo lleva puesto un minúsculo tanguita de encaje negro. Mi polla empieza a reaccionar, pero he tomado una decisión al respecto y pienso mantenerla, así que subo a la habitación y me desnudo de camino a la ducha. Estoy poniéndome el pantalón de deporte cuando escucho el timbre del ascensor. Sí que ha sido rápida mi cuñada...

—¿Qué tal todo por aquí? —pregunto saliendo del baño mientras me seco la cabeza.

—Tranquilo —dice ella sentada en el sofá—. Un par de clientes un poco quisquillosos, pero ya sabes lo bien que se me da manejarlos. ¿Qué tal tu escapada?

—Digamos que no ha sido tan relajante como imaginaba. Grant no ha dejado de hablar si no era para dormir o comer.

—Solo a ti se te ocurre irte a un retiro relajante con la cotorra de tu hermano.

—Me lo paso en grande con él, pero es cierto que en más de una ocasión le habría cosido la boca. No pescamos ni un solo pez porque no dejaba de parlotear.

—Qué lástima —bromea—, no tendré que freír pescado esta noche.

—Muy graciosa.

—¿Para qué querías verme?

—He tenido tiempo de pensar en todo el asunto de buscar piso y dado que mi hermano y tú ya me habéis escuchado bastante follar desde el despacho he pensado en hacerlo.

—Si llego a saberlo le digo a Bruce que te cuente aquella vez que trajiste a la chica alemana. Parecía que la estaban matando.

—¿Cuántas veces me habéis escuchado, Am?

—La verdad... unas cuantas. No a ti realmente, tú eres más que silencioso, pero tus acompañantes suelen ser muy escandalosas.

—Definitivamente me voy a mudar.

—¡Gracias a Dios!

—Pero necesito tu ayuda. No tengo tiempo de buscar un piso, mucho menos de amueblarlo.

—¿Quieres que te ayude?

—No exactamente. Sé que tú ya tienes bastante con la niña, pero tengo

entendido que tienes una amiga que es diseñadora de interiores.

—¿Pretendes que haga venir a Joice desde Nueva York?

—Vendrá al bautizo de Briana, supongo.

—Sí, pero no se quedará demasiados días aquí. No puede dejar su trabajo mucho tiempo.

—¿Y si encuentro un piso antes del sábado? ¿Crees que me hará el favor? Le pagaré, por supuesto.

—¿Estás loco? ¿Un piso en cinco días?

—Sé que has estado mirando pisos por tu cuenta, Am.

—Sí, pero...

—¿Crees que alguno de ellos me serviría?

—A decir verdad, creo que hay un par de ellos que están bastante bien, pero es imposible que la venta esté hecha tan pronto.

—Tal vez con el incentivo adecuado yo pueda solucionar eso. Llama a los dueños de esos dos pisos y diles que vamos a verlos esta tarde. Tal vez con suerte podamos lograrlo.

—En serio, Brad, a veces pienso que estás como una cabra —dice levantándose—. ¡Llevo meses intentando convencerte y ahora te han entrado las prisas!

—Ya sabes que soy un hombre de acción, nena. Y aunque esté como una puta cabra, en el fondo me quieres.

—¡Y pensar que me dabas miedo cuando te conocí!

—Eso es porque me juzgaste demasiado pronto, preciosa.

—Eso debió ser —contesta con una sonrisa.

La veo marcharse y me dejo caer en el sofá con un suspiro. Debería bajar a comer, pero estoy destrozado y no soy capaz de mover un solo músculo, así que llamo a la cocina para que me suban la comida a la habitación. Reconozco que he pensado que me ayude Joice más por Grant que por mí. Desde que la conoció no es capaz de quitársela de la cabeza y me ha dado el fin de semana con tanto hablar de ella. Tal vez si la retengo por aquí unos días mi hermano sea capaz de llevársela a la cama para poder olvidarse de ella. Es lo que yo pienso hacer con Reese... follármela y pasar página para siempre.

Por la noche estoy mucho más descansado y decido salir a tomar una copa. El *Glenelg* está lleno, como siempre, así que me abro paso entre la gente hasta llegar a la barra, donde está mi colega Kendrick, a quien conozco desde el colegio.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! —exclama sin dejar de tirar un tubo de cerveza— Súbete las mangas y salta aquí para echarme una mano, que Bethany se ha puesto enferma y yo solo no doy abasto.

Sonrío antes de hacer lo que me pide. Cuando estábamos en la universidad solíamos echarle una mano a su padre cuando el bar se llenaba, y tengo que reconocer que no se me daba nada mal el empleo de camarero. Me acerco a un grupo de extranjeras que están charlando en la esquina de la barra y apoyo las manos en ella con una sonrisa.

—¿Qué os pongo, preciosas? —pregunto con todo el encanto Ramsay que soy capaz de derrochar.

—A mí ponme una cerveza, y a mis amigas algún cóctel de esos que Kendrick sabe hacer tan bien —dice la rubia de pelo corto.

—Apuesto a que los míos son mucho mejores que los de mi colega —

contesto con una sonrisa.

—Sorpréndenos entonces —contesta su amiga.

Voy a prepararles un *Mandarina Chiller*, un cóctel hecho a base de whisky escocés, zumo de mandarina y limón, clara de huevo, nata, azúcar y soda. Utilizo todas mis conocimientos adquiridos en el arte de mover la coctelera y antes de que termine de preparar sus bebidas las tengo a las tres embobadas mirándome. Le guiño un ojo a la rubia, que me mira como si yo fuera su bebida y no lo que agito en la coctelera, y dispongo el cóctel en tres vasos de whisky. Adorno la bebida con un poco de canela y una rodaja de naranja confitada y listo.

—He pensado que preferirías probarlo tú también —digo a la que me pidió la cerveza—. *Mandarina Chiller*, suave, dulce y elegante... como vosotras.

Me vuelvo para ir a atender a otro cliente y veo a Kendrick mirarme con una ceja arqueada.

—¿Qué? —pregunto riéndome, porque sé perfectamente a qué viene ese gesto.

—¿A cuál piensas llevarte a la cama?

—A la rubia, tal vez...

—Tío... estás hecho un semental.

—Si no estuvieras casado tú también lo harías.

—Tienes razón, pero con Bethany me tengo que andar con ojo al mirarlas o antes de lo que imaginas puedo terminar sin pelotas.

—Te quejas de vicio, tío. Ambos sabemos que estás loco por tu mujer.

—Es cierto... y aquí, entre nosotros, es la mejor amante que he tenido nunca, así que estoy más que servido.

Pronto entre los dos conseguimos tranquilizar la cosa y vuelvo a mi sitio frente a la barra. Doy un par de sorbos a mi copa antes de percatarme de que la rubia no deja de mirarme, así que levanto el vaso en un brindis silencioso. Ella me responde, y tras beber de su cóctel se levanta del taburete y se acerca a mí lentamente. Sus caderas bailan mientras sus largas y morenas piernas la traen junto a mí.

—Tenías razón, tu cóctel está mucho más bueno que el de tu amigo —dice.

—Siempre la tengo.

—Creía que eras camarero, pero ahora que te veo aquí sentado no estoy tan segura de ello.

—Solo soy un amigo del dueño que le ha echado una mano, eso es todo.

—Mejor, así podrás invitarme a una copa sin temor a perder tu puesto.

Le hago una señal a Kendrick y él rellena mi copa antes de mirar a la joven.

—No recuerdo el nombre... —contesta mordiéndose la uña de porcelana.

—*Mandarina Chiller* —contesto yo sin apartar mis ojos de ella.

Kendrick se aleja para buscar los ingredientes y la muchacha se apoya en la barra para mirarme.

—Si no eres camarero, ¿entonces a qué te dedicas?

—Trabajo en un hotel.

—¿Recepcionista? ¿Botones?

—Administrativo. —No tiene por qué saber que soy el dueño del hotel,

¿verdad?

—Vaya... ¿Y se puede saber de cuál?

—Pronto lo sabrás —digo sonriendo dentro de mi vaso.

—¿Pronto? ¿Cuándo?

Suelto la copa sobre la barra y me vuelvo hacia ella. Tiro de su muñeca para colocarla entre mis piernas y recorro el escote de su minúsculo vestido de noche con la yema del dedo.

—En cuanto te tomes la dichosa copa y te lleve a mi suite privada para follarte como es debido.

Ella se relame antes de coger su copa sin dejar de mirarme y bebérsela de un solo trago. Sonríe sin poder evitarlo, dejo un par de billetes sobre la barra y la cojo de la mano para llevarla hasta mi coche. En menos de diez minutos la tengo aprisionada contra la pared de mi habitación mordiéndole la boca con ansia. Me pone a cien oírle gemir en mi oído, y tiro de ella hasta el sofá para seguir allí con nuestro juego. Me siento frente a ella, en la mesa de café, y continúo besándola lentamente. Apenas un roce de labios, un asalto fortuito de mi lengua, pero ella está ansiosa de más y se sienta a horcajadas sobre mis piernas para hundir su lengua en mi boca. Recorro su pierna con mi mano hasta meterla por debajo de su vestido y encontrarme con su culo desnudo. Busco a tientas la tira del tanga, la estiro y la dejo escapar para darle un pequeño latigazo de dolor, que tiene como resultado su cuerpo más pegado al mío y un gemido de placer.

La rubia hunde la mano entre nuestros cuerpos para apartar la tela de su tanga y hacerme entrar en ella, pero la detengo un segundo antes de buscar el preservativo en el bolsillo de atrás de mis vaqueros.

—Mejor con esto —susurro tendiéndoselo.

Esta tía ha follado un montón, ya lo creo que sí, porque la pericia que tiene para seguir excitándome mientras me pone la goma no la tiene una mujer cualquiera, y se sienta sobre mi polla para clavársela hasta el fondo. Apoya los talones en el borde de la mesa para comenzar a moverse arriba y abajo, sus embestidas son lentas, cálidas, y su boca está haciendo estragos en mi cuello. Cierro los ojos un segundo, pero ahora a quien veo sobre mí es a Reese, que me mira con sus ojos azules cargados de deseo y sus labios hinchados por mis besos.

Intento despejar mi mente, pero ya no tengo forma de sacarla de mi pensamiento, así que la levanto de mi regazo y la pongo a cuatro patas sobre el sofá para follármela desde atrás. Así al menos podré fantasear con que es Reese y no una desconocida de un bar. Pronto el placer serpentea por mi espalda. Embisto con fuerza dentro de ella una y otra vez, sin pensar en nada más que en Reese, en mi polla dentro de ella y en mi propio orgasmo. Pronto siento que las paredes vaginales de mi acompañante se convulsionan me corro sobre su espalda mojada. Cuando recupero el aliento me deshago del preservativo, vuelvo a vestirme y le tiendo su vestido.

—Será mejor que te lleve con tus amigas —digo cogiendo las llaves del coche.

—Tienes razón —contesta vistiéndose a toda prisa—. Ni siquiera les he dicho que me iba.

Conduzco en silencio de nuevo hasta el bar, y cuando detengo el coche frente a la puerta ella me mira con una sonrisa y apunta algo en una tarjeta pequeña.

—Por si quieres repetir antes de que vuelva a mi país —aclara.

Asiento con una sonrisa y la veo entrar en el *Glenelg* con una mezcla de

alivio y satisfacción. Así deberían ser todos los polvos: rápidos, intensos y sin preguntas después.

Capítulo 3

Llego al despacho a la mañana siguiente bastante descansado, parece que la sesión de sexo de anoche me ha venido bien. En cuanto abro la puerta me derrito al ver a mi pequeña Briana sentada en su carrito junto a su padre.

—Ni se te ocurra sacarla del carro, Brad —advierte mi hermano levantando un dedo antes de que haya cerrado la puerta.

—¡Pero mira quién ha venido a ver al tío Brad! —susurro a la niña ignorando a Bruce y sacándola de su prisión— ¿Dónde está la nena más guapa del mundo?

La niña gorjea y extiende los bracitos hacia mi cara, haciéndome reír a carcajadas.

—Sí, preciosa, el tío Bradem está loco por ti —contesto haciéndole una pederreta en la tripa—. Eres la única mujer de mi vida.

—Como sigas así te van a detener por pederasta —bromea mi hermano sin apartar la vista del ordenador.

—Nadie puede culparme por querer a mi única sobrina. Por cierto, ¿qué hace la niña aquí?

—Mamá está resfriada y ha tenido que ir al médico.

—¿Y por qué no se ha quedado Amber en casa?

—Porque tenía que ir a no sé dónde sin falta.

—¿A no sé dónde? —ríe.

—La verdad es que no me lo ha dicho. Solo me ha dicho que tiene que salir sin falta, y cuando le he preguntado dónde, solo me ha dicho “donde no te importa”.

—¿En serio te ha dicho eso? —pregunto con una carcajada.

—Está muy nerviosa con el asunto del bautizo y me temo que al intentar ayudarla lo único que consigo es sacarla de quicio.

—Pues déjala que se ocupe ella sola. Dale unos días libres y ya está.

—Lo he intentado, créeme, pero su respuesta fue enfadarse conmigo por creer que no puede lidiar con ambas cosas. Al final he optado por no meterme si ella no me pide opinión. Es mucho más seguro para mi vida sexual.

—¿Ya te ha hecho probar los placeres de dormir en el sofá?

—Sí, y te aseguro que no me gusta lo más mínimo.

—Pues parece que a esta pequeña le va a tocar quedarse con el tío Brad, porque papá tiene una reunión importante.

—Hablando de eso, tengo que pedirte un favor enorme.

—¿Ya estamos?

—¡Joder, es que con las prisas de esta mañana y el tener que traerme a la

niña se me ha olvidado la carpeta con los documentos de la reunión!

—¿Dónde están?

—Encima de la mesa de mi despacho. Me salvas la vida, hermano.

—¿Y cuándo no? —Suelto a la niña en el carrito, que me mira con un puchero a punto de llorar— No, no, no, princesa... El tío Brad viene en un momentito a jugar contigo, te lo prometo.

—¿Lo ves? —protesta mi hermano sacándola del carro cuando empieza a llorar— Si la hubieses dejado donde estaba no estaría llorando.

—Tú educas, yo consiento. Es la ley no escrita de los tíos favoritos.

—¿Ya has deducido tú que eres su tío favorito?

—No tiene otro, así que...

—Técnicamente Grant también es su tío.

—Sí, pero yo soy más guapo.

Salgo del despacho con una sonrisa y pongo dirección al garaje para coger el coche. No es que mi hermano viva demasiado lejos del hotel, pero será más rápido y los papeles estarán sobre su mesa con tiempo para la reunión. Entro en su casa con mi llave, porque aunque me mudé tras su boda ambos insistieron en que me la quedara por si había alguna emergencia, y entro en el despacho para coger la carpeta naranja que mi hermano tiene sobre el escritorio. Me estoy meando, así que dejo la carpeta y las llaves sobre la isla de la cocina y me dirijo al cuarto de baño, pero me detengo en seco en la puerta al encontrarme mi mayor sueño erótico hecho realidad. Tengo a Reese justo delante de mí, cubierta solo con una toalla blanca atada sobre el pecho que deja al descubierto sus largas piernas. Sus ojos se elevan con sorpresa e intenta taparse con las manos, sin éxito.

—¿Qué coño haces tú aquí? —espeta parapetándose tras la puerta del cuarto de baño.

—He venido a por unos papeles de mi hermano.

—Bien, pues si ya los tienes ya puedes marcharte.

—Me estoy meando, preciosa, así que si no te importa necesito entrar.

—¡Ni hablar! Estoy desnuda.

—Mucho mejor... Así después podremos ponernos... cariñosos.

—¿Después de haber meado? ¡Qué asco!

—Suelo lavarme la polla bastante a menudo, Reese. Te aseguro que te sabrá a gloria.

—Sigue soñando, Bradem, es gratis.

Aparto la puerta de entre nosotros y la aprisiono contra la mampara cerrada de la ducha. Acercó mi cara a tan solo un milímetro de la suya y miro sus labios relamiéndome, pero sin rozarlos aún.

—¿Seguro que sueño? —ronroneo— Tus pezones no dicen lo mismo.

—Tengo frío, eso es todo.

—Mentirosa.

Uno por fin mis labios a los suyos en un beso hambriento, y aunque al principio ella intenta apartarme pronto sus brazos se enredan en mi cuello para pegar su cuerpo más al mío. Mi polla lleva en acción desde que la he visto parada frente a mí con la toalla a tan solo unos milímetros de su sexo, y la cojo por el culo desnudo para levantarla en peso y llevarla hasta el sofá. Ella clava sus talones en mi cintura y enreda sus dedos en mi pelo, devolviéndome el beso con ansia.

—¿Dónde quedó tu promesa de no acostarse conmigo? —me burlo cuando aparto mi boca de la suya.

—No voy a acostarme contigo.

Aunque ha recuperado algo de cordura e intenta apartarse, vuelvo a tirar de ella para besarla una vez más. Siento cómo poco a poco sus defensas caen, cómo su cuerpo se rinde a mis caricias, y sonrío sin romper el beso ante la batalla ganada. Intento apartarme para deshacerme de su toalla y mi camisa, pero ella me impide romper el beso sosteniéndome por la nuca y cuele la mano entre nuestros cuerpos para desabrochar mis pantalones, dejar libre mi polla y guiarla hasta su entrada. ¡Joder! Es estrecha, está ardiendo y se adapta a mí a la perfección... Comienzo a moverme despacio, pero Reese no tiene tiempo para preliminares y me guía apretándome el culo con los talones, así que dejo las galanterías para otra ocasión y empiezo a embestirla rápido, con fuerza. El placer de estar dentro de ella es sublime y me aparto de su boca para lamer su largo cuello antes de deshacer el nudo de la toalla y dejar su pecho al descubierto. Me relamo al ver sus enormes tetas... algo caídas, pero ¡joder qué tetazas! Podría enterrar la cabeza entre ellas y morir de asfixia encantado.

Agarro uno de sus pechos con la mano y muerdo su pezón suavemente. Ella gime, se retuerce y echa la cabeza hacia atrás ante el placer que le proporciono, y aprieta sus músculos vaginales para ordeñarme como es debido. Me dedico a lamer sus tetas una y otra vez mientras mis caderas no dejan de bombear dentro y fuera de ella. Estoy a punto de correrme, así que entierro una mano entre nuestros cuerpos y abro sus pliegues para encontrarme con su pequeño clítoris hinchado. Lo acaricio suavemente con la yema de los dedos, y Reese se agarra con fuerza al cojín del sofá, convulsionándose recorrida por el orgasmo. Tras un par de investididas más salgo de ella para

terminar corriéndome sobre la toalla que aún le cubre parte del estómago.

Ha sido un polvo rápido, corto pero intenso de narices. Apenas soy capaz de pensar ahora mismo, lo único que quiero es llevármela a la cama para demostrarle lo buen amante que puedo llegar a ser. Cuando recupero el aliento me acerco a sus labios para besarla, pero ella pone su mano sobre mi boca y me mira como si de repente me hubiesen crecido tres cabezas.

—¿Se puede saber qué crees que haces? —pregunta.

—¿Besarte?

—¡No! ¿Qué? ¡Ni hablar!

Me aparta de su cuerpo y se pone de pie de un salto. ¿Y ahora qué coño le pasa?

—Esto no debería haber pasado —protesta.

—No es que hayas puesto demasiada resistencia —contesto con mi ego algo herido—. Te has lanzado a mis brazos como si se te fuera la vida en ello.

—Estaba excitada —reconoce—. Me he masturbado en la ducha y no he logrado llegar al final... y entonces tú estabas ahí.

—¿Y si hubiese llegado el fontanero te lo habrías follado a él?

—¡Claro que no!

—¿Entonces?

—Ha sido solo un terrible calentón del momento que no tendría que haber ocurrido.

—Así que solo has follado conmigo porque he sido el sustituto del mal chorro de la ducha de mi hermano.

—Sí. Quiero decir...

—Mejor no digas nada —protesto levantándome y abrochándome el pantalón—. Cada vez que abres la boca la cagas más.

—Lo siento —contesta agachando la mirada—. Ha sido un error imperdonable que no debe volver a ocurrir.

—¿Y por qué no? Ambos somos adultos.

—Te has acostado con Mel.

—Eso fue el año pasado, y te aseguro que ella se lo pasó en grande haciéndolo.

—Es una regla no escrita de las mujeres. No te comas las babas de tu amiga.

La miro con una ceja arqueada sin entender esa estúpida regla. ¡Los tíos nos lavamos los dientes, macho! ¿Acaso creen que nos recreamos degustando su saliva después de un polvo?

—Pues lo siento por ti, pero ya lo has hecho. Acostarte conmigo, quiero decir.

—Ya lo sé, y no debería haberlo hecho.

—Mel y yo no tuvimos nada serio, ¿sabes? Solo fue una aventura.

—Lo sé.

—¿Entonces? ¿Por qué no puedes darle una alegría a tu cuerpo durante los días que estés aquí follando conmigo?

—No puedo y ya está. Por favor, márchate.

—¡Y ahora me echa! Esto es cojonudo, vamos.

Cojo la carpeta de la encimera con más mala leche de la que debiera y me largo de la casa dando un portazo. ¡Esta tía está como una cabra! ¿Para qué

demonios quiero complicarme la vida con ella si hay miles de tías dispuestas a pasar por mi cama sin hacer preguntas?

Vuelvo al hotel de mal humor. Cierro la puerta del despacho de mi hermano de un portazo y tiro de malos modos la carpeta sobre su mesa antes de dejarme caer en el sofá.

—¿Lo sabías? —pregunto.

—¿Si sabía qué?

—Que Reese está en tu puñetera casa.

—Sabía que llegaba hoy, pero no sabía a qué hora. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Que soy gilipollas, eso ha pasado.

—Eso no hace falta que lo jures, llevo mucho tiempo diciéndotelo y no querías hacerme caso —bromea mi hermano.

—Me ha recibido desnuda, ¿lo sabías?

—Eso no creo que sea cierto, Brad. Ni siquiera sabía que irías a la casa, así que...

—¡Me refiero a que la he pillado saliendo de la ducha, joder! No he podido evitar besarla y...

—Y te la has follado.

—Te aseguro que ella no se resistió. Bueno, un poco al principio, pero...

—¿Cómo que un poco al principio?

—Créeme, tenía tantas ganas como yo pero se resistía porque me acosté con Mel.

—¿Y qué tiene que ver que te acostaras con Mel con todo esto?

—No lo sé, un código que ambas han firmado, creo. Solo me dijo que no se acostaba con tíos con los que ella ya lo hubiese hecho. Pero al final no ha podido resistirse.

—Era lo que querías, ¿no?

—Sí, pero me ha dicho que ha sido un puñetero error.

—Joder, Brad, ¿tan mal se te da? —pregunta Bruce aguantándose la carcajada.

—¿Quieres dejar de bromear? Esto es serio.

—Decías que cuando te la tiraras se te quitaría la obsesión que tienes con ella, ¿no es así?

—Sí, pero en vez de eso ahora la deseo más aún.

—Pues creo que tienes un serio problema, porque ella no quiere repetir contigo por lo que me estás diciendo.

—¿Crees que no lo sé? Todo esto es culpa tuya.

—¿¿Mía?? ¿Y por qué demonios va a ser culpa mía? Yo no he sido el que la ha metido en caliente.

—Si no hubieses olvidado la maldita carpeta esto no habría ocurrido.

—Engáñate cuanto quieras, pero sabes tan bien como yo que habría pasado tarde o temprano.

—Se ha acostado conmigo porque estaba cachonda. Solo por eso.

—Tengo entendido que eso es lo normal, Brad.

—No si es porque acababa de masturbarse en la ducha.

—Espera, ¿mi ducha ha hecho cochinadas con Reese? Voy a tener que hablar seriamente con ella. No puede serle infiel a Amber...

—Veo que todo esto te parece descojonante, así que me voy antes de darte un puñetazo.

—¡Brad, vamos! Admite que es gracioso verte perseguir a una mujer para variar. Tenías los humos muy subidos en lo que a féminas se refiere y te hacía falta un toque de humildad.

—Pues esto no va a quedar así, Bruce. Reese va a volver a mi cama antes de que termine la semana.

—¿Quieres apostar?

—¿Contigo? Ni muerto. Seguro que te alías con ella para hacer trampas y ganar.

—¡Qué mal concepto tienes de mí, hermano!

—El peor.

—¡Cuida de mi princesa!

—¿Con quién te crees que estás hablando, capullo?

Cojo el carrito de Briana y salgo del despacho. La verdad es que estoy de mejor humor, y me he propuesto urdir un buen plan para llevarme a Reese a la cama una vez más. Ahora que la he probado necesito saborearla una vez más... pero esta vez sin prisas y en un lugar mucho más cómodo que el puñetero sofá de mi hermano.

Capítulo 4

No he podido dejar de pensar en Reese en toda la puñetera noche. Cada vez que cerraba los ojos veía en mi mente su precioso cuerpo curvilíneo, sus labios hinchados por mis besos, su cara de auténtico placer recorrida por el orgasmo. Ahora tengo que ocuparme del hotel a tiempo completo para que Bruce y Amber tengan algo de tiempo libre para poder preparar el bautizo de Briana, y me encuentro mirando la pantalla del ordenador sin apenas verla.

El sonido del intercomunicador me saca de mi ensimismamiento. Pulso el botón sin demasiadas ganas, porque sé que al otro lado estará la insulsa voz de Moira en vez de Amber.

—Señor Ramsay, aquí hay una mujer que insiste en verle.

—¿Te ha dicho su nombre?

—No señor. Solo me ha dicho que le diga que baje aquí de inmediato.

Tengo una leve sospecha de quién puede ser, así que me pongo la americana y bajo en el ascensor con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando se abren las puertas del ascensor me encuentro ante mí a Mel, muy cambiada desde la última vez que nos vimos, pero nada puede enmascarar su sonrisa

traviesa y esa mirada pícaro que tanto me divierte. Aunque hablamos al menos una vez por semana por Skype y otras tantas veces por teléfono no nos hemos vuelto a ver desde la boda y tenía muchísimas ganas de verla de nuevo. Cuando hablé por última vez con ella le pedí que me hiciera el favor de hacerse pasar por mi novia delante de Moira, así que va a hospedarse en la habitación contigua a la mía para representar su papel en vez de en casa de mi hermano con el resto de sus amigas.

Me acerco a ella con paso decidido y Mel se lanza a mis brazos, dándome un sonoro beso en los labios antes de enterrar la nariz en mi cuello.

—Bienvenida, preciosa —susurro estrujándola con fuerza.

—Te he echado mucho de menos, campeón.

—Seguro que no tanto como yo a ti.

—Ahora por fin estamos juntos, mi amor —ronronea acariciándome la cara con suavidad.

Casi tengo que aguantarme la risa al ver la cara de Moira. Reconozco que Mel es una actriz de primera, si se queda sin trabajo en el mundo de la fotografía tendría un futuro muy brillante en la gran pantalla. La cojo de la mano y entrelazo mis dedos con los suyos para llevarla personalmente a su suite.

—¿Lo he hecho bien? —pregunta cuando las puertas del ascensor se cierran a nuestras espaldas.

—Créeme, lo has hecho a la perfección. ¿Por qué no me dijiste que eras tan buena actriz?

—No he fingido mucho, realmente te he echado de menos.

La abrazo con una sonrisa sincera. Aunque tenga treinta y dos años a veces

se comporta como una cría, pero una cría preciosa y adorable. Ahora me parece increíble haber sido tan gilipollas de haber perdido el contacto con ella cuando se marchó a Nueva York por primera vez por el mero hecho de haberme metido en su cama.

—La verdad es que no entiendo por qué no quieres acostarte con ella — dice Mel—. Está bastante buena.

—Porque trabaja para mí y es demasiado efusiva. Además, ya sabes que quiero acostarme con Reese... otra vez.

Mel me mira con la boca abierta de la impresión, y no puedo evitar que mis labios dibujen una sonrisa triunfal.

—¿Me he perdido algo? —pregunta con una ceja arqueada.

—Instálate y te lo cuento todo.

En cuanto llegamos a la suite lanza la maleta a un lado y se deja caer en el sillón para mirarme con los brazos cruzados bajo el pecho.

—Desembucha —ordena.

—Si me pones las tetas en bandeja no creo que pueda concentrarme — bromeo.

—Eres tonto —contesta ella quitando los brazos, aunque sonrío.

—Ayer me encontré con ella en casa de mi hermano. Estaba desnuda, la provoqué un poco y terminamos acostándonos.

—¿Reese? ¿Mi Reese se ha acostado contigo?

—No estaba demasiado contenta consigo misma después, te lo aseguro, pero lo hizo.

—¡No me lo puedo creer! ¡Ha roto el juramento!

—¿Qué juramento?

—Cuando estábamos en la universidad yo salía con el capitán del equipo de fútbol, y la que por aquellos entonces consideraba mi mejor amiga se acostó con él en una fiesta de la fraternidad. Al principio yo no supe nada y el cabrón estuvo haciendo doblete durante un tiempo, pero poco a poco empecé a darme cuenta de las señales y ella terminó por confesar.

—Menudo hijo de puta.

—Yo lo pasé realmente mal y Reese estuvo a mi lado en todo momento, por eso juramos que jamás nos acostaríamos con algún chico que hubiese salido con la otra.

—Un juramento algo estúpido, ¿no crees?

—Por aquella época no nos lo pareció. El problema es que Reese es muy estricta y jamás rompe una promesa, por eso no quería acostarse contigo. Si lo ha roto...

—¿Qué?

—La verdad es que la entiendo... eres muy bueno en la cama. Pero ella no lo sabía.

—Ahora lo sabe —digo con una sonrisa.

Mel me da un codazo en las costillas sonriendo, y apoya la cabeza en mi regazo. Inconscientemente acaricio su pelo, que ahora es color ceniza en vez de azul eléctrico, y ella ronronea.

—Necesito que me ayudes con ella, Mel —digo de repente.

—Ya has conseguido lo que querías sin mi ayuda.

—No es suficiente.

Mel se incorpora y me mira con los ojos como platos.

—¡Te gusta de verdad!

—¡No digas tonterías! Simplemente un polvo en un sofá no es el más placentero del mundo.

—¡Te gusta, y por eso quieres repetir!

—Contigo tampoco tuve suficiente con uno, ¿recuerdas?

—Es distinto, yo soy una diosa en la cama.

—No te hace falta abuela, ¿verdad?

—En absoluto.

—Solo quiero echar un polvo decente en una cama, Mel, no hay nada más. ¿Me ayudarás?

—¡Ah, no! ¡Ni lo sueñes! Te dije que llegaría el día en el que una mujer no quisiera follar contigo y no me creíste.

—No es lo que dijiste.

—Mis palabras exactas fueron: “Algún día conocerás una mujer que te vuelva el mundo del revés, Bradem, y ojalá ella no quiera tener nada que ver contigo”.

—¡Joder, qué buena memoria!

—También recuerdo que me contestaste que ese día las ranas tendrían pelo y tocarían la guitarra eléctrica, y creo que deberíamos empezar a buscarlas en los pantanos para forrarnos, porque ese día ha llegado.

—Échame un cable, Mel, por favor.

—No pienso hacerlo. Voy a disfrutar como una enana viendo cómo

mendigas por un polvo, Brad... voy a disfrutar mucho.

—Creí que eras mi amiga.

—Y lo soy. Es por eso que quiero que aprendas la lección y dejes de ser tan capullo con las tías de una vez por todas.

—Contigo no fui un capullo.

—Porque ambos queríamos lo mismo. ¿Pero qué hubiera pasado si me llego a enamorar de ti?

—No lo sé. Tal vez ahora seríamos pareja.

—Eso no es lo que habría pasado y lo sabes de sobra.

—No puedes saberlo, Mel. La vida da muchas vueltas y tal vez...

—Me habrías despachado educadamente como haces con todas las tías que piden más de lo que les das.

—Quizás tengas razón —reconozco.

—La verdad es que no entiendo por qué eres así con las mujeres. Tus padres tuvieron un matrimonio maravilloso y ahora tu madre está felizmente casada con el hombre al que ama. No hay traumas de por medio.

¡Oh, desde luego que hay un trauma! Solo que no me he sentido capaz de contárselo. Después del chasco que me llevé con mi exmujer no tengo ganas de volver a pasar por lo mismo de nuevo. Blair era la mujer que todo hombre querría tener... pero solo en apariencia. Ni siquiera sé cómo logró comerme la cabeza como lo hizo... supongo que porque estaba perdidamente enamorado de ella, pero terminó por alejarme de todo lo que me importaba. Discutía tanto con mi padre que me mandó a hacer un máster de administración de empresas a Edimburgo, y cuando volví de improvisto un fin de semana para darle una sorpresa a mi mujer me la encontré follando con otra mujer. No... no quiero

una relación seria ni aunque me la envuelvan en papel de regalo de oro.

Con un suspiro, aparto a Mel de mi regazo y me pongo de pie.

—Por mucho que me guste estar aquí charlando contigo, el deber me llama.

—Supongo que tu empleada creerá que me has echado un gran polvo —dice mirando el reloj—, ya llevamos aquí más de media hora.

—¿Media hora un buen polvo? ¿En serio?

—Yo sé que eres un campeón y duras mucho más, pero ella no lo sabe, ¿verdad? Creo que voy a pedir algo de comer para confirmárselo.

—Eres perversa... ¿Quedamos a las siete en el hall para ir juntos a casa de Bruce y Amber? Van a hacer una cena para los amigos.

—¡Claro! Así confirmaremos nuestra coartada.

Salgo de la suite con una sonrisa en los labios. Al fin algo me alegra el día lo suficiente como para olvidar mi obsesión por Reese. Porque Mel está muy equivocada si cree que mi interés por ella es por algo más que por lujuria... muy equivocada.

Un par de horas más tarde me encuentro en casa de mi hermano ante la llamada de Amber, que me ha ordenado que venga lo antes posible. Reese me abre la puerta, esta vez vestida, y suspira elevando los ojos al cielo antes de darse la vuelta y dejarme con un palmo de narices.

—¡Yo también me alegro de verte! —grito a su espalda.

Ella me contesta con un corte de manga que me hace sonreír y voy a la cocina tras el dulce olor de las natillas caseras de mi cuñada. Me apoyo en la isla para intentar colar un dedo en la olla del postre, pero la paleta de madera impacta sobre mis nudillos haciéndome aullar.

—Aún están calientes —protesta Amber.

—Eres una bestia, casi me dejas sin mano —protesto.

—Te lo tienes merecido por imbécil —contesta Reese desde el sofá.

—¿Dónde está Bruce? —pregunto ignorándola.

—Ha ido a solucionar un problema de última hora.

—Pues dime para qué me necesitas.

—Quiero que vayas a recoger a Joice al aeropuerto. Iba a ir Bruce, pero dadas las circunstancias...

—¿Y por qué no se lo has pedido a Grant? Hoy está de descanso.

—Porque terminará acosándola para que se acueste con él y apuesto a que Joice se volverá a Nueva York en el primer avión que encuentre.

—No seas exagerada.

—Soy realista. Ahora lárgate, que llegarás tarde.

—Primero dame natillas.

—Están calientes y te darán retortijones.

—Me arriesgaré.

Amber niega con una sonrisa y mete una cuchara en la olla para darme un poco. Están ardiendo y seguro que termino en el baño más cercano, pero están tan buenas que soy incapaz de resistirme a ellas por muy calientes que estén. Tras dejar a Joice a buen recaudo en casa de mi hermano me marcho al despacho a seguir con el trabajo. Paso gran parte de la tarde enfrascado en las cuentas del hotel. Echaba de menos estar ocupado en el despacho todo el día, aunque ya me estaba acostumbrando a mi nueva rutina de manejar el resto de hoteles desde el ordenador. Un golpe en la puerta me hace levantar la mirada

hasta el reloj y sonrío avergonzado cuando me doy cuenta de que se me ha ido el santo al cielo.

—Perdóname, Mel —me disculpo—. No me he dado cuenta de la hora.

—Lo he supuesto. Por cierto, tu recepcionista ha sido muy amable al informarme de dónde estaba el despacho de mi novio.

Suelto una carcajada ante la mirada traviesa de Mel, que se deja caer en el sillón frente a mi mesa con curiosidad.

—¿Qué le has dicho? —pregunto.

—Disculpa, ¿puedes decirme dónde está el despacho de mi novio?

—Eres increíble.

—¿A que sí? Ya no creo que tenga dudas sobre nuestra supuesta relación y te dejará en paz por la cuenta que le trae.

—Gracias, de verdad.

—No hay de qué.

—sigo diciendo que podrías haberte quedado en casa de Amber con Joice y Reese.

—Así nuestra coartada es mucho más sólida. Además, prefiero estar sola en una habitación de hotel durmiendo a pierna suelta, y a ellas las veo todos los días.

—Pero no a Amber.

—Sí, pero ahora está muy ocupada con el bautizo. Y prefiero alejarme del muermo de Joice.

—¿Muermo? —pregunto con una ceja arqueada.

—Desde que está tonteando con su nuevo fichaje está que no hay quién la aguante.

—¿Joice tiene novio?

—No, solo es un rollo de esos que se ha buscado por Internet.

—Creo que Grant se va a llevar un buen chasco cuando se entere.

—No es por nada, pero te aseguro que Grant le da mil vueltas al imbécil de George. Es un corredor de bolsa aburrido y pedante que se cree que sabe más que nadie.

—Pero a ella le gusta, así que tendrás que aguantarte.

—No me queda otra... —Suspira—. Lo mismo me planteo llevarme yo a Grant a la cama...

La idea me pone de mal humor y debe notarse en mi cara porque ella se ríe y levanta las manos.

—¡Que era una broma! —dice— ¿Por qué te molesta tanto? Tú vas a acostarte con Reese.

—No me molesta, es solo que...

—¿Qué?

—Grant no es de los que se comprometen, Mel. Ten cuidado.

—Te recuerdo que ya lo sé. Además, aunque esté como un queso no es para nada mi tipo. Me gustan los hombres más rudos y tu amigo se parece más a Ken, el novio de Barbie, que a Thor, el Dios del trueno.

—Anda, valquiria, voy a cambiarme y nos vamos a cenar, que como lleguemos tarde Amber me deja sin natillas.

—¿Ha hecho natillas? —pregunta levantándose como accionada como un

resorte— ¡Vamos, corre! ¡Mueve el culo!

Sonríó al verla saltar delante de mí como a una cabra montesa. Por lo que veo, las natillas de Amber causan el mismo efecto en mí que en ella...

Capítulo 5

Cuando llegamos a casa de Bruce, veo que por fin mi cuñada le ha dejado descansar un rato en la terraza, así que cojo una cerveza del frigorífico y me siento con él.

—¿Dónde coño has estado todo el día? —pregunto—. He venido dos veces y ninguna de ellas estabas aquí.

—Mi mujer me tiene hasta los huevos, tío —protesta Bruce—. No sabía que preparar un puñetero bautizo fuese como montar otra boda.

—Las mujeres son complicadas, hermano.

—¿Es que no podía conformarse con una misa y una comida familiar? Ha invitado a más de cincuenta personas, Brad. ¿Sabes lo que me va a costar eso?

—Te veo volviendo al museo en tus ratos libres —bromeo.

—Tú tómatelo a broma, pero al paso que voy...

—Es el bautizo de tu hija, Bruce. Solo es una vez en la vida.

—Lo será si no tenemos más hijos, pero Amber quiere tener al menos uno más.

—Ve a la perrera y adopta a un perro. He oído que es el sustituto perfecto para las ganas de ser madre.

—Créeme, por ahora con Briana ya tengo bastante.

—Intenta disfrutar un poco, hombre. Estamos de celebración.

—Quiero a mi mujer más que a nada en el mundo, en serio, pero estos días está terminando con mi paciencia. Y por si eso fuera poco ni siquiera recuerdo la última vez que tuvimos sexo a conciencia.

—¿A conciencia? —ríó dejando escapar la cerveza por la nariz al aguantarme la carcajada— Creí que todo el mundo follaba a conciencia.

—Ya sabes... tumbarme con Amber en una cama y dedicarme a explorar su cuerpo detenidamente. Echo de menos sus tetas, macho. Desde que tenemos a Briana nuestros encuentros sexuales suelen ser un “aquí te pillo, aquí te mato” sin preliminares que valga.

—Te quejas por gusto. ¿Sabes que hay hombres que se olvidan del sexo después de ser padres? Al menos tú no has tenido que prescindir de él.

—Mi mujer es demasiado ardiente para eso, y desde que tuvo a la niña mucho más. No me malinterpretes, estoy más que contento con nuestra vida sexual, pero supongo que se desea lo que no se puede tener.

—Esta noche vas a poder regodearte. Briana pasará la noche con mamá, ¿no?

—¡Gracias a Dios he podido convencer a Amber! Aunque con Joice y Reese por aquí dudo mucho que ella quiera sexo.

—Déjame a mí. Un poco de alcohol, un juego algo picante... y las cosas rodarán solas.

—Si esta noche tengo sexo del bueno gracias a ti, te juro que seré tu

esclavo un día entero.

—Esa promesa es un arma de doble filo, ¿sabes? —contesto riendo.

—Aun así me arriesgaré. Por cierto, ¿Dónde está Grant?

—No lo sé, no he hablado con él en todo el día. —Miro el reloj—. Ya debería estar aquí si no quiere que Amber lo cuelgue de los huevos por llegar tarde a cenar.

—Tal vez ha tenido una urgencia en el hospital.

—Hoy era su día libre y no he oído que haya ocurrido ninguna catástrofe, así que...

Como si nos hubiera estado escuchando, Grant aparece por la puerta de la terraza con una cerveza en la mano y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué te pasa que estás tan contento? —pregunta Bruce.

—Nada importante —contesta mirando hacia dentro—. Joice está realmente buena, ¿no creéis?

—Es la amiga de mi mujer, tío —contesta Bruce con una sonrisa—. Córdete un poquito.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? Yo sigo soltero.

—Tengo malas noticias, Grant —añado recordando mi conversación con Mel—. Mel me ha dicho esta tarde que Joice tiene un rollo en Nueva York.

—Pero el tío no está aquí, ¿verdad? —contesta Grant— Solo quiero un polvo con ella y no soy nada celoso.

—Ella no te va a hacer ni puto caso, *brother* —advierte Bruce—. Mejor la dejas en paz.

—También puedo liarme con Mel... está para mojar pan también y que yo

sepa no está con nadie.

—A Mel ni se te ocurra acercarte si quieres conservar la polla —protesto más cabreado de lo que debería.

—Pero si tú ya no estás con ella —contesta Bruce— ¿O sí?

—No, pero es mi amiga y no quiero que el gilipollas este juegue con ella.

—Ambos jugaríamos juntos, Brad —dice Grant—. Y te aseguro que lo pasaría en grande.

—Siento desilusionarte, colega —contesto con una sonrisa para disimular mi reacción de antes—, pero a ella no le gustan los tíos que se parecen al muñeco Ken.

—Yo no me parezco al muñeco ese —protesta mirándose en el cristal de la puerta corredera.

—Yo creo que sí —contesta Bruce—. Eres rubio de ojos azules... Como Ken.

—Os podéis ir a la mierda los dos.

Entra en la casa dejando atrás nuestras carcajadas. Bruce se pone serio de repente y me mira con una ceja arqueada.

—¿Qué?

—Eso quisiera saber yo. ¿A qué ha venido eso?

—¿A qué ha venido qué?

—Llámame loco, pero me ha dado la sensación de que te ha sentado mal que Grant se plantee acostarse con Mel.

—Es mi amiga y no quiero que Grant juegue con ella, eso es todo.

—Creo recordar que tú lo hiciste el año pasado.

—Ambos sabíamos lo que queríamos, Bruce. Nadie jugó con nadie. Pero ahora ella está deseando encontrar a alguien especial y no quiero que se haga falsas ilusiones con Grant.

—¿Y tú cómo sabes que ella quiere algo serio?

—Hablamos bastante a menudo, ¿sabes? Somos buenos amigos.

—¿Y seguro que esos son los auténticos motivos?

—¡Por supuesto que sí! Ahora quien me interesa es Reese.

—Quien por cierto ni siquiera se ha dignado a mirarte a la cara.

—La convenceré de que vuelva a mi cama, te lo aseguro.

—Ahora mismo estás siendo tan obtuso como Grant, ¿lo sabías?

—Es distinto.

—¿Porque tú lo dices?

—Porque lo es. Grant no se ha acostado con Joice, no tiene motivos para pensar que ella se sienta atraída por él. Yo sí los tengo.

—Reese no quiere repetir y tú no quieres aceptarlo, estás haciendo lo mismo que él—dice levantándose—. Deberías madurar un poco, Brad. Ya no eres un crío de veinte años para andarte con tonterías.

—Tengo cuarenta, estoy en la flor de la vida.

—Estás en el momento justo para sentar la puñetera cabeza.

—Ya lo hice y mira cómo me salió.

—No todas las mujeres son como Blair, y ya deberías haberte dado cuenta de ello.

Mi hermano entra en la casa dejándome solo con mis pensamientos. Cuando mi cuñada me llama para la cena intento sentarme junto a Reese, pero ella ha sido más lista y ya está colocada entre Joice y Bruce.

—Mala suerte, Brad —susurra Mel en mi oído al pasar por mi lado—. Tendrás que conformarte conmigo.

—Eso no es conformarse, preciosa, sino ser un privilegiado.

La cena pasa en relativa calma, y la velada da paso a los chupitos y las cervezas. Bebemos entre risas y creo que estoy empezando a emborracharme, así que miro a mi hermano con un guiño y propongo que juguemos a la botella.

—Juguemos a algo —digo repantigado en el sofá.

—¿A qué quieres jugar? —pregunta Joice.

—No sé, algo divertido.

—¿Qué te parece el Monopoli? —pregunta Amber.

—¡Vamos, cuñada! ¡Eso no es divertido! —protesto.

—Podemos jugar a los médicos —bromea Grant—. Joice puede ser mi paciente.

—Ni en sueños, Grant —contesta la aludida.

—¿Qué os parece si jugamos a la botella? —propongo.

—¡Ah, no! —protesta Amber— Ese juego es un arma de doble filo.

—¿Por qué? —pregunta mi hermano— ¿Acaso temes que me lée con alguna de tus amigas?

—¡Claro que no! No lo digo por nosotros, Bruce, sino por esos dos capullos a los que llamas hermanos —contesta mi cuñada señalándonos con la cabeza.

—Prometo portarme bien, Am —digo.

—Yo también lo prometo —contesta Grant.

—Dudo mucho que vosotros dos sepáis lo que significa portarse bien —
contesta ella con una sonrisa.

—¡Vamos, cariño! —la anima Bruce— Es un juego inocente.

—¿Inocente? —ríe Mel— ¿En serio?

—Tú no metas baza, Mel —protesta Grant.

—¡Oye! Que a mí me parece una estupenda idea el juego ese, chicos —
contesta ella.

—No sé si es buena idea... —duda Amber.

—Aún le hace falta más alcohol, Bruce —bromeo—. Dale otra copa.

—Muy bien —dice por fin mi cuñada—, si es lo que queréis...

Amber se acerca al fregadero y coloca sobre la mesa una botella de
cerveza vacía.

—Que empiece el juego —dice con un suspiro.

—Tengo una idea mejor —contesta Bruce.

Mi hermano aparta la mesa de café de la alfombra y coloca la botella en el
centro.

—Vamos, sentémonos alrededor —ordena.

La primera vuelta no gira demasiado y apunta a Grant y a Bruce. Me
descojono de risa al ver cómo mis dos hermanos bromean sobre la mejor
manera de darse el beso, y al final Bruce termina besando la frente de Grant.

—¡Qué conmovedor! —bromeo— ¡Cuánto amor fraternal se respira en el

ambiente!

En la segunda vuelta la botella señala a Mel y a Joice, que se dan un sonoro beso en los labios poniendo a todo el personal masculino a mil por hora, incluido Bruce, que tiene que cambiar de postura para esconder su espontánea erección.

—¿Sabéis qué? —dice Reese levantándose— Es un juego estúpido, así que me voy a la cama.

—¡Vamos, Reese, no seas aguafiestas! —protesta Joice— Es divertido.

—Paso.

Veo impotente cómo mi objetivo se aleja por el pasillo, pero Mel me obliga a mirarla a ella.

—Olvídate de ella esta noche, campeón —susurra—. No creo que esté de humor para juegos.

—¿Acaso alguna vez está de humor para algo? —protesto.

—Dale tiempo, Brad.

Vuelvo a centrar mi atención en el juego. Mel tiene razón, no puedo pretender conseguir lo que quiero en un día y mi hermano necesita mi ayuda, así que continúo jugando haciendo un poco de trampa. Sonrío divertido cuando Bruce y mi cuñada se enrollan al señalarles por fin la botella. Cuando mi hermano aparta su boca de la de Amber ella está bastante acalorada, por no decir excitada. La siguiente vuelta me señala junto con Mel. Sonrío negando con la cabeza, pero ella gatea hacia mí con una de sus traviesas sonrisas en los labios y se sienta a horcajadas sobre mis piernas para pasar los brazos por mi cuello y pegar su boca a la mía. Al principio apenas es un beso inocente, pero parece que mi cuerpo aún recuerda al suyo a la perfección, porque sin

pretenderlo tengo los brazos rodeando su cintura y mi lengua dentro de su boca.

Escucho los vítores de mis hermanos en la letanía, pero soy incapaz de romper el beso. Su sabor a chicle de fresa me transporta de nuevo al verano pasado, cuando pasamos una buena temporada acostándonos juntos cada noche. Mi polla empieza a crecer bajo mis pantalones y Mel debe haberla sentido, porque se aparta de mí al instante con las mejillas sonrosadas.

—Me encanta el interés que tienes en mí —ironiza Reese desde la puerta—. Ya veo que pronto vuelves a los brazos de Mel.

—Estamos jugando, Reese, no seas capulla —contesta Mel.

—Ya lo veo, ya... Un juego de lo más revelador.

Me levanto para ir tras ella, pero cuando llego a su habitación la puerta está cerrada con el cerrojo. ¡Maldita sea!

—Reese, abre la puerta —pido.

—Márchate, Bradem. No quiero hablar contigo.

—Solo era un juego, Reese. No estábamos haciendo nada malo.

Reese abre la puerta y me mira con los ojos cargados de determinación.

—Jamás voy a volver a acostarme contigo, Brad. juré que nunca me acostaría con un tío que se hubiese acostado con Mel y me hiciste romper una vez esa promesa, pero te aseguro que eso nunca más volverá a pasar.

—Mel y yo solo somos amigos.

—Me da igual lo que seáis. No voy a arriesgarme a hacerle daño solo por un polvo ocasional.

Reese me cierra la puerta en las narices, dejándome frustrado y muy...

muy cabreado.

—¡Reese! ¡Maldita sea, Reese!

Le doy un puñetazo a la pared antes de volver al salón. ¿Por qué cojones no quiere entender que Mel y yo no tenemos nada? ¿Por qué se empeña en negar lo que siente por mí si es evidente? Que le vayan dando, ya me tiene hasta los huevos con su estúpido comportamiento. No pienso seguir mendigando un polvo, nunca he tenido necesidad de hacerlo y no voy a empezar ahora.

Capítulo 6

Ya son las cuatro de la madrugada cuando aparco el coche en mi plaza de garaje del hotel. Mel está dormida en el asiento del copiloto y tengo que zarandearla un poco para que logre despertar. Sus ojos azules se abren seguidos de una sonrisa perezosa, y casi sin pensarlo me inclino para besarla. Sus labios están calientes, suaves, tiernos, y mi boca no puede evitar recorrerlos lentamente, dejando a mi lengua adentrarse en su cavidad. La suya le sale al encuentro, dulce y juguetona, y mi sangre se calienta con ganas de más.

Mel pasa los brazos alrededor de mi cuello y pega sus pechos a mi cuerpo, haciéndome sentir la dureza de sus pezones sobre mis pectorales. Mi polla me aprieta los vaqueros buscando escapar, pero tiro del pequeño atisbo de cordura que me queda para separarme de ella.

—Vamos, te acompañaré a tu habitación —susurro antes de salir del coche.

Subimos en el ascensor en silencio. No sé qué estará pensando ella, pero yo estoy acordándome de la escena del ascensor de Cincuenta sombras de Grey, cuando el millonario aprisiona a la chica contra la pared para comérsela

a besos. Lo haría ahora mismo sin pensarlo si no fuera porque no quiero que Mel piense que quiero algo serio con ella. Estoy cachondo y saber lo bien que me siento al acostarme con ella es motivo suficiente para liarle la manta a la cabeza y meterme entre sus piernas... si no fuera mi amiga.

Cuando llegamos a la puerta de su habitación, me inclino para besarla en la mejilla, pero ella me agarra de la camisa y tira de mí para volver a comerme la boca, así que me aparto para no terminar metiendo la pata.

—No es buena idea, Mel —susurro apartando sus manos de mi ropa.

—Reese no tiene por qué enterarse.

—No estoy pensando en Reese precisamente, sino en ti.

—¿En mí? ¿Qué pasa conmigo?

—No quiero que pienses cosas raras. Sabes de sobra que me pones muchísimo, pero eso es todo lo que siento por ti.

—¿Crees que no lo sé?

Mel se acerca y pega su cuerpo al mío, logrando que mi muslo quede presionado contra su sexo.

—Solo quiero follar, Brad —susurra—. Que quiera encontrar un chico con quien tener una relación seria no significa que no pueda pasarlo bien contigo mientras tanto, ¿no es verdad?

—¿Estás segura?

—Yo sí lo estoy, pero, ¿lo estás tú?

—Lo único que sé ahora mismo es que me muerdo de ganas de follarte de nuevo.

Mel me coge de la mano con una sonrisa y tira de mí hasta mi suite. En

cuanto cierro la puerta a mis espaldas la llevo de la mano hasta la cama. Me siento en el borde y la acerco por la cintura hasta que queda sentada a horcajadas sobre mis piernas, y comienzo a besarla lentamente. No puedo evitar sonreír cada vez que nuestros labios se separan, no sé qué demonios tiene Mel que siempre consigue hacer aflorar mi buen humor. Acaricio sus pechos por encima de la tela del vestido, amasándolos, estrujándolos entre mis dedos, y sus caderas comienzan a bailar sobre mi polla, que ya está dura y lista para actuar.

Levanto su vestido hasta la cintura y abarco con mis manos sus glúteos, al aire debido al tanga de raso blanco que lleva puesto. Los amaso, subo las manos por su cintura hasta sus pechos una vez más, y las suyas se entretienen cogiéndome la cara, tirándome del pelo o paseándose por mi espalda.

—Casi había olvidado lo bueno que era —ronronea antes de volver a besarme.

¡Joder! Pues yo no lo he olvidado ni un poquito, recuerdo cada centímetro de su piel como si nuestro último encuentro hubiera sido ayer. Recuerdo que la piel de su cuello es su talón de Aquiles, que le gusta que recorra sus largas piernas con la yema de los dedos y que su pezón derecho es mucho más sensible que el izquierdo. Solo hay que rozar levemente su clítoris para que Mel se tense recorrida por el placer, y su canal es tan estrecho que siento sus paredes apretar mi polla cada vez que embisto dentro de ella.

Mel se deshace de mi camiseta y saca los brazos de los tirantes del vestido hasta dejarlo arrugado en su cintura, y con una mano desabrocho los cierres de su sujetador para dejar sus pechos al descubierto. Sus pezones me apuntan desafiantes y los aprieto entre mis dedos mientras me doy un festín con su cuello. Mel ladea la cabeza para dejarme mejor acceso y gime levemente cada vez que abro la boca sobre su piel antes de atraparla con los dientes. Apenas

un leve roce le provoca un escalofrío tras otro, y bajo la cabeza para atrapar su pezón más sensible entre mis labios.

—¡Dios, qué bien lo haces! —susurra enredando los dedos en mi pelo.

Succiono su pequeña cresta sin prisa pero sin pausa, alternando pasadas de mi lengua con caricias de mis dientes, succionándolo para soltarlo después y pellizcarlo con mis dedos. Sus caderas se mueven ya con frenesí, buscando el contacto con mi polla, así que me tumbo en la cama arrastrándola conmigo para deshacerme del vestido y desabrocharme los vaqueros. Mel se pone de rodillas para sacarme los pantalones y los bóxers, dejando mi erección al descubierto. La mira con hambre, la acaricia con una mano como si fuese un delicioso manjar y me mira con una sonrisa traviesa.

—Echaba de menos mi cena —ronronea.

Acto seguido se la mete en la boca con un gemido. Tengo que echar la cabeza hacia atrás ante el placer que acaba de proporcionarme, y la observo mover su boca sobre mi polla como si estuviese tragándose un enorme y delicioso helado de cereza, su favorito.

Su lengua está haciendo estragos con mi cordura, pero la mirada cargada de deseo que me lanza mientras me la come es más peligrosa que cualquier caricia. Su lengua serpentea por mi verga hasta llegar a mi glande y lo acaricia una y otra vez antes de atraparlo con los dientes y dejarlo escapar suavemente.

—Eres mala —digo con la voz ronca por el deseo.

—Y te encanta.

No me deja responder, porque me engulle hasta la garganta dejándome sin aire. Su mano acaricia entonces mis huevos, apenas un leve roce de la yema de sus dedos que me hace estremecer. Mel sigue lamiéndome como si no hubiese mañana y voy a terminar por correrme si no se detiene de una vez. No me hace

falta decirle nada, como si hubiese oído mis pensamientos se incorpora para besarme sin soltarme la polla, y tiro de ella para dejarla tumbada sobre mí.

—No puedo más —susurro.

Tiro de su cintura hasta que su sexo queda a la altura de mi boca y aparto el raso de su tanga para hundir la lengua entre sus pliegues. Necesito calmarme si no quiero que esto termine demasiado pronto, y me dedico a hundir la lengua en su canal mientras con el pulgar acaricio su pequeño capullo hinchado. Mel echa la cabeza hacia atrás y se apoya en mis muslos. Sus pequeños gemidos se han convertido en auténticos gritos de placer y enreda las manos en mi pelo para evitar que aparte mi boca de su dulce chochito. Mi lengua sube por sus labios hasta el clítoris, donde se dedica a bailar durante lo que parecen horas, parando cuando Mel está a punto de correrse. Ella lloriquea cada vez que la vorágine de placer amaina, está desesperada por correrse y estoy dispuesto a cumplir su deseo, pero desde luego no así.

Mel gatea por mi cuerpo hasta que nuestros rostros están frente a frente y lame mis labios antes de comerme la boca con ansia. Sus caderas ondean sobre mi verga, que ha quedado aprisionada entre sus pliegues. Siento su carne acariciarme, sus manos bajan por mi abdomen hasta que agarran mi polla para guiarla hasta su interior. Me fío de ella por completo y sé que no me dejaría follarla a pelo si no estuviese tomando la píldora, así que me hundo en ella hasta el fondo con un gemido que tensa mi garganta. ¡Joder, esto es el puto Nirvana! Mel mueve sus caderas arriba y abajo, inspirando con fuerza cada vez que me entierro en ella hasta el fondo, y aprieto sus caderas entre mis dedos para intentar aguantarme las ganas de correrme. Soy incapaz de apartar mis labios de los suyos, su lengua juega con la mía imitando el movimiento de nuestros cuerpos, que están ardiendo y empapados en sudor.

Me incorporo para quedar sentado en el borde de la cama y Mel apoya los

pies en el suelo para poder impulsarse con más rapidez. Su carne me engulle, me aprieta y me lleva a la locura, y sus uñas arañan mi espalda cuando sus dientes muerden la piel de mi hombro. ¡Cómo me pone que haga eso! Estoy a punto de correrme, así que la cojo en peso para dejarla caer sobre la cama y volver a hundirme en ella. Esta vez yo llevo el control de la situación y bombeo dentro de ella con fuerza y rapidez, arrancándole frases sin sentido y gritos de placer. Está a punto de correrse, así que introduzco mi mano entre nuestros cuerpos para acariciar su clítoris y aligerar el proceso. Siento sus músculos contraerse entre espasmos cuando el orgasmo me arrasa y me dejo caer a su lado en la cama con la respiración entrecortada.

Estoy mareado, veo puntitos de colores bailar ante mis ojos y no tengo fuerzas ni para volver la cabeza. Escucho su respiración agitada junto a mí y la veo levantarse para sacar un paquete de toallitas higiénicas de su bolso y limpiarse mi semen de las piernas. No he sido capaz de apartarme. Creo que es la primera vez que me corro dentro de una mujer sin protección y la verdad es que me siento de puta madre. Ni siquiera con Blair fui capaz de hacerlo. Tal vez porque algo en mi fuero interno sabía que nuestra relación tenía fecha de caducidad y quería evitar a toda costa que un hijo mío pagara las consecuencias.

Sacudo la cabeza para apartar esas gilipolleces de mi mente y miro a Mel con una sonrisa. Ella me la devuelve antes de entrar al baño y me levanto de un salto para seguirla. La encuentro sentada en el váter y me tira el rollo de papel para hacerme salir de allí, muerta de vergüenza.

—¡Lárgate Brad, me da corte!

—Nena, yo también meo, ¿sabes? —contesto apoyándome en el lavabo.

—Si no te sales no voy a poder hacer nada, así que fuera.

La ignoro deliberadamente y me meto en la ducha. El agua caliente relaja mis músculos y sonrío cuando siento sus manos heladas abrazarme desde atrás.

—¿Quieres más? —bromeo.

—No... solo necesito una ducha, pero hay muy poco espacio y tenemos que apretarnos.

—Creo que deberíamos hablar, ¿no crees? —pregunto volviéndome hacia ella.

—¿Qué hay que hablar, Brad? Hemos tenido sexo. Punto.

—Entre nosotros no hay solo sexo, Mel. No quiero que nuestra amistad se fastidie por esto.

—¿Por qué iba a fastidiarse? Somos adultos que estábamos cachondos y nos hemos acostado. Fin del asunto.

—¿Significa eso que no se va a volver a repetir? —pregunto bastante decepcionado.

—Yo no he dicho eso. Solo digo que las cosas surgen sin más, y ha surgido esta noche.

Mel sale de la ducha y se coloca frente al espejo a peinarse la larga melena que lleva últimamente. La verdad es que me gusta mucho más su pelo azul o la melenita rubia que lució en la boda de Bruce. Me acerco a ella por detrás y rodeo su cintura con los brazos antes de besarla en el cuello.

—¿Te quedas? —pregunto.

—No. Has quedado mañana a primera hora con Joice y quiero dormir un poco, ¿sabes?

—Es cierto, lo había olvidado. Si quiero seguir intentándolo con Reese no me conviene que Joice se entere de lo que ha pasado.

Mel asiente y vuelve a la habitación para vestirse. ¿Por qué cojones me siento como un auténtico capullo? A fin de cuentas ella sabe desde el primer momento que quiero intentarlo con Reese, y lo nuestro nunca ha sido nada serio. La sigo con un suspiro y la observo vestirse antes de dirigirse a la puerta.

—Ha sido un placer, Brad... —ronronea antes de besarme en los labios—
Como siempre.

Capítulo 7

He quedado a las nueve de la mañana con Joice en la puerta de mi nuevo apartamento. Se encuentra a dos calles del hotel, así que estaré bastante cerca si ocurre algún incidente grave. Tiene tres habitaciones, de espacios abiertos y es muy luminoso. Lo que más me gustó de él cuando lo elegí fue la enorme terraza que tiene en la azotea, en la que puedo improvisar un *chill out* casero donde seducir a las mujeres. Reconozco que es demasiado grande para mí, pero Amber ha insistido en que me vendrá bien cuando forme una familia... como si eso fuese a pasar alguna vez. De todas formas el dueño ha accedido a dejarme amueblarlo mientras se realizan los trámites de la compra, lo que me viene de maravilla para que Joice me eche un cable con la decoración.

Ya pasan diez minutos de las nueve y Joice no aparece por ninguna parte, así que la llamo al móvil para ver qué ha ocurrido.

—Dime, capullo —contesta una voz masculina bastante familiar.

—¿Grant? ¿Eres tú?

—¿Quién iba a ser si no?

—No pienso preguntar qué haces con el teléfono de Joice. ¿Dónde está?

Habíamos quedado hace diez minutos.

—Está en la ducha. En cuanto se cambie la llevaré para allá.

—Eres un cabrón con suerte, pero la próxima vez procura no hacerla llegar tarde a una cita conmigo. Sabes cuánto odio esperar.

—Veo que estás de mal humor, hermanito. ¿Es que no follaste anoche? ¡Ah, es cierto! Reese te dio con la puerta en las narices.

—Vete a la mierda, Grant.

—No te enfades, Brad... siempre puedes recurrir a Mel.

—¿Te has levantado gracioso esta mañana? Porque te aseguro que no me hace ni puñetera gracia lo que acabas de decir.

—Era una broma, Brad... ¡Joder cómo estás hoy! Cualquiera diría que no te la has visto esta mañana.

—Vamos, Grant, déjate de tonterías y trae de una vez a Joice, tenemos cosas que hacer.

Cuelgo el teléfono con más mala leche de la que pretendía. Me enfurece que hable de Mel de esa manera, pero me avergüenza reconocer que eso es precisamente lo que hice anoche: acostarme con ella porque no pude hacerlo con Reese. Me acerco a la cafetería de la esquina para tomarme un café mientras espero, porque conociendo a Grant seguro que tardan al menos media hora. El gran inconveniente de encontrarme tan cerca del hotel es que veo entrar a Moira en la cafetería y sonrío coqueta cuando me ve sentado en una mesa.

—Buenos días, señor Ramsay —dice sentándose a mi lado—. ¿Dónde se ha dejado hoy a su novia? —Sonrío ante la descarada pregunta de mi empleada.

—Se ha quedado descansando en el hotel. No ha dormido demasiado esta noche —contesto con toda la intención del mundo.

—No entiendo por qué se aloja en una habitación cuando puede compartir con usted su suite privada.

—A Mel le gusta tener su privacidad y pensé que sería conveniente dársela, eso es todo.

—¿Sabe? Si yo estuviese en su lugar no dudaría en alojarme con usted —ronronea—. Cuanto más tiempo pasen juntos más tiempo tendrán para... ya sabe...

—Por suerte no estás en su lugar, ¿no es cierto? Además, no tengo que darte explicaciones, pero te aseguro que está muy satisfecha con... ya sabes.

Dicho esto, me levanto y salgo de la cafetería. Si quieres provocarme te aseguro que no vas a conseguirlo, preciosa. Tal y como había previsto, media hora después aparece por fin Joice, a quien Grant ha traído en su coche.

—Ya era hora, capullo —protesto—. No tengo todo el día para que tú te lo pases retrasando a mi diseñadora de interiores.

Grant me hace un corte de manga y me deja a solas con Joice, que me mira con una sonrisa de disculpa.

—No te enfades, Bradem —me pide—. Ha sido tan culpa mía como suya.

—No me enfado contigo, sino con él. No es culpa tuya que Grant sea un capullo.

—Reconozco que ha sido mi culpa que lleguemos tarde. Él ha insistido en que nos fuéramos, pero...

—No estoy cabreado porque hayáis llegado tarde, he discutido con él por teléfono. Además, ¿tú no decías que no querías acostarte con él?

—Lo decía, pero realmente no lo pensaba.

—Eres tan retorcida como tus amigas. Y yo que creía que eras la más buena de las cuatro...

—Si hubiese caído en sus redes sin hacer que se lo ganara no me tomaría en serio. Los hombres no prestáis el merecido cuidado a las cosas que conseguís sin esfuerzo.

—¿Y el chico con el que estabas en Nueva York? Mel me lo contó.

—Él solo era un polvo ocasional y ambos lo sabíamos. Corté con él antes de venir.

Tras pasar toda la mañana tomando medidas en mi piso dejo a Joice en casa de Bruce con la promesa de que el lunes se ocupará de comprar todos los muebles. Aprovecharé que tengo que viajar a Edimburgo a firmar unos documentos para acercarnos a Ikea. Le he dado la tarjeta de la empresa para que cargue en ella las compras, Bruce insistió en ello a pesar de que le dije que podía ocuparme personalmente del gasto.

Llego al despacho a la hora de comer, llamo a la cocina para pedir mi almuerzo y me siento delante del ordenador a poner las cuentas al día. Mañana es el bautizo de Briana y aún no me ha llegado el regalo que le quiero hacer, así que llamo a la tienda de juguetes para que me confirme que mañana a primera hora tendré el centro de actividades con tobogán, red de escalada, pizarra e incluso una casita y un balancín para que juegue cuando sea un poco más grande.

Un par de horas más tarde mi hermano llega al despacho y se deja caer en el sillón.

—¡Gracias a Dios algo de paz! —suspira.

—¿Qué haces aquí? Se supone que estás de vacaciones.

—Le he dicho a Amber que me has llamado para solucionar un asunto importante. Así podré librarme de sus nervios por un par de horas.

—Eso será si no me voy de la lengua... —bromeo.

—Si lo haces te aseguro que inventaré algo terrible para que la pague contigo. ¿Qué haces?

—Termino de cuadrar las cuentas. ¿Quieres ayudarme?

—Paso... estoy de vacaciones.

—Para lo que te conviene.

—Creo que mejor voy a ver a Mel, tú eres un aguafiestas.

—Ya estás tardando.

Como si las palabras de mi hermano la hubiesen invocado, Mel se asoma a la puerta del despacho con una sonrisa. No puedo evitar quedarme mirando sus preciosos pechos, recordando cómo botaban frente a mi cara anoche mientras echábamos un polvo.

—Hola chicos —dice ella—. Amber solicita mi ayuda, así que iré en taxi a la casa y no tendrás que esperarme.

—No digas tonterías —contesta Bruce lanzándole sus llaves—. Llévate mi coche, yo me iré con Brad.

—¿Estás seguro?

—Pues claro. Aún tenemos trabajo que hacer y vamos a tardar un par de horas.

Observo divertido cómo mi hermano miente deliberadamente para no tener que pasar el día siguiendo las órdenes de Amber. Han decidido celebrar el

bautizo en el jardín trasero del hotel y aunque Bruce contrató a un organizador de eventos para que se ocupase de todo, Amber no deja de incordiar cambiando cosas a última hora.

Cuando Mel se marcha, mi hermano me mira con una ceja arqueada.

—Eres un embustero de primera, Bruce —contesto—. Si Amber se enterase de esto te cortarían los huevos.

—Yo creo que a ti también te los cortarían si se enterase de que Mel y tú habéis vuelto a acostaros.

Me quedo mudo de asombro al descubrir que mi hermano se ha dado cuenta de todo. ¿Cómo coño lo ha hecho? ¡Apenas hemos cruzado un par de palabras! ¿Es que estuvo escuchando anoche detrás de la pared en vez de aprovechar su noche con Amber? Decido disimular negándolo todo.

—No sé de dónde te sacas esa idea tan absurda.

—De las miradas que ambos os habéis lanzado hace un momento. ¡Joder, Brad, si casi te la follas con la mirada!

—Que esté buena no significa que me haya acostado con ella.

—Anoche la besaste como si pretendieras hacerlo y la miradita que te ha echado...

—¿Qué tal tu noche con Am, por cierto? —pregunto cambiando deliberadamente de tema.

—Cojonuda, te debo una, pero no esquives el muerto que no pienso darme por vencido.

—¡Está bien, sí, me acosté anoche con ella! —reconozco por fin.

—¿Y qué pasa con Reese?

—¿Qué pasa con ella?

—Creo recordar que querías intentarlo con ella, ¿o lo he soñado?

—No, no lo has soñado. Pero no entiendo qué tiene que ver eso con que me haya acostado con Mel.

—¿Ah, no? ¿Ahora vas a montar un harén con las amigas de Amber?

—¡Claro que no! Pero tampoco es que quiera algo serio con ninguna de las dos.

—Ayer mismo te cabreaste porque Grant insinuó hacer lo que tú has hecho.

—Mel sabe que no vamos a tener nada serio, Bruce. No soy tan gilipollas como para hacerle daño a propósito.

—Eres un cabrón, Brad. Estás jugando con fuego y vas a terminar por quemarte y perderlas a las dos.

—Nunca he prometido nada a ninguna de las dos. Siempre soy perfectamente claro con las mujeres con las que follo antes de hacerlo.

—No puedes acostarte con las dos como si tal cosa a pesar de eso, ¿sabes?

—Lo de Mel fue algo imprevisto. Habíamos bebido, el juegucito de anoche nos puso a mil y...

—Y te la tiraste.

—Realmente fue ella quien me folló a mí, pero sí.

—¿Y cómo piensas mirar a Reese a la cara ahora?

—¿Con los ojos?

—¿Pero no decías que te gustaba?

—¡Y me gusta! Para echar un polvo.

—¿Y Mel, Brad? ¿Y si al final resulta que termina enamorándose de ti?

—Te aseguro que eso no ocurrirá jamás. No entiendo por qué me echas la bronca, tú eras igual que yo y deberías entenderme.

—Lo era, pero jamás se me habría ocurrido acostarme con dos amigas a la vez.

—He dicho que lo de Mel ha sido algo puntual, no va a volver a repetirse.

—¡Claro que sí, Brad! y puede que las vacas vuelen.

—Soy adulto, Bruce. Sé mantener la polla dentro de los pantalones.

—Pues yo que tú la dejaba bien guardada con Mel, porque al final vais a terminar peleando.

—Te he dicho que no se volverá a repetir.

—Si tú lo dices...

—¿Podemos dejar el tema de una puñetera vez?

—Tú mismo. Por cierto, ¿dónde está el regalo de Briana? Dijiste que hoy lo tendrías y reconozco que me tienes en ascuas.

—Aún no ha llegado, te lo entregarán en casa mañana por la mañana.

—¿Y no piensas decirme qué demonios es?

Abro la aplicación de Amazon en el móvil y busco el juguete para enseñarle la foto a mi hermano.

—Sabes que Briana tiene solo cuatro meses, ¿verdad? —dice mi hermano enarcando una ceja.

—Claro que lo sé, gilipollas. Es para cuando crezca.

—¿Y dónde pretendes que lo ponga? ¿En mis cojones?

—En la terraza, ¿dónde si no?

—Esto hay que anclarlo al suelo, Brad.

—Es de plástico.

—¿Y? Usa la lógica. Si no se ancla al suelo la niña puede terminar dándose una buena hostia.

—Yo se lo compro, Bruce. Haz con el columpio lo que te salga del nabo.

—¿No podías haberle comprado algo más sencillito? No sé, una alfombra de actividades acorde con su edad, tal vez.

—¿En serio, Bruce? Es mi única sobrina y pienso consentirla todo lo que me dé la gana, así que hazte a la idea.

—No, si al final voy a tener que plantearme seriamente vender el piso para comprar una casa con jardín.

—En ese caso estoy seguro de que Amber me agradecerá enormemente que le haya comprado a la niña el condenado columpio.

Capítulo 8

El sábado por la tarde reviso que todo esté preparado para el bautizo de mi sobrina. Como era de esperar, yo soy el padrino aunque Grant haya rogado por el puesto. Mel será la madrina. Miro el reloj antes de reunirme con ella en el hall. Está preciosa con su vestido de encaje de color azul, a juego con sus ojos. Se ha recogido la larga melena en un moño bajo del que escapan algunos mechones, con ese aire juvenil que tanto le gusta.

—¡Vaya, señor Ramsay! —dice pasando la mano por la solapa de mi traje — Está usted para comérselo.

—Gracias, señorita Owen. Usted sí que está preciosa con ese vestido.

Mel sonrío y engancha su brazo con el mío hasta que llegamos a mi coche. Ya sé que es ridículo ir a casa de mi hermano cuando el bautizo se celebra en el hotel, pero se ha desatado el caos en cuanto mi cuñada ha abierto los ojos esta mañana y nuestra intención es echar una mano. La casa es un campo de batalla ahora mismo. Amber aún no ha terminado de vestirse, la niña no para de llorar y a mi hermano parece que va a darle un síncope en cualquier momento.

Me deshago de la chaqueta de mi traje y me quito la corbata con un suspiro dispuesto a ponerme manos a la obra. Me acerco a la trona de Briana y la cojo en brazos, logrando que deje de llorar en el acto.

—Hola, princesa... ya está aquí tu tío favorito —susurro dándole un beso en la mejilla regordeta.

Mel ríe a carcajadas ante los aspavientos de Briana, que da saltitos con los ojos como platos mientras le hago pedorretas.

—Está perdidamente enamorada de ti —bromea.

—Como todas las mujeres.

—Todas no, guapo.

—Bueno... todas menos tú.

—Se te dan bien los niños —oigo la voz de Reese desde la puerta del salón.

Levanto la vista y me quedo sin respiración. Lleva un vestido de gasa blanco que tapa más bien poco sus pechos, con unas sandalias plateadas que estilizan aún más sus largas piernas. Siento el deseo subir por mi espalda como un rayo y tengo que centrar mi atención de nuevo en la niña para no terminar con una erección bajo los pantalones del traje.

—Brad es bueno en todos los aspectos —dice entonces Mel con una risita malintencionada.

—Eso dicen —contesta ella.

Veo aparecer a mi cuñada con el pelo lleno de rulos y las manos en las caderas.

—¿Me puedes explicar qué demonios es el armatoste que un mensajero

acaba de dejar en el salón? —pregunta.

—El regalo de Briana, ¿qué va a ser? —contesto sin mirarla.

—A ver, Superman, ¿dónde se supone que vamos a poner eso? No tenemos jardín.

—¡Encima que te doy una excusa para que Bruce te compre una casa nueva te enfadas!

—Es que yo no quiero una casa nueva, Brad. Me encanta esta casa.

—Pues entonces llévalo a casa de mamá y lo montamos en el jardín. Asunto arreglado.

—Deberías montarlo tú, capullo —dice mi hermano sentándose a mi lado —. Ya tengo bastante trabajo como para que me des más.

—No te quejes tanto, que el hotel lo llevamos a medias.

—Sí, pero yo tengo una hija y tú estás soltero.

—Tú tienes una hija y yo tengo mucha actividad sexual —contraataco.

—¿Quieres callarte? —protesta Mel tapándole los oídos a Briana— Vas a pervertirla antes de tiempo.

—El día que yo vea a un capullo acercarse a mi niña le cortaré los huevos de raíz —protesta Bruce quitándomela de los brazos.

—Ya salió el macho alfa... —se burla Mel.

—Mejor vámonos a ayudar a Amber, estos dos se bastan solitos —dice Reese. Me acerco al frigorífico y saco dos cervezas antes de sentarme de nuevo junto a mi hermano.

—He visto que Reese ha estado hablando contigo —comenta.

—Apenas un par de frases. Pero aún hay mucha noche por delante.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo que a qué me refiero? Sabes de sobra que quiero acostarme con ella.

—¿Y también con Mel?

—¿Quieres parar con eso de una vez? Lo de Mel fue un hecho puntual que no va a volverse a repetir.

—¿Estás seguro de eso?

—Que sí, pesado. Fue culpa del maldito juego de la botella al que no pienso volver a jugar.

—En ese caso adelante, pero no pienses ni por un momento que voy a echarte un cable.

—Contaba con ello, tranquilo. No pienso ser el causante de una discusión con Amber por mucho que me guste su amiga.

El bautizo transcurre sin complicaciones, mi hermano y Amber se han marchado a casa con Briana y el resto hemos terminado en el salón del hotel bebiendo y bailando. Reese está desinhibida, se ha tomado un par de copas y creo que ahora tendré oportunidad de ablandarla un poco, así que me acerco a ella y la agarro de la cintura para moverme con ella.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —pregunta con una sonrisa.

—Bailar contigo. ¿Es un delito?

—Si no intentas nada más desde luego que no.

Reese pasa los brazos por mi cuello y sigue moviendo las caderas al compás de la música. Nuestros cuerpos apenas se están rozando, pero su olor

inunda mis fosas nasales y consigue que mi sangre se caliente. Acercó mi frente a la suya con una sonrisa, pero no intentó besarla, solo me balanceó con ella.

—Estás portándote demasiado bien, Bradem—dice precavida.

—Soy un buen chico, Reese. Eres tú quien se empeña en verme como a un demonio.

—Es que es lo que he visto de ti hasta el momento... tu lado demoníaco.

Sin previo aviso la hago caer para recogerla justo a tiempo, arrancándole una carcajada. Tengo sus labios a escasos milímetros de mi boca. Sería tan fácil besarla... pero no voy a hacerlo, quiero que sea ella quien lo haga.

—Estás preciosa, por cierto—susurro—. Creo que ahora mismo soy el tío más envidiado de toda la fiesta.

—¿Eso te funciona con todas?

—Con la mayoría—digo haciendo una mueca que la hace reír de nuevo.

—Pues no es el caso, don Juan.

—A mí no me engañas, preciosa. Te estoy ablandando un poco, reconócelo.

—No me estás ablandando nada. Eres el cuñado de mi mejor amiga y tengo que ser amable contigo.

—Vamos... estás deseando que te bese, Reese.

—¿Eso crees?

—No dejas de mirarme la boca, así que sí. Pero si quieres un beso, tendrás que venir a por él.

Ella me sorprende acercando su boca a la mía. Aunque me ha pillado por

sorpresa, pronto la tengo atrapada entre mis brazos, pegada a mi cuerpo. Introduzco la lengua en su boca lentamente, saboreándola, deleitándome con el tacto suave de su lengua y sus dientes. Ella gime y enreda los brazos en mi cuello, acercando su cuerpo más al mío. Termino el beso con la respiración entrecortada y una erección de mil demonios, y entierro la cabeza en su cuello con un suspiro.

—Hoy vas a ser mía, Reese —susurro—. No niegues lo que ambos queremos.

—Te he besado, Bradem, pero no he dicho que vaya a acostarme contigo.

—No hace falta que lo digas para que suceda, ¿sabes? Aún queda mucha noche por delante.

—Confórmate con tu pequeña victoria de hoy, highlander, no tientes a la suerte.

—¿Cómo voy a conformarme con un beso teniendo que aguantar esto? —pregunto restregando mi erección contra su muslo.

—Es hora de que me marche a dormir —contesta ella apartándose de mí—. Buenas noches, Brad.

La veo salir del salón dejándome con un palmo de narices. ¿En serio la muy cabrona me ha hecho esto? Me acerco a la barra y pido un whisky doble con hielo. De alguna manera debo bajarme la excitación...

—Aquí estás —suspira Mel sentándose a mi lado—. No te he visto en toda la noche.

—He estado por aquí, pero estabas muy ocupada con los amigos de mi hermano.

—¿Ian y Garren? Son divertidos, pero eso es todo. Pero ya estoy un poco

cansada de todo esto. ¿Por qué no nos vamos al *Glenelg* a tomarnos la última?

—Es la mejor idea que has tenido en todo el día, preciosa.

Apuro mi copa de un sorbo y le hago señas para que me preceda hasta el coche. En cuanto llegamos al bar Kendrick se apoya en la barra con una sonrisa.

—¡Vaya, vaya! ¡Mel Owen se ha dejado caer por aquí!

Mel le abraza con una sonrisa antes de sentarse en nuestro sitio de siempre. El año pasado vinimos muchas veces cuando estábamos liados, así que terminó haciendo buenas migas con Kendrick y su mujer.

—¿Qué te pongo, preciosa? —pregunta mi amigo— ¿Lo de siempre?

—Me conoces bien, Ken —contesta ella.

—Yo quiero un whisky —pido yo.

Kendrick se marcha y me quedo a solas con Mel de nuevo. Ella acaricia la madera con una nostálgica sonrisa.

—Qué recuerdos —susurra—. No recordaba cuánto me gusta Escocia.

—Siempre puedes volver.

—Lo sé, pero mi trabajo me impide viajar tanto como quiero. Al menos donde yo quiero viajar.

—¿Cuánto tiempo te quedarás esta vez?

—Me iré el domingo de la semana que viene. Quiero disfrutar de Briana tanto como pueda.

—Entonces tendrás tiempo de hacerlo.

—Me parece que no será suficiente.

Kendrick coloca nuestras bebidas en la barra y Mel da un sorbo a su copa para quedarse en silencio después.

—Ey —susurro levantándole la cara—, nada de melancolía esta noche.

—No es melancolía, Brad. Es solo que no quiero marcharme.

—Pues no lo hagas. ¿Qué te lo impide?

Ella sonrío y bebe de nuevo sin contestarme.

—He visto que has avanzado bastante con Reese —dice en cambio.

—Yo no estoy tan seguro. Me ha dejado besarla, pero nada más.

—Es un comienzo. No todas las chicas se acuestan con un hombre en la primera cita.

—Pues deberían, así se ahorrarían muchas decepciones.

—Reese no es así —contesta sonriendo.

—Ya lo sé, pero a este paso os vais a ir antes de que consiga volver a acostarme con ella.

—Deberías haberla acompañado a casa de Amber en vez de estar aquí conmigo.

—¿Para qué? Estaba claro que hoy no iba a conseguir nada con ella, habría perdido el tiempo.

—Tal vez si hubieses insistido un poco...

—Me habría perdido tomarme una copa con mi mejor amiga.

—Tienes razón, soy una sustituta bastante aceptable. Y además estoy buena.

—¡Oye! Yo no he dicho que seas su sustituta, Mel.

—Solo estaba bromeando.

—Pues no me gustan esa clase de bromas, en serio. Si estoy aquí contigo es porque me apetece hacerlo, Mel, no porque seas mi premio de consolación.

—¡Tranquilo, Brad! No es para que te pongas así...

Me quedo en silencio mirando el hielo derretirse en mi copa de whisky. ¿Por qué a todos les ha dado por pensar que paso tiempo con Mel porque no consigo a Reese? Mel es mi amiga y me divierto con ella, ¿tan difícil es eso de entender? Siento su cálida mano apretar mi brazo. Levanto la vista y veo sus ojos mirándome avergonzados, así que agacho la cabeza y beso su hombro antes de dar un trago y ponerme de pie.

—Vamos a bailar —ordeno.

Ella me sigue sin rechistar, y en cuanto ponemos los pies en la pista comienza a sonar una canción marchosa, de esas que no soporto pero aun así ponen en todas las emisoras de radio. Mel comienza a moverse como una loca, a reír y a dar vueltas como si no hubiese nadie más en la pista. Sonrío sin poder evitarlo, porque su alegría en este momento es tan contagiosa que no hay una sola boca en el bar que no esté sonriéndole a ella. El sol ya despunta en el horizonte cuando volvemos al hotel. Estoy cansado, pero cuando nos detenemos en el pasillo entre las dos suites, siento que no tengo ganas de que la noche termine. Me acerco a ella para besarla, pero cuando estoy a punto de rozar sus labios con los míos siento su mano en mi pecho, impidiéndome seguir.

—No es buena idea, Brad —susurra agachando la cabeza.

—Te deseo —digo sin más.

—Si vas a intentarlo con Reese no debe volver a repetirse lo de anoche.

—¿Por qué? No quiero nada serio con ella y lo sabes.

—Pues yo creo que sientes algo por ella aunque no quieras admitírtelo a ti mismo.

—Eso es una chorrada, Mel.

—¿En serio? ¿Entonces por qué estás tan obsesionado con ella?

Me quedo mirando a la moqueta sin saber qué contestar, porque la verdad es que no tengo ni idea de por qué.

—Buenas noches, Brad —susurra antes de dejar un beso en mi mejilla y entrar en su habitación.

¿Pero qué cojones me pasa? Le he negado a Bruce hasta la saciedad que no quiero volver a acostarme con Mel, ¿y vuelvo a intentarlo dos horas después? Debe ser el alcohol, seguro que es eso, pero tengo que centrarme de una puñetera vez. Si quiero acostarme con ella no tengo más remedio que olvidarme del increíble sexo que tengo siempre con Mel.

Capítulo 9

El lunes voy a casa de mi hermano al alba para recoger a Joice. Ya tengo el avión preparado para ir a Edimburgo, donde se encuentra la tienda de Ikea más cercana. Es apenas una hora de vuelo y se pasará en un suspiro, así que bien merece la pena elegir muebles modernos y funcionales que puedo tener en el momento. En el pueblo hay un par de tiendas de mobiliario pero tendría que esperar al menos un par de semanas para tenerlos en casa mientras que Ikea me los trae en veinticuatro horas.

Cuando meto la llave en la cerradura mi hermano abre la puerta con cara de sueño.

—Buenos días, Bruce. ¿A dónde vas tan temprano? No son ni las siete.

—Me voy a tu suite a dormir un poco —contesta con un bostezo—. Briana está revuelta esta noche y no hay quien duerma.

—¿Y dejas a Amber con el marrón?

—Mañana será ella quien se vaya a dormir con Mel, hemos hecho un trato.

—De acuerdo, pero ponte el despertador. Recuerda que tienes una reunión a las once con las nuevas limpiadoras.

—Lo sé, tranquilo.

Mi hermano sale de la casa y se vuelve a medio camino.

—Sabes que puedes comprar en Ikea online, ¿verdad?

—No soy tonto, Bruce.

—Es que no entiendo por qué esa necesidad de ir a una tienda física.

—Tengo que firmar unos papeles en el hotel. Además, quiero ver los muebles en persona. La mayor parte de las veces las compras online de cosas así no suelen salir bien.

—Brad, es Ikea, no Aliexpress.

—Sigo sin fiarme.

—Tú sabrás. Ale, ahí te quedas —dice saludándome con la mano mientras se dirige a su coche.

En la cocina, Amber está desesperada meciendo a Briana, que no deja de llorar.

—¡Brad, por Dios, duérmela! —ruega.

Cojo a mi sobrina en brazos y en el acto cambia su llanto desesperado por un “ago”. Su madre sonrío moviendo la cabeza y sirve dos cafés.

—Para que luego digáis que no soy su tío favorito —me jacto meciéndola suavemente.

—En serio, no sé cómo lo haces —dice Reese desde la puerta con un bostezo—. Nosotras llevamos intentándolo toda la noche.

—Mi niña preciosa me adora —contesto poniéndole caras a Briana— y por eso se porta bien cuando está conmigo.

Sigo meciéndome hasta que poco a poco la niña cierra los ojos y se queda profundamente dormida. La llevo a su habitación casi levitando, porque seguro que si piso firmemente en el suelo la cabrona se despierta, y la dejo en la cuna a cámara lenta. Después pongo a funcionar el cacharrito de las luces de la mesilla y salgo cerrando la puerta con suavidad. En cuanto me siento en la cocina, Amber me pasa una taza de café humeante y un plato de huevos con beicon.

—Definitivamente eres mi héroe —dice—. Ni siquiera Bruce consigue callarla tan rápido.

—Bruce es papá, Am, representa la autoridad. Yo soy el tío destinado a consentirla y ella lo sabe. Es demasiado lista para vuestro bien.

—Siento haber tardado —suspira Joice desde la puerta del salón—. Me he quedado dormida.

—No me extraña, si apenas hemos dormido —la excusa Reese.

—No hay problema —contesto—. Vamos en avión privado.

—¿En avión? —pregunta Reese— ¿A dónde vais?

—Vamos a Ikea —respondo.

—Y por desgracia el más cercano está en Edimburgo —protesta Joice.

—¿Te llevo a hacer turismo y encima te quejas? —bromeo.

—¡Turismo! —bufa ella— Me llevas a encerrarme durante horas en un almacén de muebles, que no es lo mismo.

—No te quejes, tonta, que le he dicho a Grant que se venga con nosotros.

Hablar de Grant le ilumina la cara de una manera que me hace reír.

—¿Yo puedo ir? —pregunta Reese de repente.

—¿Quieres venir? —dice Joice mirándola como si le hubiesen crecido tres cabezas.

—Me encanta ir de tiendas —reconoce Reese—. Será divertido.

—Listo, te vas con ella y yo me quedo en tierra firme —propone Joice.

—De eso nada, guapa —protesta Amber—. Te ofreciste a echarle una mano con la decoración de su casa y ahora no te vas a echar atrás por algo tan insignificante como un vuelo.

—Ha hablado la teniente O'Neil —bromeo.

—Además, viene Grant... —dice Reese alzando las cejas.

—Y vamos en avión privado... con cama incluida —añado yo sonriendo.

—¡Que te crees tú que la vamos a usar contigo al lado! —bufa Joice— Conociéndote eres capaz de entrar a gastarnos alguna trastada en mitad del polvo.

—Después de Ikea tengo que ir a echarle un vistazo al hotel...

—Tal vez yo esté demasiado cansada para acompañarte —contesta Joice con sonrisa pícaro.

—¿Y tú qué vas a hacer, Am? —pregunta Reese.

—Oh... pienso llevar a la niña con mi suegra para irme con Mel a relajarnos en el spa del hotel —contesta mi cuñada con una sonrisa de oreja a oreja—. Seguro que le encanta la idea.

—Pues prepárate a esperar un buen rato —contesto—. La he intentado despertar esta mañana y me ha tirado la almohada a la cara.

—¿Estabas en su habitación? —pregunta Reese mirándome asombrada.

—Tengo llave de todas las habitaciones del hotel y anoche me pidió que la

despertara cuando me viniese para acá.

Hacemos el camino al aeropuerto en silencio. Joice se ha quedado dormida en el asiento de atrás, pero Reese está demasiado callada después de lo que he dicho respecto a Mel. Cuando llegamos al aeropuerto Grant está esperándonos en la puerta y levanta a Joice en peso para darle un sonoro beso en los labios.

—¿Lista para divertirnos? —pregunta.

—Le da miedo volar —contesto yo.

Grant la mira con una sonrisa y la abraza con cariño. Nunca había visto a mi amigo tan cariñoso con una chica, ni siquiera en nuestra época en la facultad cuando se enamoró de la capitana de las animadoras.

—No te preocupes, reina —dice—. Verás que conmigo no te enteras de que estamos volando.

—La cama es toda vuestra —bromeo.

—¡Que te crees tú eso! —contesta Joice sacándome la lengua.

—Id entrando en el avión, chicos —ordeno—. Reese y yo vamos en un minuto.

Grant me mira con una ceja arqueada y le hago señas para que se marche con Joice. Quiero dejar las cosas claras con ella antes de subir a ese avión, pues de lo contrario el viaje no va a ser tan divertido como pretendo.

—¿Qué ocurre? —le pregunto sujetándole la barbilla para que me mire.

—No pasa nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque estás muy callada.

—Estoy muerta de sueño, Brad. no tengo fuerzas ni para pestañear.

—¿Seguro que es eso?

—Seguro.

—No estaba con Mel en la habitación porque me hubiese acostado con ella, Reese —aclaró aunque no haga falta—. Somos buenos amigos y me pidió que la despertara, y como no abría la puerta entré para ver si estaba bien, eso es todo.

—No tienes que darme explicaciones, Brad.

—Lo sé, pero quería hacerlo.

—Gracias.

—No hay de qué. Y ahora alegra esa cara y vamos a divertirnos comprando pijaditas para mi casa, ¿de acuerdo?

En cuanto el avión despega, ambas mujeres se van al dormitorio a dormir un poco y me quedo solo con Grant, que no deja de mirar el teléfono.

—¿Puedes apagar ese maldito trasto? —protesto— Sabes de sobra que está prohibido llevarlo encendido en el avión.

—Ya lo apago —contesta pulsando el botón—. Es que se han complicado los síntomas de una paciente y mi interno no sabía cómo actuar.

—Has espantado a las chicas —protesto.

—Las chicas no pueden mantenerse en pie por culpa de Briana. Prefiero que Joice duerma un poco ahora y que esté despejada más tarde. Pienso tomarte la palabra después respecto a la cama del avión.

—Cuando terminemos en Ikea tengo que ir al hotel a firmar unos papeles, así que tendrás tiempo de sobra.

—¿Cómo es que Reese ha venido?

—Le gustan las compras.

—¿Estáis bien?

—Eso creo. Ayer no la vi porque me pasé todo el día en el hotel trabajando, pero desde el bautizo parece que vamos progresando. Tal vez esta noche sea la noche.

—Mi noche fue el sábado y ayer te aseguro que lo confirmé.

—¿No trabajabas ayer?

—Sí, pero mi turno terminaba a las dos de la tarde, así que estuve toda la tarde con ella.

—Me alegro de que te vaya bien.

—Sé que te vas a reír, pero no sé qué me pasa cuando estoy con ella que me siento un hombre distinto. No es solo sexo, Brad. disfruto muchísimo estando con ella aunque no hagamos nada.

—A ver si va a resultar que te has enamorado de Joice en dos días.

—No puede ser, coño.

—¿Por qué no? Bruce lo supo en cuanto vio aparecer a Amber en *Canallish*.

—Bruce está loco, porque hay que estarlo para enamorarse de una lunática en mitad de un cerro.

—Como te escuche Amber te corta las pelotas.

—Pero no lo hará, ¿verdad? ¡Vamos, Brad! Reconoce que si hubieses estado en su misma situación habrías pensado que esa tía estaba como una cabra.

—Al verla tal vez, pero Bruce pasó toda la noche con ella. Supongo que

comprobaría que no lo está antes de meterse en el saco de dormir con ella y follársela. Además no me cambies de tema, que estábamos hablando de ti.

—Me gustó mucho Joice en la boda de Bruce y ahora que la estoy conociendo mejor mucho más, pero soy realista. A final de semana se irá de nuevo a Nueva York y yo me quedaré aquí. Las relaciones a distancia no funcionan y lo sabes.

—¿Y qué te impide irte con ella?

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Tu padre está casado y ya no te necesita. Y siempre puedes coger un avión para verle.

—Es una locura, Brad.

—Si crees que puedes llegar a enamorarte de ella no lo dudes, líate la manta a la cabeza y pide traslado. Lo peor que puede pasarte es que tengas que volver a Stornoway con el rabo entre las piernas, y sabes que en el hospital siempre tendrás trabajo.

—No me gusta tanto, Brad.

—Solo digo que no la fastidies por una gilipollez como la distancia.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amigo?

—¿A qué viene eso?

—Tú no crees en el amor.

—No te confundas, que no quiera una relación seria con nadie no significa que no crea en el amor. Mis padres se amaron con locura y tu padre y mi madre lo hacen ahora. ¿Es que tú no crees en el amor después de verles? ¿O al ver a Bruce y a Amber juntos?

—Yo sí creo en el amor, joder, solo que aún no he encontrado a la mujer indicada.

—¿Estás seguro?

Grant se queda callado sin saber qué contestar. Parece que el único gilipollas que no se ha dado cuenta de que está coladito por Joice es él, porque apuesto que hasta ella misma se ha dado cuenta de ello.

Capítulo 10

Cuando terminamos en Ikea (no sabía que elegir cuatro muebles para una casa era tan complicado) Grant y Joice desaparecen como por arte de magia. Hemos quedado en el aeropuerto a las seis para volver a casa, así que llevo a Reese a comer a mi restaurante favorito de Edimburgo. Hoy la noto mucho más relajada, más receptiva de lo que acostumbra y la verdad es que la cosa pinta bastante bien. Con suerte terminaremos en la cama algún día de estos, aunque dudo mucho que sea precisamente hoy.

—¿Cuándo te han dicho que te llegarán los muebles? —pregunta una vez hemos hecho el pedido al camarero.

—A finales de la semana que viene.

—Lástima, ya no estaré aquí para ayudarte a montarlos. Con lo que me gusta hacerlo y me lo voy a perder.

—Siempre puedes quedarte un poco más.

—Ya llevo demasiado tiempo con la clínica cerrada. No puedo permitirme ese lujo.

—Ni siquiera sé a qué te dedicas, Reese.

—Soy veterinaria. Me ocupo principalmente de animales tropicales, aunque también vienen a mi clínica algunos perros y gatos.

—¿Qué tipo de animales tropicales?

—La mayoría son pájaros, serpientes o iguanas.

—Nunca hubiera imaginado que te dedicases a algo así.

—¿Ah, no? ¿Y a qué creías que me dedicaba?

—No sé, tal vez modelo, o relaciones públicas.

Ella ríe a carcajadas, que es lo que pretendía con mi comentario.

—¿Por qué te ríes? —pregunto— Podrías serlo perfectamente.

—No tengo pinta de modelo —protesta ella—. Eso lo dices porque quieres llevarme a la cama.

—Quiero llevarte a la cama, Reese, pero eso no significa que no seas preciosa y que tengas un cuerpo de infarto.

—Si sigues así vas a conseguir que acepte.

—Cuento con ello. ¿Y a qué se debe tu cambio de actitud, Reese? Hace un par de días no querías ni oír hablar de acostarte contigo.

—Digamos que he tenido una conversación muy interesante con Mel.

—¿Ah, sí? ¿Y puedo saber qué habéis hablado?

—Nada que te interese, confórmate con que quiera acostarme contigo.

—Así que quieres acostarte conmigo... ¿Y qué tal si lo hacemos ahora? —propongo mirando el reloj— Aún quedan un par de horas para que salga nuestro vuelo.

—Deberás ganártelo, machote.

—Pienso poner toda la carne en el asador.

Durante toda la comida me dedico a provocarla, a excitarla, a despertar todos sus sentidos. Después de comer nos acercamos al hotel para ver cómo anda todo. En cuanto el director me ve aparecer se acerca a mí con una sonrisa para estrecharme la mano.

—Buenas tardes, señor Ramsay. Me alegra verle de nuevo por aquí.

—Buenas tardes, Chris. Ella es la señorita Reese...

—Jordan —contesta ella estrechándole la mano.

—Un placer, señorita Jordan.

—¿Cómo van las cosas por aquí?

—Todo está en calma, señor Bruce.

—Estupendo. ¿Tienes a mano esos papeles que debo firmar?

—Por supuesto, señor Ramsay, los tengo en mi despacho.

Me vuelvo hacia Reese un segundo.

—Voy a tardar al menos un cuarto de hora. ¿Me esperas en la habitación?

—¿Qué habitación? —pregunta sonriendo.

—Basta de juegos, Reese. Si vas a acostarte conmigo es mejor que lo decidas ahora.

Ella asiente y me vuelvo hacia Chris.

—¿Podrías proporcionarnos una habitación? —pregunto mirando a Reese

—La señorita descansará allí mientras esté ocupado.

—Por supuesto, señor. Deme un minuto.

Chris nos deja solos y Reese me mira con deseo en sus ojos.

—Tranquila, gatita, ya queda poco —susurro antes de dejar un beso en el hueco de su cuello.

—Tú tienes la culpa, Brad. Has estado provocándome durante toda la comida.

Sonríó sin apartar mis ojos de su boca, que lleva toda la cena volviéndome completamente loco, y me acerco lentamente para darle el primero de muchos besos. Ella gime y pega su cuerpo al mío, y su mano aprieta mi polla por encima del pantalón, consiguiendo ponerme completamente duro.

—Calma... que estamos en mitad del pasillo.

Ella sonrío traviesa, pero hace caso y se apoya contra la pared mordiéndose el labio. Poco después llega Chris para entregarme una llave magnética.

—La suite presidencial está ocupada, señor Ramsay, pero tenemos libre otra suite.

—No importa, Chris, solo estaremos aquí un par de horas antes de que salga nuestro vuelo.

—Que disfruten de la estancia.

La habitación no está nada mal... la verdad. Es una suite de dos plantas. En la planta superior está el cuarto de baño con jacuzzi y en la inferior el dormitorio con cama de matrimonio y un pequeño salón con vistas a la ciudad.

—Espérame desnuda. Ve dándote un baño si quieres.

—Mejor te espero. No tardes mucho.

—No lo haré, te lo prometo —susurro antes de dejarla sola.

Los diez minutos que tardo en firmar los condenados papeles se me hacen

interminables, pero por fin puedo volver a la habitación. Encuentro a Reese descalza mirando por los grandes ventanales del salón.

—Estas vistas son impresionantes —dice sin mirarme.

Me acerco a ella por la espalda y coloco mis manos en su cintura antes de pegar mis caderas a su culo. Ella inspira con fuerza pero no se aparta de mí. Alentado por su aceptación agacho la cabeza y beso la piel de su hombro, de su clavícula, de su cuello, hasta llegar a atrapar entre mis dientes el lóbulo de su oreja. Ella gime quedamente y agarra mis manos para hacerme rodearla con ellos, dándome todo el permiso que necesito para actuar.

—Vamos arriba —susurro.

Tiro de su mano para llevarla al cuarto de baño. Pongo a llenar la bañera y me dedico a besarla, a provocarla con mis caricias para que desee esto tanto como yo. Uno mis labios a los suyos y hundo mi lengua en su cálida y dulce cavidad. Su lengua recorre mi boca lentamente, provocando que una ola de calor suba por mi estómago y que mi polla empiece a responder. Sus manos traviesas desabrochan mi camisa y la sacan de mis pantalones para dejarla caer al suelo, y sus uñas recorren mi piel lentamente, desde los hombros hasta el estómago, haciendo que me encoja de placer.

—La otra vez no pude deleitarme con esto —susurra.

—Ahora es todo tuyo, preciosa.

Reese pega su boca a mi pectoral y empieza un reguero de besos húmedos por mi pecho hasta quedar arrodillada frente a mi erección. Trago saliva ante la expectación de lo que viene a continuación, pero permanezco quieto a la espera de su próximo movimiento. Reese desabrocha la cremallera de mis vaqueros y los deja caer alrededor de mis tobillos, pero no se deshace de mis bóxers aún. Acaricia mi erección por encima de la tela, pasando su mano

abierta arriba y abajo con lentitud. Echo la cabeza hacia atrás ante el placer y enredo las manos en su pelo cuando acerca la boca para humedecer la tela con su saliva. ¡Joder! Me está poniendo como una moto solo con esa leve caricia, no quiero ni imaginarme lo que pasará cuando se meta mi verga entera en la boca.

Como si hubiese oído mis pensamientos, se deshace también de los calzoncillos y me agarra del culo para acercarme a su cara. Engulle mi polla, la lame, la succiona con gula y puedo sentir sus dientes rozar la piel de mi glande cada vez que se la saca de la boca para comérsela al segundo después. Me está volviendo completamente loco y como siga así un segundo más voy a terminar perdiendo la cabeza, así que la aparto de mí y echo algo de gel en la bañera para llenarla de espuma antes de meterme en ella y estirarme con los brazos detrás de la cabeza.

—Desnúdate para mí —ordeno.

Ella sonrío y comienza a contonearse alrededor de la bañera hasta quedar de pie frente a mí. Sube su camiseta hasta casi dejarme ver sus pechos, se da la vuelta y acaricia su culo en pompa abriéndolo un poco, y vuelve a ponerse de frente para sacar las tetas del sujetador y apretujarlas entre los dedos, dejando atrapados sus pezones que empiezan a florecer. Mi polla corcovea y casi sobresale del agua de lo cachondo que estoy, pero no puedo dejar de mirarla. Reese se deshace de la camiseta y el sujetador y se da la vuelta para bajarse los pantalones hasta los tobillos, dejándome ver los labios de su sexo sobresalir de la tela del tanguita que lleva puesto.

—Ven aquí —ordeno relamiéndome los labios.

Ella obedece y se queda de pie en el agua, con mis piernas entre las suyas, y me incorporo para cogerla del culo y atraerla hasta mi pecho. Subo mis manos por sus muslos y su estómago hasta toparme con esas dos preciosidades

que hace unos segundos me han hecho babear. Acaricio su pezón con la palma de mi mano un par de veces antes de hacerla agacharse para metérmelo un segundo en la boca, arrancándole un gemido.

—Ahora voy a saborearte, Reese.

Aparto la tela de su tanga, deposito un beso con la boca abierta sobre su clítoris y meto la punta de la lengua entre sus pliegues para recorrer su abertura desde la entrada de su cuerpo hasta el pequeño capullo hinchado. Ella grita, arquea la espalda y se agarra a mi pelo con fuerza, intentando mantener el equilibrio a pesar de mis caricias. Continúo acariciándola con la punta de la lengua, apenas un leve roce cada vez, y ella se retuerce, acaricia mi cabeza, su estómago, sus pechos hinchados, procurando no terminar cayendo de golpe sobre mis piernas, que mantienen las suyas completamente abiertas.

Me deshago por fin de sus braguitas y la hago sentarse en mis piernas, de espaldas a mí. Reese coge el bote de gel del borde de la bañera y echa un poco en mis manos antes de apoyar la cabeza en mi hombro y levantar las piernas para quedar tendida sobre mí. Esparzo lentamente el jabón entre sus pechos, sobre sus pezones, su estómago, y dejo para el final su sexo hinchado y sonrosado. Apenas doy una pasada por él con las manos antes de subir para recrearme en sus pechos, pero ella agarra una de ellas y tira hacia abajo hasta colocarla sobre sus pliegues con una sonrisa.

Beso su cuello mientras mi mano magrea sus labios, dejando al descubierto su clítoris, y sus caderas bailan al son de mis movimientos, logrando que el agua termine escapando de la bañera.

—Con cuidado... —susurro levantándola.

Salimos de la bañera y la cubro con el albornoz antes de hacer lo mismo con mi cuerpo y tiro de ella hasta la habitación, donde nos espera una enorme

cama de sábanas blancas. Lanzo ambas prendas sobre la butaca y la tumbo sobre la cama de lado, me tumbo a su espalda tras ponerme el preservativo y paso su pierna por mi cintura para entrar en ella desde atrás. ¡Joder, qué delicia! Su sexo está tan mojado que puedo escuchar el chapoteo cada vez que entro y salgo de ella. Reese acaricia su clítoris con rapidez buscando el orgasmo, y aprieto su pezón entre mis dedos justo antes de verla convulsionarse entre gemidos ininteligibles.

Ella me aparta de su cuerpo para colocarse a cuatro patas, con la espalda deliciosamente curvada, y me mira por encima del hombro con una sonrisa moviendo a ambos lados su trasero, así que la agarro de la cintura para hundirme de nuevo en ella.

—Te gusta más así, ¿eh? —pregunto en cuanto empiezo a bombear.

—¡Joder, sí!

Veo cómo mi polla entra y sale de su dulce coñito, mis huevos están ya tan apretados que amenazan con doler y sus tetas se rozan sobre las sábanas cada vez que la lanzo hacia adelante. Mis investidas son fuertes, secas, desesperadas por alcanzar el orgasmo. Sus músculos se contraen una y otra vez a mi alrededor volviéndome loco. Lo hace adrede, su sonrisa malvada no deja lugar a dudas, y aunque consigue hacer que me estremezca cada vez que lo hace no quiero que pare. Reese alarga una mano por debajo de su cuerpo para llegar hasta mis huevos, los acaricia con las uñas, los sopesa en la palma de la mano, y cuando el placer sube por mi espalda los aprieta entre sus dedos consiguiendo que grite de puro placer.

Caigo sin respiración sobre su espalda. No puedo moverme, ni siquiera soy capaz de abrir los ojos ahora mismo. Reese espera pacientemente a que me recupere, y cuando por fin logro apartarme de ella y tumbarme de espaldas en la cama se tumba sobre mi pecho lleno de sudor. Estoy pegajoso, muerto de

cansancio y sin neuronas ahora mismo, y lo único que alcanzo a hacer es pasar el brazo por su cintura. Ha sido un polvo alucinante y abro los ojos para mirarla atentamente.

—¿Significa esto que estamos juntos? —pregunto.

—Significa que voy a acostarme contigo hasta que me marche.

Asiento y miro el reloj antes de cerrar los ojos con un suspiro. Estoy tan cansado que podría quedarme horas durmiendo. Sé que no las tengo, pero por suerte aún queda una hora para que nos reunamos con Grant y Joice en el avión.

Capítulo 11

Tras el viaje, llego a mi suite hambriento, cansado y con unas ganas enormes de darme una ducha. El vuelo se ha retrasado por el mal tiempo y hemos estado más de dos horas esperando en el aeropuerto, así que todos hemos llegados hechos pedazos. Llevo a Joice y a Reese a casa de mi hermano antes de irme al hotel. Joice se aleja rápidamente dejándome a solas con Reese, que se apoya en el coche con un bostezo.

—Dios, estoy tan cansada... —dice estirando los brazos sobre su cabeza.

—¿Por qué no te vienes a dormir conmigo? —pregunto rodeándola de la cintura— Te aseguro que mi cama es mucho más grande que la que tiene el cuarto de invitados.

—Ni hablar, Brad. Si me voy contigo no voy a dormir nada y lo sabes.

—Tampoco estaría nada mal esa opción, ¿no? Mañana puedo dejar a Bruce ocuparse de las cosas en el hotel por la mañana y así podríamos levantarnos tarde.

—Mejor nos vemos mañana, Brad, de verdad.

—Está bien, como quieras.

Reese se pone de puntillas para depositar un beso en mis labios y se deshace de mi abrazo.

—Que descanses —susurra antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

Aunque me hubiese gustado dormir con ella esta noche vuelvo al hotel resignado. Ya he conseguido una batalla por hoy, no es buena idea tentar al diablo. Cuando abro la puerta de la suite me extraña oír la televisión, porque estoy seguro de que la he apagado antes de salir. No creo que se haya colado alguien, la seguridad del hotel es muy buena, pero por si acaso entro sin hacer apenas ruido para pillar al intruso. Respiro mucho más tranquilo al encontrarme a Mel completamente dormida en el sofá del salón. Verla allí, hecha un ovillo y con la boca abierta por el sueño, me llena de una ternura extraña.

Me siento a su lado en el suelo y la despierto con suavidad. Cuando sus ojos velados aún por el sueño se entreabren sus labios esbozan una sonrisa tan sincera que no puedo evitar sonreír al mismo tiempo.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Mel? —pregunto— Son más de las once.

—Estaba esperándote para saber cómo te había ido, pero has llegado demasiado tarde —contesta incorporándose.

—Sí, es verdad, el vuelo se ha retrasado un par de horas por el mal tiempo.

—¿Lo habéis comprado todo?

—Creo que hemos comprado más cosas de las que realmente necesito. Al final no ha sido tan buena idea llevarme a Joice. ¿Y tú cómo lo has pasado?

—Roger tiene unas manos angelicales —contesta suspirando—. Me ha

dejado como nueva después de su masaje de algas.

—Mi personal es el mejor cualificado, preciosa. Me alegro de que te hayas divertido.

—Mucho. Me hacía falta charlar tranquilamente con Amber, no me había dado cuenta realmente de cuánto la echaba de menos.

—¿Has cenado? —Ella niega con la cabeza.

—Te estaba esperando.

—Mira que eres tonta... deberías haber cenado sin mí.

—Cenar sola es muy aburrido, ¿sabes?

—Lo sé, lo hago bastante a menudo. Llama al servicio de habitaciones para que nos suban algo de cenar mientras me ducho, ¿de acuerdo? Tengo algo que contarte.

—¿Qué te apetece comer?

—Lo que sea, pero que sea pronto porque terminaré por comerte a ti si tardan demasiado.

Dejo a Mel llamando a recepción y me meto en la ducha. La sensación no es la misma que la que debe haberle quedado a Mel tras el masaje, pero desde luego me he quedado bastante relajado. Cuando salgo del cuarto de baño Mel ya ha dispuesto sobre la mesa una ensalada y un par de hamburguesas con patatas fritas, así que me siento frente a ella para devorar mi cena.

—¿Qué es eso que querías contarme? —pregunta cuando deja la servilleta sobre el plato al terminar de cenar.

—Hoy me he acostado con Reese.

Mel se queda callada un segundo, como si la noticia la hubiese pillado

desprevenida, pero después sonrío y da un buen trago a su refresco.

—Te dije que la paciencia es una virtud, Brad.

—Me ha dicho que ha cambiado de opinión porque has hablado con ella. No sé qué le has dicho, pero gracias.

—No hay de qué.

—¿Vemos una peli? —propongo de repente.

—Ya es muy tarde y...

—¡Vamos, Mel! ¿Vas a dejarme aquí solo? Aún no tengo sueño.

Tras un momento de duda, asiente y se deja caer en el sofá. Cuando me siento a su lado sube los pies y apoya la cabeza en mi hombro con un suspiro.

—Si me duermo no te quejes —advierte.

—Que no, pesada.

—¿Y qué quieres ver?

—No sé... ¿una de miedo?

—Ni hablar, que luego no puedo dormir.

—Siempre puedes quedarte.

—Mejor una comedia... o una de acción.

Tras mucho mirar, me decido a poner *La momia*, la última película de Tom Cruise, que es de acción... pero también tiene algo de miedo. Conforme va pasando la película, Mel cada vez está más encogida pegada a mi costado. Si sigue así va a terminar por tirarme del sofá... Me hace gracia el miedo que le tiene a este tipo de películas, no puedo evitarlo, y paso despacio el brazo por el respaldo del sillón hasta que dejo caer mi mano sobre su hombro... y ella

salta gritando como una *banshee*.

—¡Tranquila, que solo era yo! —contesto entre carcajadas.

—¡Cabronazo! ¡Casi me matas del susto! —protesta llevándose la mano al corazón.

—Pensé que abrazándote se te pasaría el miedo... ¡Que casi me tiras del sofá!

—¡Es tu culpa por poner esta mierda de película!

—¿Mierda? ¡Pero si es un peliculón! ¿Es que no ves qué efectos especiales más acojonantes?

—Acojonante va a ser la hostia que te voy a dar como sigas riéndote de mí.

—¡Vamos, vuelve aquí! Ya me estoy quieto, en serio.

Mel bufá y se deja caer de nuevo a mi lado, coge mi mano y de un tirón la deja colgando alrededor de su cuello... justo encima de uno de sus pechos. Carraspeo para evitar pensar en ello y cojo el mando para cambiar la película.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta.

—Es evidente que estás cagada de miedo, así que voy a poner otra peli.

—Como cambies te doy un mordisco en la yugular, Brad. Ahora no me vas a dejar con la intriga de qué pasará.

—En el fondo eres masoquista.

—Por eso sigo siendo amiga tuya.

La miro con una ceja arqueada, pero ella solo me dedica una sonrisa sincera... esas a las que no me puedo resistir. Acercó mi boca lentamente a la suya, pero me sorprende dándome un golpe en el pecho y alejándose de mí.

—¿Qué pasa? —pregunto sorprendido.

—¿Cómo que qué pasa? ¿Qué pretendías hacer?

—¿Besarte?

—¿Besarme? ¿Te has vuelto loco o qué?

—¡Ni que hubiese intentado matarte!

—Y después habríamos follado, ¿no?

—Me apetecía besarte y lo iba a hacer. No he pensado en qué iba pasar después. ¿A qué viene tanto drama?

—¡Estás con Reese!

—¡Para el carro, Mel! Me follo a Reese, que no es lo mismo.

—¡Claro que lo es! ¿Es que pensabas jugar a dobles?

—¿Sacas esa conclusión por un condenado beso?

—Eres imbécil, Brad.

Mel se pone de pie y busca su rebeca por el salón.

—¿Se puede saber por qué te pones así?

—Porque no me gustan los juegos a tres bandas.

—Te repito que no pretendía hacerlo. Además, has sido tú quien ha convencido a Reese para que se acueste conmigo.

—¡Porque no pensaba seguir haciéndolo yo!

—¡Maldita sea, Mel! ¿Qué ha cambiado para que no podamos ser entre nosotros como siempre hemos sido?

—Porque ahora yo quiero una relación estable y tú eres el último hombre

sobre la faz de la tierra con el que la tendré.

—¿Es que un beso es el fin del mundo?

—Que te den.

Dicho esto, sale de la habitación dando un portazo. Me levanto y abro la puerta de par en par para verla alejarse hasta la puerta de su habitación.

—¡Mel, vuelve aquí! ¡No hemos terminado de hablar!

—Quizás tú no hayas terminado de hablar, Brad, pero desde luego yo sí he terminado de escucharte.

Mel abre la puerta de su habitación y cierra dando un portazo que a punto está de arrancarla de sus goznes.

—¡Maldita sea!

¿Pero qué cojones le pasa a esta mujer? ¿A qué viene ahora este ataque de honradez? No hace ni tres días estaba encantada de acostarse conmigo y ahora no quiere darme ni un puñetero beso... Con un suspiro me tumbo en la cama para intentar dormir algo pero la preocupación porque Mel se haya marchado enfadada no me deja pegar ojo en toda la noche. Por la mañana me encuentro con Bruce en el despacho a primera hora. Sirvo dos tazas de café y le tiendo una antes de sentarme tras mi escritorio.

—¿Qué pasa? —pregunta mi hermano.

—¿Qué pasa de qué?

—Parece como si te hubiese pasado un camión por encima.

—Ah, eso... es que no he dormido nada esta noche.

—¿Insomnio?

—No, anoche discutí con Mel.

—¿Por qué?

—Si te soy sincero no entiendo por qué. Estábamos viendo una película, me apetecía besarla y fui a hacerlo. Eso es todo.

—Seguro que no es todo, Brad. Algo más habrá.

—Bueno, sí, que por la tarde me acosté con Reese.

—¿Y pretendías acostarte con ella después? —pregunta mi hermano con una ceja arqueada.

—¡Solo era un puto beso, Bruce! La he besado infinidad de veces sin que eso implicase terminar en la cama.

—Mira que eres gilipollas, tío. ¡Ellas son amigas! ¿En serio creías que Mel iba a seguir tonteando contigo una vez te acostases con Reese?

—Te repito que no pensaba acostarme con ella, pero si así hubiese sido ya lo he hecho una vez.

—Porque Reese no quería nada contigo.

—Solo era un beso, no entiendo a qué viene ese cabreo monumental.

—Las mujeres tienen un código de honor distinto al nuestro, Brad. Dos amigas no se lían con el mismo tío a no ser que una de ellas sea una cabrona.

—Pues con decirme eso habría bastado, no hacía falta que se enfadase.

—A lo mejor la pillaste en un mal día.

—¿Solo malo? Creo que la pillé en el peor día de su vida. Solo espero que hoy se haya levantado de mejor humor y haya olvidado de lo de anoche.

—Ya verás como sí. ¿Vendrás a cenar a casa?

—No lo sé, he quedado con Reese esta tarde y no sé cómo terminaremos la

cita.

—¿Una cita?

—Sexual en principio, pero tal vez consiga convencerla de que me acompañe a cenar a alguna parte.

Capítulo 12

Llevo todo el puto día sin saber nada de Mel. En vistas de que no vino al despacho como cada mañana para desayunar conmigo decidí ir a buscarla a la hora de comer, pero ya se había ido con Reese y Joice a hacer turismo. Ya son casi las ocho y he quedado con Reese para ir a cenar a un restaurante antes de llevarla a mi habitación, así que no tengo tiempo de seguir buscándola. Mira... si se ha enfadado por una gilipollez dos problemas tiene.

La verdad es que aún sigo sin entender el cabreo monumental que cogió solo porque intenté besarla. ¡La he besado miles de veces! Con que me dijese que no quería esa clase de complicidad conmigo mientras yo me acostase con Reese era suficiente. ¿Y por qué coño sigo pensando en eso ahora? Con un suspiro pongo el coche en marcha y voy a casa de mi hermano a recoger a mi cita. Cuando llego allí me encuentro a la señorita cabreos sentada en la isla de la cocina comiéndose un trozo de tarta.

—Hola, Mel —digo en vistas de que ella permanece callada.

Me acerco a besarla en la mejilla, pero ella me quita la cara sin tan siquiera dignarse a mirarme.

—¿En serio sigues enfadada? —protesto.

—Y lo que te queda.

—Joder, Mel, lo siento, ¿vale? No entiendo qué demonios hice para que te enfadases tanto, pero sea lo que sea lo siento.

—Voy a avisar a Reese.

Veo cómo se levanta de la silla y desaparece por el pasillo, y me dejo caer en el sofá con un suspiro. Mi hermano aparece unos minutos después y me pasa una cerveza antes de sentarse a mi lado.

—¿Sigue enfadada? —pregunta.

—Y mucho. Ni siquiera me deja acercarme a ella.

—Tranquilo, ya se le pasará.

—¿Y si no se le pasa? Le he pedido disculpas y no las ha aceptado.

—¿Te has llegado a plantear que le gustes de verdad, Brad?

—Eso es una gilipollez. Ayer dijo que yo era el último hombre sobre la faz de la tierra con el que tendría una relación.

—Tal vez lo dijo porque sabe que tú no quieres compromisos y no porque ella no sienta nada.

—¿A qué viene esto, Bruce?

—A nada en especial, solo te estoy planteando otras opciones.

—Pues te aseguro que esa está descartada.

—Ha quedado con Garren esta noche, ¿sabes?

—¿Con Garren?

—Sí, con Garren. Les organicé una cita cuando la conocí para evitar que

se llevase a Amber a Edimburgo, pero no pudo ser porque ya estaba liada contigo.

—No me lo habías contado.

—No creí que hiciera falta.

—¿Y le ha llamado para salir así, sin más?

—Ellos también hablaban de vez en cuando, Brad. No eres su único amigo.

—Pues espero que se divierta mucho y que eche un gran polvo para que se le pase el cabreo.

—¿No te importa que salga con él?

—¡Pues claro que no! ¿Por qué habría de hacerlo?

—No sé, te has estado acostando con ella...

—Y ahora me acuesto con Reese. No sé a dónde quieres llegar, Bruce, pero te aconsejo que pares porque te estás equivocando.

—¡Si yo no he dicho nada!

En ese momento aparece Reese por la puerta del pasillo con un vestido de noche negro que me deja sin aliento. Me acerco a ella despacio y la beso delante de todos, incluida Mel, que viene detrás de ella.

—¿Nos vamos? —pregunto.

—Sí, estoy hambrienta.

La llevo al *Digby Chick*, un restaurante de autor situado en *Bank Street*. La comida es muy buena a pesar de toda la parafernalia que montan encima del plato, y yo suelo venir a menudo a comer el filete de fletán en salsa de aguacate. Me he dado cuenta de que Reese se ha cambiado el color de pelo.

Lo lleva bastante más claro, y ha cambiado la melena por los hombros por un corte por encima de la nuca.

—Veo que has cambiado de look —comento como si tal cosa.

—Sí —contesta sonriendo—, tenía ganas de un cambio. ¿Te gusta?

—Estás preciosa. —Me acerco a su oído para poder susurrarle—. Y ese peinado me da libre acceso a tu cuello para volverte loca.

—Brad, espera al menos al postre —ríe ella—. Tengo hambre y si sigues así no voy a poder probar bocado.

—Tranquila, me voy a limitar a comer hasta que llegemos a mi suite. Pero te advierto que hoy no te voy a dejar escapar tan fácilmente como ayer.

—Hoy no tengo intención de escaparme.

Ceno en tensión, no puedo dejar de pensar en todo lo que quiero hacerle en cuanto llegemos al hotel, pero en el fondo de mi mente sigue la preocupación por Mel. ¿Por qué no puedo olvidarme de eso por un momento?

—¿Y qué más has hecho hoy aparte de ir al estilista? —pregunto.

—Hemos estado haciendo turismo. Mel nos ha llevado al museo donde trabajaba Bruce.

—¿Y lo has pasado bien?

—Mucho. Garren nos ha hecho la visita muy divertida.

—¿Garren? Tenía entendido que él se ocupaba de las taquillas.

—Y así es, pero se ha ofrecido a hacernos una visita privada.

Vaya con Garren... no pierde el tiempo el muy cabrón por lo que veo.

—Te aseguro que lo que tengo en mente para ti esta noche va a ser mucho

más divertido —añado antes de meterme el último bocado del primer plato en la boca.

—No tengo ninguna duda.

En cuanto salimos por la puerta del restaurante atraigo a Reese a mis brazos y la beso con intensidad. Mi boca está hambrienta de sus labios y no soy capaz de esperar a tenerla en el hotel para saborearla. Reese se pega a mí con un gemido y enreda los brazos en mi cuello para ahondar más el beso, volviéndome loco.

—Creo que será mejor que esperemos a llegar a la suite —digo con voz ronca—. No quiero terminar follándote en el coche.

—No estaría nada mal, ¿sabes? —Río ante su ocurrencia.

—Ya no somos adolescentes para dejarnos llevar de esa manera, Reese.

—Tal vez... pero de vez en cuando hay que hacer una locura.

—Desde luego no será hoy.

Cuando llegamos a la habitación intento atraparla, pero ella escapa de mis brazos con una sonrisa.

—¿Ahora quieres jugar al perro y el gato? —pregunto.

—No, quiero que te sientes en el sofá, voy a enseñarte una cosa.

Hago lo que me pide después de deshacerme de la chaqueta del traje. Reese baila lentamente mientras sube la falda de su vestido para enseñarme su sexo desnudo, y una ola de calor insoportable sube por mi cuello dejándome sin aliento.

—Has sido una gatita traviesa —ronroneo levantándome— y voy a tener que castigarte.

Me acerco lentamente a su espalda y la rodeo con los brazos para levantar su falda con mis manos. Tengo mi boca pegada a su cuello, besándolo, mordiéndolo despacio, y ella aparta la cabeza para permitirme jugar a mi antojo con él. Paso mis dedos por sus ingles una y otra vez, aprisionando su sexo, acariciando con sus labios su pequeño clítoris aún dormido. Ella posa las manos sobre las mías y me acompaña en mis movimientos, pero no me incita a hacer nada... todavía.

—Así que has tenido el chochito al aire toda la noche, ¿mmm? —ronroneo.

—Ajá.

—¿Y por qué no me lo has dicho? Podría haber jugado con él mucho antes...

—Porque quería sorprenderte.

—Ha sido excitante, ¿verdad, gatita? Tenías un gran secreto y eso te ha puesto cachonda.

—Mucho.

Hundo la yema del dedo dentro de ella y la muevo de un lado a otro, consiguiendo alcanzar su punto G. Ella gime, vuelve la cabeza y me ofrece su dulce boca, que me recibe con ansia. Su lengua se hunde entre mis labios buscando el contacto de la mía y baila sin parar, siguiendo el ritmo que mi dedo marca dentro de su cuerpo. Cuando sus piernas se doblan incapaces de sostenerla me pongo frente a ella y dejo caer el vestido a sus pies. Tampoco se ha puesto sujetador y sus pechos me apuntan desafiantes, así que me meto uno en la boca en mi camino hacia el suelo. Me pongo de rodillas y su dulce coñito queda frente a mi boca, y meto un brazo entre sus piernas para abrir la mano sobre su culo y sostenerla en el sitio cuando hundo mi lengua caliente entre sus pliegues.

Reese gime, se retuerce, agarra mi cabeza para impedirme parar mi caricia, y meto la lengua en su canal mientras acaricio su clítoris con mi nariz. Su olor almizclado inunda mis sentidos, me excita, me hace desear follármela a pelo como un animal. Cuando vuelvo a ponerme de pie, Reese intenta desabrocharme los pantalones, pero la hago caer sobre la cama con un leve empujón y vuelvo a colocarme de rodillas entre sus piernas.

—¿Quién ha dicho que haya terminado? —protesto.

La sostengo por el estómago mientras acaricio su clítoris con mi lengua. La muevo de manera frenética a un lado y a otro, sin darle descanso a su pequeño botón, y entierro en ella dos dedos hasta el nudillo que muevo rozando sus paredes. Reese ha dejado de gemir, ahora grita palabras sin sentido, me tira del pelo, contrae los músculos convulsivamente y se aprieta las tetas con fuerza cuando llega al orgasmo. Intenta apartarse, se retuerce buscando que la suelte, pero la mantengo anclada a la cama sin detener mi lengua y poco después termina corriéndose de nuevo, esta vez con más fuerza, y puedo ver la sábana mojada por sus jugos.

En cuanto aparto la boca de su sexo ella se lanza a devorarla, a lamerla, a morder mi labio. Agarro sus tetas entre mis dedos, las amaso y le permito deshacerse de mi pantalón y mis bóxers para meterse mi polla en la boca hasta la garganta. Al principio me traga con avidez, pero tengo que sostenerle la cabeza para marcar un ritmo más lento o terminaré corriéndome en seguida. Su lengua traviesa serpentea por mi verga mientras ella traga y sus dientes acarician mi glande cuando se aparta para lamer mis huevos. Me pone muchísimo verla en esa postura... pero me pone aún más que me mire traviesa mientras me engulle de esa manera.

Está en cuclillas en el suelo y puedo ver sus labios vaginales sobresalir entre sus piernas y las gotas de su excitación caer sobre la moqueta. Vuelvo a

tumbarla sobre la cama con el culo casi en el borde y me pongo de rodillas una vez más para meterle la polla lentamente. Empiezo a entrar y salir de ella deprisa, acariciando su clítoris con el pulgar mientras bombeo dentro de su cuerpo. Ella arquea la espalda, agarra la sábana entre sus dedos, grita mi nombre entre espasmos de placer. Agarra mi mano para que deje de acariciarla, pero antes de poder hacerlo se deja caer en la cama recorrida por el orgasmo que me estruja sin remedio.

Su coño está caliente, mojado, suave... y va a dejarme seco de un momento a otro. Reese termina sentada en la cama con sus piernas ancladas a mi espalda y su boca pegada a la mía. Su lengua me busca, me provoca, me excita aún más. Sus tetas chocan con mi pecho, sus pezones rozan mis tetillas cada vez que botan y sus uñas terminan clavadas en mis hombros. Me pongo de pie sin salir de ella y pego sus muslos a su estómago para bombear con fuerza. Me agarro a sus piernas para no perder el equilibrio y me muevo frenéticamente, mordiéndome el labio para contener las ganas de correrme. Mis huevos chocan contra su culo lanzando pequeñas descargas de placer a mi polla, que corcovea a punto de correrse.

No puedo esperar más, estoy a mil por hora y no tengo fuerzas para seguir moviéndome, así que tras un par de embestidas más me dejo llevar por el orgasmo, corriéndome sobre su estómago cubierto de sudor. Me dejo caer a su lado en la cama con un gemido y trago aire a bocanadas porque no consigo llenar por completo mis pulmones. Ha sido un polvo salvaje, intenso, frenético, que me ha dejado sin fuerzas para moverme. Reese permanece a mi lado con los ojos cerrados, temblando mientras intenta respirar. De vez en cuando le sobreviene un espasmo y aprieta las piernas con fuerza para no terminar desmayándose.

La veo levantarse al cabo de un momento y coge de la mesilla un par de

pañuelos de papel para limpiarse el desastre que he causado en su estómago. Tras echarlos en la papelería, me da un sonoro beso en los labios y se mete en el cuarto de baño. Escucho el agua correr y de buena gana me reuniría con ella, pero no puedo ni moverme. Me quedo tumbado sobre la cama con los ojos cerrados intentando recuperar las fuerzas.

—¿Vienes a frotarme la espalda, Brad? —ronronea Reese desde el cuarto de baño.

Sonrío sin poder evitarlo y me levanto de un salto para hacer lo que me pide. En cuanto entro en la ducha tras ella, mi cuerpo cobra vida de nuevo y se centra en todas las travesuras que quiere hacerle durante toda la noche.

Capítulo 13

Aún tengo los ojos cerrados, pero el olor de Reese me hace querer volver a follar con ella. Extiendo la mano hasta su lado de la cama, pero solo me encuentro una sábana fría. Me siento para buscarla por la suite, pero lo único que encuentro es una nota sobre mi mesilla en la que me dice que se marcha porque ha quedado para irse las cuatro de compras, así que me levanto y me doy una ducha antes de vestirme para ir a trabajar.

En cuanto entro en el despacho pido a recepción que me suban el desayuno y enciendo los ordenadores para empezar a funcionar. Bruce llega una hora después con cara de sueño y la corbata torcida.

—Buenos días, Bruce —digo terminando de devorar mi desayuno.

—Serán para ti —protesta sentándose en su escritorio—. No he podido pegar ojo en toda la noche.

—¿Briana otra vez?

—No, Amber está enferma. Ha pasado una pésima noche y las chicas la van a llevar al hospital.

—¿Y por qué no llamaste a Grant?

—Porque es cirujano.

—Capullo, no sé si sabes que los cirujanos tienen que estudiar medicina general... te podría haber echado un cable.

—Tengo tanto sueño que soy incapaz de pensar, Brad. Solo quiero dormir un poco y que Amber se ponga bien.

—Vamos, vete a casa, me las apaño solo.

—¿Seguro?

—Seguro. Cuando llegues del hospital con Amber acuéstate a dormir un poco. ¿Quién tiene a la niña?

—Se la he llevado a mamá antes de venir.

—Pues entonces márchate. Te necesitan más en casa que yo aquí.

—No voy a negarme a eso —contesta levantándose—. Luego te veo.

En cuanto mi hermano sale del despacho llamo a Grant. Sé que Bruce no está para caer en esas cosas, pero prefiero que él se ocupe de Amber personalmente.

—¿Qué pasa, Brad? —contesta.

—Bruce va a ir en cualquier momento al hospital, tío. Amber está enferma.

—Yo me ocupo. ¿Sabes qué le pasa?

—Solo me ha dicho que ha pasado muy mala noche.

—Daré orden de que me avisen en cuanto llegue. Te llamo después para decirte qué le pasa.

—Gracias, tío.

—¿Y por qué coño Bruce no me ha llamado antes?

—Porque está tan cansado que no puede ni pensar. La niña lleva una

cuantas noches dándoles guerra.

—Son las consecuencias de ser padres. Te dejo, tío, me acaba de entrar una urgencia.

Cuelgo el teléfono un poco menos preocupado por el estado de salud de mi cuñada. Paso gran parte de la mañana bastante liado, y si no llega a ser por mi secretaria me habría pasado el día sin comer nada. A las cinco apago el ordenador y bajo al garaje a coger mi coche para ir a ver a Amber. Por suerte solo ha sido una faringitis, así que le han recetado antibiótico y mucho reposo.

Me abre la puerta Mel, que me mira de arriba abajo antes de darse la vuelta para marcharse, pero la cojo de la muñeca y la llevo hasta la cocina para hablar con ella en privado.

—¿No piensas perdonarme nunca, Mel? —pregunto.

—¿No crees que este no es el momento?

—No me gusta que estés enfadada conmigo.

—Si no fueses un capullo no lo estaría.

—Vale, reconozco que soy un capullo y que me pasé. Lo siento... ¿qué más quieres que haga?

Mel suspira y asiente.

—Ahora lo que importa es Amber, así que ve a verla.

—¿Te llevo después al hotel?

—No, voy a quedarme con ella para que Reese y tú podáis salir.

—No habíamos quedado.

—Pues ahora ya sí.

En cuanto entro en el comedor veo a mi hermano sentado en el sofá con la niña dormida entre sus brazos.

—¿Cómo está Amber? —pregunto.

—Al menos ya no tiene fiebre. Acaba de dormirse.

—Entonces será mejor que no la despierte. ¿Tú has dormido algo?

—Me he acostado con ella cuando hemos llegado y no me he levantado hasta que las chicas me han llamado para comer. Joice se va a ocupar de Briana esta noche porque Grant tiene guardia, así que esta noche creo que conseguiré dormir también.

—Veo que no te hago ninguna falta —protesto sentándome a su lado.

—Vamos a pedir unas pizzas, quédate a cenar y vemos el partido.

Mientras mi hermano va a acostar a la niña saco dos cervezas del frigorífico y me dejo caer en el sofá. No he dado ni el primer trago cuando Reese y Joice llegan de la calle. Reese deja las bolsas sobre la isla de la cocina y se acerca a mí para besarme, pero la agarro de la cintura y la hago caer sobre mis rodillas.

—Te has ido sin despedirte —protesto.

—No quería despertarte, lo siento.

—Tenía planes para esta mañana, ¿sabes?

—¿Qué tal si los llevamos a cabo esta noche?

—No sé... hoy me apetece ver el partido con mi hermano —bromeo.

—Yo me estoy refiriendo a más tarde...

La beso con una sonrisa y la suelto para que vaya a guardar lo que han comprado.

—¿Dónde habéis estado? —pregunto cuando vuelven al salón.

—En el centro, haciendo turismo —contesta Joice—. Mel se ha ofrecido a quedarse echándole una mano a Bruce porque ella ya lo había visto el año pasado, así que hemos aprovechado.

Tras el partido vuelvo al hotel con Reese. En cuanto cierro la puerta ella se pone de puntillas para besarme. La aprieto con fuerza contra mi cuerpo, levantándola por el culo para que mi verga quede aprisionada entre sus muslos, y con la otra mano acaricio su pecho por encima del jersey que lleva puesto. Reese no tiene ganas de bromas y aparta mi pantalón de deporte para acariciarme con la mano abierta, subiendo y bajando por mi polla con suavidad. Es tan pequeña que cada vez que mueve la mano me roza con las tetas, haciéndome gemir. Su cálida boca me embriaga, me seduce como el más caro whisky escocés, y no puedo dejar de beber de ella. Mi lengua se adentra en su cavidad, la explora, la conquista, y sostengo su cara entre mis manos para evitar que se separe de mí de nuevo.

Reese termina de rodillas en el suelo y pasa su lengua por mi glande sin apartar su mirada de mí. Es excitante, sexy, y entierro los dedos en su pelo mientras ella me hace una buena mamada. Sus labios aprisionan mi verga con fuerza, su lengua juguetea con ella y sus dientes me hacen saltar cada vez que rozan mi carne, pero no quiero que termine esta dulce tortura. Siento el pulso latir en la vena de mi cuello, puedo escuchar mi sangre corriendo por mis venas y el corazón está a punto de salirse de mi pecho. Cuando creo que voy a morir de un ataque al corazón la aparto de mí y me deshago de su camiseta, de su falda y de su ropa interior, y la insto a tumbarse en el sofá.

Me arrodillo entre sus piernas, subo sus rodillas hasta su pecho y comienzo a lamerla despacio. Mis lamidas son lentas, húmedas, intensas, y de su boca escapan leves gemidos de placer. Atrapo sus labios entre los míos y

tiro con suavidad antes de dedicarme por completo a acariciar su clítoris con la punta de la lengua. Ella se retuerce, se pellizca los pezones, se contorsiona cuando el orgasmo la atraviesa, y la llevo a la cama para poder follármela de una vez. Estoy cachondo y necesito hacerlo ya, nada de preliminares largos por hoy.

Reese me empuja sobre la cama y se pone en cuclillas sobre mi cuerpo, de espaldas a mí, y agarra mi polla con la mano para guiarla dentro de ella. Centímetro a centímetro me abro paso en su cuerpo, y ella apoya las manos en mi pecho para ayudarse a moverse. Pronto empieza a botar sobre mí, haciéndome casi salir por completo antes de enterrarme hasta el fondo, y la agarro de las caderas para evitar que pare esta dulce tortura. Me muerdo el labio llevado por el placer y la lujuria y observo hipnotizado cómo nuestros cuerpos buscan la liberación mutua. Sus movimientos se vuelven frenéticos, está cachonda y necesitada de un orgasmo, así que la aparto de mi cuerpo por miedo a terminar con una fractura y le doy la vuelta para poder tumbarla sobre mí y ser yo quien bombee.

Sus gemidos inundan mi oído y siento sus dientes desgarrar la piel de mi cuello cuando vuelve a correrse entre espasmos de placer. Yo no he tenido bastante ni por asomo, así que me apoyo en los talones para seguir impulsándome dentro y fuera de ella. El calor me abrasa la piel, el sudor cubre por completo mi cuerpo y mis dientes están apretados en un vano intento de contener mi orgasmo. Me aparto de ella para recuperar el aliento, la pongo a cuatro patas sobre la cama y me clavo en ella para follármela por detrás.

Reese sostiene la sábana entre sus dedos con fuerza, aprieta sus músculos vaginales para estrujarme a conciencia, y yo estoy a punto de correrme sin poder evitarlo. Con un gemido, salgo de su cuerpo para derramar mi semen sobre su espalda y me dejo caer a su lado en la cama respirando

entrecortadamente. Reese se pone de lado y me mira muy seria, así que arqueo una ceja esperando una explicación.

—¿Por qué siempre te corres fuera? —protesta— Te he dicho que tomo la píldora.

—Yo que sé... costumbre, supongo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me da la sensación de que no confías en mí.

—¿Porque me corro fuera?

—Seguro que con Mel no te tomabas tantas molestias.

Me revienta que nombre a Mel en este momento, así que me levanto de la cama para no estar cerca de ella.

—Eso no venía a cuento, Reese. Te has pasado.

—Lo siento, no debería haber dicho eso —se disculpa avergonzada.

—¿Y qué más da dónde me corra? El caso es que ambos lo hagamos, ¿no?

—Bueno sí, pero...

—Vamos, vístete. Será mejor que te lleve a casa de mi hermano.

—¿No dijiste que me quedase a dormir contigo?

—Es cierto, lo dije, pero la verdad es que ahora mismo no tengo ni puta gana de que lo hagas, así que vístete.

—No entiendo por qué te pones así por una simple pregunta.

—Una pregunta que no viene a cuento. Desde el primer momento he dejado claro que esto no es más que una aventura de vacaciones, pero parece que tú estás empezando a pensar en algo más.

—¡Un momento, para el carro! Que te haya preguntado esa gilipollez no

quiere decir que quiera casarme contigo. De hecho serías el último hombre sobre la faz de la tierra con el que pensaría hacerlo.

—¿Y por qué cojones te acuestas conmigo?

—Porque estás bueno y Mel me contó que eras muy bueno en la cama. Cosa que es completamente cierta, debo añadir.

—Espero que estés siendo sincera, Reese, porque una relación entre nosotros queda absolutamente descartada.

—¿Sabes qué? —pregunta levantándose— Creo que se me han quitado las ganas de volver a acostarme contigo. No sabía que eras tan cabrón, Bradem.

—¿Cabrón? ¿Por dejar las cosas claras?

—¡Porque tratas a las mujeres como si fuéramos objetos sexuales!

—¡Lo que me faltaba por escuchar esta noche! ¿Y cómo me has tratado tú a mí, Reese? ¿Como si fuera el príncipe azul?

—Ha sido un error aceptar acostarme contigo —protesta vistiéndose—. Una y no más.

—¿Y tú crees que me importa? Me sobran las tías como tú —contesto a la defensiva.

—O siempre puedes volver a los brazos de Mel, ¿no?

—¡No metas a Mel en esto, joder!

—Tienes razón, ella no tiene ni idea de lo imbécil que puedes llegar a ser.

Recojo mi pantalón para vestirme, pero ella me mira asqueada.

—¿Qué? —protesto— No querrás que te lleve en bolas, ¿o sí?

—Prefiero irme andando a tener que seguir aguantándote.

—Por mí encantado... te llamaré un taxi.

Bajo a la recepción y le doy a Moira orden de que pague el taxi de Reese y me voy a mi despacho para no tener que verla. ¿Por qué coño me tuve que fijar en esa arpía? ¿Qué pretendía, quedarse embarazada para cazarme? Lo siento, preciosa, pero cuando tú vas yo ya he vuelto al menos tres veces. Ya me lo hicieron una vez, no pienso permitir que tú me hagas lo mismo que Blair.

Capítulo 14

A la mañana siguiente me sorprende despertarme con el suave golpeteo de unos nudillos en la puerta de la suite. Me pongo los pantalones de deporte y abro para encontrarme con Mel, que trae una caja de donuts y dos vasos de café.

—Buenos días, Brad —dice empujándome con el hombro para entrar.

—¿Significa esto que ya me has perdonado? —pregunto dejándola pasar.

—Significa que no sigas tentando a tu suerte, capullo.

—¿Ahora soy un capullo?

—Desde luego que lo eres, pero no pienso meterme.

—Reese te lo ha contado, ¿no?

—Por encima. Anda ven aquí y vamos a desayunar.

Me siento en el sillón de al lado y doy un buen sorbo a mi café antes de quedarme mirándola fijamente.

—¿Qué miras? —pregunta elevando los ojos al cielo.

—Estoy esperando que empiece el interrogatorio.

—No pienso preguntarte nada. Si quisieras contarme tu versión de lo sucedido ya lo habrías hecho.

—Pero ya me has llamado capullo.

—Te llamo capullo por lo que pasó conmigo, no por lo que pasara entre Reese y tú anoche.

—Quiero saber qué te ha contado ella.

—Pues te vas a quedar con las ganas. Soy amiga de los dos, Brad, no pienso meterme en medio.

—Al menos dime si está bien.

—Está enfadada y se siente ofendida. Sobrevivirá, pero deberías pedirle disculpas.

—¿Disculpas?

—Si no querías seguir acostándote con ella podrías haberlo hecho de otra forma y lo sabes.

—No tengo ganas de discutir y menos contigo.

—Sabía que no ibas a contarme nada.

—Gracias por el desayuno, Mel —digo cambiando de tema.

—De nada. Yo también tenía que desayunar, así que...

—Y me echabas de menos —añado con una sonrisa—. Vamos, admítelo.

—Eso quisieras tú —contesta, aunque sonrío.

—Echabas de menos a tu amigo favorito y no has podido evitar venir a ver si estaba bien...

—Vale, te echaba de menos y estaba preocupada por ti, pero que no se te suba a la cabeza.

—¿Tienes planes para hoy? Es mi día libre.

—Amber aún no está bien del todo y voy a quedarme con ella.

—Están Reese y Joice, ¿no? Pueden ocuparse ellas.

—Eso es verdad, pero...

—Necesito olvidarme de todo esto, Mel, y quiero que vengas conmigo.

—¿Contigo? ¿A dónde?

—De acampada.

—No, ni hablar.

—¡Vamos! Te lo pasarás bien.

—No he traído ropa de deporte, ¿sabes?

—Te la puedo comprar ahora mismo. Hay una tienda a dos manzanas de aquí.

—Te repito que no me gusta el campo... odio los bichos.

—En esta época no hay bichos, tonta. Vamos... di que sí.

—¿Y por qué no te vas con Grant? A él le encanta irse de acampada contigo.

—Porque no calla ni debajo de agua y necesito tranquilidad. Además, tiene guardia hasta mañana.

—Pues espera a que salga de su guardia.

—Está encaprichado con Joice y seguro que prefiere pasar el poco tiempo que le queda en Escocia con ella.

—Eres un liante —dice por fin.

—¿Entonces te apuntas?

—Sí, pero esta noche estaremos de vuelta, ¿no?

—Si no duermes en una tienda de campaña le quitas toda la gracia a acampar, ¿sabes?

—¡Ah, no! ¡Ni lo sueñes!

—¡Vamos, Mel, no seas así!

—¿Y por qué no vas tú solo? Puede que te pase como a Bruce y encuentres a tu alma gemela.

—Créeme, Amber es la única mujer capaz de cometer la locura de pasearse sola de noche por ahí.

Mel ríe a carcajadas porque sabe que tengo razón.

—Anda, Mel... —ruego poniendo cara de cordero degollado— Necesito escapar un día y quiero que vengas conmigo. No va a ser igual que un spa, pero no te arrepentirás.

—Muy bien, dame una hora que vaya a comprar lo que me hace falta y nos vemos en el hall.

—Ni lo sueñes, no pienso dejarte sola no vaya a ser que cambies de opinión.

—¿Y qué piensas hacer, vestirme tú mismo?

—No hay nada que no haya visto ya unas cuantas veces, así que...

Ella me golpea en el hombro, pero sonrío. Al menos no he perdido del todo a mi amiga... Reconozco que estaba un poco acojonado por si no volvía a hablarme nunca más. Me he acostumbrado tanto a ella que la echaría

terriblemente de menos si eso ocurriera.

Tras estar más de dos horas en la tienda de deportes eligiendo modelito para Mel (no sabía que las mujeres eran igual de delicadas para la ropa de deporte que para la ropa de diario) y pasar por el súper a comprar comida para llevarnos la dejo en su habitación y me voy a la mía a preparar todo lo que necesitamos. Solo tengo un saco de dormir, así que me acerco a casa de Bruce para coger el suyo para Mel. Me sorprende verle en casa, porque se supone que él se ocupa hoy del hotel.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Se me ha olvidado el cargador del portátil y he venido a buscarlo. ¿Y tú? ¿Vienes a recoger a Reese?

—¿A esa arpía? No, gracias.

—¿Reese, arpía? ¿Estás borracho o qué?

—Quiere quedarse embarazada para pillarme.

—¿Qué gilipollez es esa?

—No es una gilipollez, es la verdad.

—Ella no es así, Brad. Te estás equivocando.

—A ti puede que te engañe, pero a mí no.

—Eres tú el que se está engañando a sí mismo. ¿Crees que todas las mujeres son como Blair?

—Y dime, hermanito, ¿para qué va a querer una mujer que un tío se corra dentro si no es para quedarse embarazada?

—No dices más que tonterías. A las chicas...

—Mira, Bruce, no tengo tiempo para charlas de hermanos. Necesito tu

saco de dormir.

—¿A quién llevas de acampada? No a todas las mujeres les gusta follar al aire libre.

—Me encanta tu sarcasmo, pero no voy a follar al aire libre. Voy con Mel, y te aseguro que no tiene ninguna intención de acostarse conmigo.

—Pero tú sí la tienes de hacerlo, ¿verdad?

—No... no, Bruce. Admito que estaría cojonudo, sí, pero no voy a poner nuestra amistad en peligro de nuevo por un polvo.

—Veo que al menos respecto a ella has madurado... Bien hecho.

—No te portes como el hermano mayor que siempre seguirás siendo el enano.

—No me comporto como el mayor, sino como el adulto. Es muy distinto.

—Te recuerdo que no hace mucho tú eras igual que yo.

—Sí, es cierto, pero maduré y conocí al amor de mi vida. Deberías probar a hacer lo mismo. No duele, ¿sabes?

—Ya tuve bastante amor con Blair —ironizo—. No me hace falta más.

—¿Crees que Amber va tras mi dinero?

—¡Claro que no! ¿Por qué dices esa gilipollez?

—Bueno, si metes a todas las mujeres en el mismo saco, ella también entra. Y Mel —dice intencionadamente.

—Tal vez ellas dos sean las excepciones de la regla, pero una es tu mujer y la otra está fuera de mi alcance, así que...

—¿Y por qué piensas que Mel está fuera de tu alcance?

—Ella merece un hombre que pueda hacerla feliz, Bruce. Un hombre de verdad.

—Así que tú eres una nenaza...

—Vuelve a decirme nenaza y te colgaré de los huevos.

—Coge el saco. Está en el trastero.

Me dan ganas de romperle los dientes por poner esa cara de “soy más listo que tú y llevo razón”, pero me callo porque aún tengo que pedirle un favor enorme.

—También tengo que pedirte un favor —digo con cara de bueno.

—¿También? Hoy pides mucho, ¿sabes? Voy a tener que cobrarte comisión.

—Necesito que mañana también te ocupes tú del hotel. Llegaremos por la noche.

—¿Dónde vas a llevarla a acampar? ¿A Edimburgo?

—No tanto... pero casi.

—Muy bien, capullo, pero me la cobraré para mi aniversario.

—Hecho.

Me acerco antes de irme a la habitación de Amber para ver cómo se encuentra, pero está dormida así que me voy para no despertarla. En el pasillo me encuentro a Joice, que me mira con desprecio. Cojonudo, ya la ha puesto Reese también en mi contra con su puñetera versión de lo que pasó anoche.

Son las diez de la mañana cuando salimos de Stornoway. Llevamos el maletero a reventar entre la tienda, los sacos, la barbacoa y la comida.

—¿Cuánto falta para llegar? —pregunta Mel al cabo de un rato.

—Cuatro horas.

—¡Cuatro horas! —exclama incorporándose.

—Sí, y algunas de ellas en ferry.

—¿Pero dónde demonios me llevas, Brad? ¿Al fin del mundo?

—¡No seas exagerada! Vamos al bosque de Glen, en *Carbost*.

—¿Es que no había bosques más cerca de casa?

—Claro que los hay, pero te aseguro que merecerá la pena el largo viaje.

—Sí que era cierto que necesitabas desaparecer, ¿eh?

—Te lo he dicho.

Por fin llegamos al bosque de Glen, donde tenemos que seguir a pie un sendero que cruza el bosque hasta mi destino. Sonríó ante la cara de absoluto asombro de Mel al ver las piscinas de las hadas, un conjunto de piscinas naturales de aguas cristalinas que dejan ver el musgo que crece en el fondo, a varios metros de profundidad.

—¡Madre mía! —susurra Mel— ¡Qué maravilla!

—¿Qué? ¿Mereció la pena el viaje o no?

—Ya lo creo... parece un cuento de hadas.

—Es que estamos en las piscinas de las hadas —susurro a su espalda.

—El nombre le viene que ni pintado.

—Cuenta la leyenda que este es uno de los muchos lugares de Escocia que eligieron las hadas para instalarse cuando llegaron a la Tierra.

—Es alucinante.

—Y aún no has visto nada. Mañana iremos a Fairy Glen, otro de sus

escondites.

—¿Es como esto?

—No, Fairy Glen es un grupo de colinas, pero te aseguro que son igual de bonitas que esto.

Mel me mira con un brillo extraño en los ojos y me echa los brazos al cuello para darme un apretado beso en la mejilla.

—Gracias por convencerme de venir, Brad. Es un sitio mágico.

—Es mi forma de disculparme por nuestra discusión —contesto encogiéndome de hombros.

—Ya te había perdonado, tonto.

—Por si acaso —digo guiñándole—. También puedes aprovechar para hacer fotos para tu trabajo.

—Estoy de vacaciones, ¿sabes? Tomaré fotos para mis recuerdos y así tendré una buena excusa para volver.

—¿No decías que no te gustan las acampadas?

—Créeme, por algo así merece la pena el sacrificio.

—¿Sabes, Mel? Al final lograré que le cojas el gusto a esto.

—Sigue soñando, Brad. Yo soy una mujer de ciudad.

—Yo también lo soy.

—¿Mujer de ciudad? —pregunta riendo a carcajadas.

—Hombre de ciudad quiero decir. A todo el mundo le viene bien cambiar de aires de vez en cuando, ¿sabes?

—Hagamos un trato... si me llevas a sitios tan impresionantes como este

iré de acampada contigo cada vez que venga de visita.

—Te tomo la palabra, Mel. Y ahora será mejor que empecemos a prepararlo todo. Pronto anochecerá y necesitaremos una tienda calentita donde dormir.

Me ocupo de montar la tienda de campaña mientras Mel enciende la barbacoa y se ocupa de la comida. Parece que el buen tiempo se mantiene, así que no hay riesgo de terminar empapados corriendo hasta el hotel más cercano. Tras la comida me tumbo en mi hamaca a observar a Mel haciendo fotos del lago en el que nos hemos instalado, uno de los más grandes, que posee varias pequeñas cascadas. Sin poder evitarlo mi mente vuelve a pensar en las palabras de Bruce. ¿Realmente Mel está fuera de mi alcance? Es una mujer preciosa, divertida, ardiente... y desde luego está como una puñetera cabra, algo que me encanta de ella. Quizás algo entre nosotros podría llegar a funcionar... eso si Mel estuviese interesada en mí, que no es el caso.

Capítulo 15

Por la noche me ocupo yo mismo de la cena ya que Mel ha hecho la comida. Me encanta verla sonreír, tiene una sonrisa contagiosa y no puedo evitar intentar hacerla aflorar cada vez que tengo ocasión. Pongo los filetes en la parrilla y me dispongo a hacer una ensalada ante su atenta mirada.

—Lo vas a tirar todo —advierte cuando el cuenco tiembla sobre mis rodillas.

—Tranquila, soy un buen chef.

—No digo que no lo seas... pero ese bol está a punto de terminar en el suelo y aquí hay una mesa preciosa en la que te puedes apoyar.

—Tengo buenos muslos y lo sabes, muñeca —bromeo—. El bol está estable.

—¿Ha sufrido un infarto? —bromea.

—Qué va, ha sido una miocarditis.

—Te tragas muchas series de médicos, ¿eh?

—Un par de ellas, pero te aseguro que no son tan pastelosas como

Anatomía de Grey.

—Pues doctor capullo, más te vale que la ensalada no muera porque tengo hambre y te quedarás sin chuletas.

Me levanto y coloco el bol en la curva de su estómago con sus piernas mirándola divertido.

—Yo lo mezclo, tú lo sostienes —ordeno.

Ella rodea el bol con los brazos sin moverse de su postura medio tumbada. Cada vez que le doy la vuelta a la cuchara rozo sin querer sus pechos con el antebrazo, y estoy empezando a sudar.

—Tranquilo, machote, ni que fuese la primera vez que las tocas —bromea al verme incómodo.

—No digas chorradas, Mel, es que hace calor.

—¿En serio? Pues yo tengo algo de frío. Estás sudando como un pollo, Brad, reconoce que te has puesto nervioso al tocar a tu vieja amiga.

—Ponte tú al lado de la barbacoa y me dices si no hace calor, ¿vale?

Ella suelta una carcajada y coge mi mano para ponerla de lleno sobre su pecho. Soy incapaz de mirarla a la cara, no quiero estropear mi amistad con ella y lo último que se me pasaría ahora por la cabeza es volver a intentar acostarme con ella, así que la dejo quieta y levanto la mirada arqueando una ceja. Mel sonrío y me suelta, así que le quito el bol de las piernas con un suspiro y lo coloco en la mesa portátil antes de ir a darle la vuelta a los filetes.

—Antes te gustaba tocarlas —dice como si tal cosa.

—Y me sigue gustando, Mel, pero no voy a joder nuestra amistad por un polvo.

—Nunca me has contado qué te hizo tu exmujer —comenta de repente.

—¿Y a qué viene eso ahora?

—Quiero entenderte, eso es todo.

—Eres la única persona que realmente me entiende.

—Quiero entender tu forma de ser con las mujeres, Brad. Quiero saber por qué tienes tanto miedo al compromiso.

—Yo no tengo miedo al compromiso —contesto tendiéndole un plato.

Ella me mira con una ceja arqueada y contesto haciendo yo lo mismo.

—¿Entonces por qué no has pensado en tener una relación con nadie desde tu divorcio? —pregunta.

Con un suspiro me dejo caer en mi hamaca y empiezo a comer en silencio. Ella lo respeta, así que terminamos de cenar y metemos toda la basura en la bolsa antes de recoger el chiringuito para tomarnos un café.

—Blair era una mujer increíble —comienzo a decir mirando al cielo—. Era guapa, inteligente, divertida y buena en la cama. Perdí la cabeza por ella en cuanto la besé por primera vez. Yo era aún un joven demasiado verde en cuestión de chicas, y que una mujer así se fijase en mí me pareció un milagro.

—Claro... porque tú eres un orco —ironiza Mel.

—Ya sabes cómo son los veinteañeros, Mel, llenos de complejos. No pasó ni un año cuando le pedí que se casara conmigo y aceptó. Ahora que ha pasado el tiempo me doy cuenta de que lo hice porque ella insistió en ello. No directamente, claro, no podía delatarse, pero sí con indirectas veladas.

—Te engatusó.

—Totalmente. Tras la luna de miel empezó a comerme la cabeza en contra

de mi familia. Tuve una bronca muy fuerte con Bruce por su culpa, incluso llegamos a las manos, y cada vez que mi madre intentaba hablar conmigo sobre mi comportamiento terminaba por gritarle a ella también. Después de eso empezó a insistir en que tuviésemos un bebé, pero yo no estaba preparado así que siempre evitaba el tema yéndome al bar.

—De ahí tu reacción con Reese.

—Sí. Estaba descontrolado, así que mi padre decidió mandarme a Edimburgo para que hiciese un máster de administración de empresas.

—¿Y ella no se opuso?

—No. Ella quería que dirigiese la empresa y pensó que esa sería el siguiente paso para hacerlo. Dos meses después de mi marcha estaba tan desesperado por verla que me gasté el dinero que tenía para comer en un viaje de vuelta a casa para verla. Cuando llegué me la encontré follando con su mejor amiga.

—¡Joder!

—Una mujer normal se escandalizaría, intentaría darme explicaciones, pero ella era demasiado puta para eso. Sonrió y me tendió la mano para que me uniera a ellas. ¡Para que me uniera!

—Debiste pasarlo muy mal —susurra Mel apretándome la rodilla.

—Tuve una depresión muy fuerte después de aquello, pero en ese momento saqué fuerzas para echarla de la casa y fui a hablar con mi padre. Le pedí perdón y volví a Edimburgo a terminar el máster. Fin de la historia.

Mel se acerca y deposita un suave beso en mis labios. Lo intento, pero si sigue así se me va a hacer imposible contenerme.

—No es culpa tuya que ella fuese una arpía, Brad, pero todas las mujeres

no somos como ella.

—Tal vez me pasara con Reese —reconozco—. Me hizo una pregunta que no venía a cuento y pensé lo peor de ella.

—Tienes que pedirle perdón, machote. Cuéntale tus motivos para pensarlo y estoy segura de que te perdonará.

—¿Tú crees?

—¡Pues claro! Tampoco es que hayas cometido un delito, ¿sabes?

—¿Qué haría yo sin ti, Mel?

—Te aseguro que el gilipollas la mayor parte del tiempo.

—Por suerte no tengo que prescindir de ti, ¿verdad?

Pero eso no es del todo cierto. Algún día Mel encontrará a un hombre que la haga feliz y terminará por alejarse de mí.

—¿Qué tal tu cita de ayer con Garren?

—¿Qué cita?

—Bruce me dijo que habías quedado con él.

—Sí, pero no era una cita. Somos amigos y me pidió que le acompañase a cenar.

—¿No hubo nada más? —la pincho con una sonrisa.

—¡Claro que no! Garren es mono, pero no es el tipo de hombre con el que yo me liaría. Además, quiero una relación estable, ya estoy cansada de polvos de una noche.

Sin pretenderlo veo a Mel feliz con otro hombre, en otra ciudad, en otro país. Cuando eso ocurra sus visitas serán menos frecuentes, y yo tendré que

limitarme a hablar con ella por Skype... si eso no se termina también. Ese pensamiento me produce un vacío insoportable en el estómago, y para no seguir pensando en ello apago el fuego de la barbacoa y preparo los sacos de dormir.

—Será mejor que durmamos un poco —digo cuando he terminado—. Mañana será un día muy largo.

Mel asiente y entra en la tienda. Me meto en mi saco para darle intimidad por si necesita cambiarse de ropa, y la escucho trastear en su mochila antes de gemir.

—¡Mierda! —susurra.

—¿Qué pasa?

—El saco tiene un desgarro.

Me levanto para observar que, efectivamente, el saco de mi hermano tiene un corte bastante desastroso en la parte de abajo que lo hace inservible para dormir, así que hago una bola con él y lo tiro a un lado.

—Vamos, entra en el mío —ordenó.

—¿No es muy pequeño?

—No es doble, pero es bastante ancho. Si nos apretamos podremos dormir perfectamente.

Mel se mete en el saco y se encoje en la parte contraria a la cremallera para dejarme entrar a mí. Aunque me cuesta bastante trabajo consigo cerrarlo, y me pongo de lado para tirar de su cintura hasta pegarla a mi cuerpo.

—Te he dicho que entramos —susurro en su pelo.

Ella me mira con una sonrisa y me besa en la mejilla antes de acurrucarse

para dormir. Yo cierro los ojos, pero soy incapaz de conciliar el sueño. No dejo de darle vueltas a mi pensamiento de antes, y no tengo ni idea de por qué. ¿Qué más me da que Mel se eche novio? Eso no impedirá que sigamos siendo amigos. Acaricio su pelo despacio, intentando no despertarla.

—Me gustaba mucho tu pelo azul, ¿sabes? —susurro—. Me gusta que seas única.

Con un bostezo, cierro los ojos y consigo dormir unas horas. Al amanecer me despierto con la pierna de Mel entre las mías y mi erección matutina clavada en su cadera. Mel está muy quieta, mirándome divertida y aguantándose la risa. Sonrío y me estiro bocarriba, por lo que mi amiga levanta el saco como si fuese una tienda de campaña y Mel estalla en carcajadas.

—¿Acaso no sabes que no podemos evitarlo? —pregunto sonriendo.

—Lo sé, lo sé, es que...

—¿Te parece gracioso que me levante empalmado?

—Sí —contesta riendo—, aunque he de decir que en otras circunstancias le habría sacado mucho partido.

La miro con una ceja arqueada, pero en vez de hacer lo que quiero y lanzarme sobre ella para echarle un buen polvo me levanto y salgo al campo a mear. Una vez recuperada la compostura me quedo en bóxers y me meto dentro de la piscina, que está congelada y me hace gritar.

—¿Estás loco, Brad? —pregunta Mel lavándose los dientes frente a la tienda— Vas a morir de una hipotermia.

—Exagerada... ¡Vamos, métete!

—Ni loca.

—¿Quién más puede decir que se ha bañado con las hadas, Mel?

Se queda un momento mirándome pensativa, pero termina quitándose la ropa y metiéndose en el agua conmigo. Al principio apenas puede respirar de la impresión y los grititos que emite me hacen reír, pero poco a poco se acerca a mí y me rodea el cuello con sus brazos temblorosos.

—Está helada, capullo —protesta tiritando.

—Así te despiertas.

Mel pega su pelvis a la mía y hunde la lengua en mi boca, pillándome por sorpresa. Al instante deja de existir todo a nuestro alrededor, y en vez del frío del agua empiezo a sentir un calor abrasador subir por mi espalda. La rodeo con los brazos y la aprieto con fuerza, sintiendo sus pechos aplastarse contra mis pectorales. Necesito más, mucho más, pero debe ser ella quien lo reclame si quiero que nuestra amistad no se vaya a la mierda. Casi rezo en silencio porque el milagro ocurra, porque Mel me pida lo que estoy deseando hacerle, pero se aparta de mí con una sonrisa de disculpa y sale del agua sin mediar palabra.

Permanezco unos minutos más allí esperando que se me pase el calentón, y cuando ella sale de la tienda vestida por completo entro a cambiarme para ponernos en marcha.

—Lo siento, Brad —dice cuando pongo el coche en marcha—. No debí hacerlo.

—No pasa nada, Mel. Lo entiendo.

—Es la fuerza de la costumbre, ¿sabes? A veces olvido que ya no estamos juntos.

—He de reconocer que yo también lo olvido a veces, así que deja de

preocuparte. *Fairy Glen* está a una hora de aquí, pero primero pararemos a desayunar.

—Muy bien.

Paramos en una pequeña aldea cerca de nuestro destino y desayunamos en una posada muy acogedora. En cuanto Mel pone los pies en *Fairy Glen*, su cara se ilumina por completo. En realidad no es mucho, solo un conjunto de piedras ceremoniales colocadas en un inmenso prado verde lleno de ovejas, pero tengo que reconocer que es uno de los lugares más bonitos de Escocia. Mel se acerca cámara en mano al círculo de piedras para fotografiarlo.

—Dicen que estos monumentos los hicieron los antiguos druidas para viajar a través del tiempo —digo mirando el folleto.

—Como *Callanish*, ¿no es cierto?

—Más o menos.

—Vamos, colócate que te haga una foto.

—Ni hablar, no me gustan las fotos.

—¡Vamos, no seas soso!

—¿Soso? ¿En serio?

—Al menos hazte una conmigo, venga anda...

Sonríó sin poder evitarlo y me coloco junto a ella para hacernos un selfie. Me quedo mirando la foto de la cámara como hipnotizado, sin poder apartar la mirada de ella, pero Mel me la arranca de las manos para comprobar el trabajo.

—Hemos salido muy bien —dice con una sonrisa—. Hacemos buena pareja.

—¿Tú crees? —pregunto— No sé yo...

—Aguafiestas.

—Tienes razón, la hacemos.

Me quedo mirándola fijamente, dándole vueltas a lo que acabo de decir. ¿Realmente hacemos buena pareja? Sacudo la cabeza sacándome la idea de la mente. ¿Pero qué cojones me pasa? Seguro que Bruce me ha metido esa estúpida idea en la cabeza con sus gilipolleces. En cuanto Mel vuelva mañana a Nueva York volveré a verla como lo que realmente es: una simple amiga.

Capítulo 16

El día de la marcha de Mel amanece nublado, como mi estado de ánimo. Es la tercera vez que regresa a Nueva York desde que nos conocimos, pero nunca antes me había sentido así. Antes de levantarme de la cama enciendo el móvil para mirar una vez más la foto que nos hicimos en *Fairy Glen*, y sonrío al ver su cara de niña traviesa. Esta vez ha sido muy distinta a sus anteriores visitas. En este viaje nos hemos conocido mucho mejor mutuamente, le abrí mi corazón al igual que ella hizo con el suyo y hemos conectado mucho más que antes. Es una auténtica lástima, pero el día ha llegado y debo despedirme de ella.

Me levanto y me doy una ducha antes de bajar al restaurante a desayunar. Las chicas cogerán el avión a las diez de la mañana, así que me presento en casa de mi hermano al amanecer. Tengo una conversación pendiente con Reese y debo tenerla antes de que se marche. No quiero que lo haga enfadada, debo disculparme y explicarle el motivo de mi reacción. Después de pensarlo mucho me he dado cuenta de lo que todos ya sabían: que mi rencor hacia Blair me ha nublado el juicio respecto a ella.

Mel me recibe en el salón con Briana en brazos. Le está dando el biberón,

y no puedo evitar sonreír ante la estampa que representan.

—Te queda bien un bebé —digo antes de besarla en la mejilla.

—Creo que eso deberá esperar a que encuentre al amor de mi vida, ¿no crees?

—Siempre puedes ser madre soltera.

—¿Te ofreces voluntario para donarme tu esperma?

—¿Por qué no? Tendríamos unos hijos preciosos. ¿Dónde está Reese?

—En el dormitorio terminando de preparar la maleta. ¿Vas a disculparte?

—Creo que ya toca, ¿no?

—Haces bien, Brad. Ella te entenderá.

En cuanto entro en la habitación Reese intenta esquivarme, pero la retengo del brazo para impedirle que se vaya.

—¿Podemos hablar un minuto? —pregunto.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar, Bradem.

—Por favor, Reese... solo un momento.

Tras un segundo de duda asiente y se sienta sobre la cama con los brazos cruzados.

—Date prisa, tengo que terminar la maleta —ordena.

—Quería pedirte perdón por lo del otro día. Me comporté como un capullo y lo siento.

—Gracias por disculparte. Y ahora, si me disculpas...

Intenta marcharse pero vuelvo a detenerla.

—Por favor, Reese, déjame explicarme.

—No necesito que me expliques nada, Brad.

—Pero yo necesito hacerlo. Por favor...

—Adelante —suspira sentándose en la mecedora.

—Sé que no tengo excusa, pero quiero que entiendas por qué reaccioné como lo hice.

Ella asiente pero permanece callada.

—Mi mujer se dedicó a manipularme durante toda nuestra relación —continúo—. Me alejó de mi familia y mis amigos para tenerme controlado y acceder de esa forma al negocio de mi familia, y creo que aún no lo he llegado a superar del todo.

—¿Se quedó embarazada?

—No, pero no fue porque no lo intentase. La última vez que nos acostamos tuvimos una gran discusión porque pinchó todos los preservativos de la caja. Por eso nunca me corro dentro de una mujer.

—Yo nunca he tenido intención de quedarme embarazada, Brad. Jamás.

—Lo sé, pero tu pregunta...

—Mi pregunta era por simple curiosidad. Sé que a los hombres os gusta más el sexo sin protección y me parecía curioso que tú lo desaprovecharas aun sabiendo que podías estar tranquilo.

—¿Podrás perdonarme?

—Claro que sí —dice al cabo de un momento—. Tal vez dejar de acostarnos juntos haya sido lo mejor para ambos después de todo.

—Siento haberte malinterpretado, de verdad.

—¿Sabes? No es lo único que malinterpretas, y es una lástima.

—¿A qué te refieres?

—A que tienes el amor al alcance de tu mano y estás demasiado ciego para darte cuenta.

—¿El amor? ¿Quién está enamorada de mí?

—No lo sé con seguridad, así que no voy a contarte nada más.

—Reese, ¿me vas a dejar así?

—Creo que sí. Será mi venganza por haberte comportado como un capullo —contesta con una sonrisa—. Cuando vuelva en verano te lo contaré si no me he equivocado.

—Eres mala —digo abrazándola—, pero me alegro de haberlo arreglado.

—Si me lo hubieses contado antes nos habríamos ahorrado muchos dolores de cabeza, ¿sabes?

—Ya... pero ya sabes que soy un gilipollas, ¿no?

—Eso dice Mel.

Las llevo al aeropuerto con Grant, que no se separa de Joice ni un momento. La despedida es amarga, no quiero que Mel se vaya tan pronto, pero la realidad es que ella vive en Nueva York y yo en Escocia, así que nuestra amistad está destinada al Skype. Cuando avisan de su vuelo ella me mira con los ojos anegados en lágrimas y yo tengo que tragarme el nudo que tengo en la garganta.

—Te voy a echar mucho de menos, Blue —susurro contra su pelo.

—Hacía mucho tiempo que no me llamabas así.

—Ya no llevas el pelo azul eléctrico, así que...

—Si quieres vuelvo a ponérmelo cuando vaya a volver...

—La verdad es que estás muy sexy con él...

—Creo que eres tú el único que lo piensa.

—Eso es porque soy el único que te ve tal como eres.

Mel se limpia las lágrimas de la mejilla y se vuelve hacia la ventana.

—¿Cómo están las cosas con Reese? —pregunta— ¿Lo habéis arreglado?

—Mejor... al menos ahora nos soportaremos cuando venga de visita.

—Tal vez es tu alma gemela y no te has dado cuenta.

—No... No es mi tipo. A mí me gustan las mujeres mucho más locas.

—Será por eso que nos llevamos tan bien.

—Llámame cuando llegues a casa, ¿de acuerdo? Sea la hora que sea.

—No te preocupes. Te mandaré un whatsapp en cuanto aterrice.

—Llámame, odio los mensajitos.

—Será muy tarde, Brad, y estaré deseando meterme en la cama. Te llamo al día siguiente, ¿vale?

—Está bien... tendré que conformarme.

La beso en la boca como siempre, un leve roce de nuestros labios que esta vez me sabe más amargo que de costumbre, y la veo entrar en la puerta de embarque.

—Vas a echarla de menos, ¿eh, colega? —pregunta Grant.

—Sí que lo haré. Me he acostumbrado a tenerla cerca y ahora no sé cómo voy a volver a acostumbrarme a no hacerlo.

—Poco a poco.

—¿Y tú estás bien?

—Estoy perfectamente, tío, no te preocupes.

—No me dio la sensación de que lo tuyo con Joice fuese solo un polvo.

—Y te aseguro que no lo es. Voy a mudarme a Nueva York, Brad —dice Grant sorprendiéndome.

—¿Cómo dices?

—Voy a irme a vivir con ella.

—¿Estás seguro de ello?

—Sí. Tú tenías razón, hermano. La quiero, y la vida es demasiado corta como para desaprovecharla con dudas.

—Sí que te ha dado fuerte, ¿eh?

—Lo sabes, tío. Cuando llega esa persona perfecta para ti simplemente lo sabes.

—¿Y es ella esa mujer?

—Sin ninguna duda. Ya he hablado con mi padre para pedir el traslado al hospital de Brooklyn. Está a unas manzanas de la oficina de Joice, y mientras tanto ella se va a encargar de buscar un piso para los dos.

—Parece que tengo que darte la enhorabuena, tío —digo estrechándole en un abrazo—. Pero espero que si decides casarte me invites a la boda.

—Tienes que ser mi padrino, capullo —contesta riendo—. Para eso eres mi hermano.

—Sabes que eso está hecho.

Vuelvo al hotel para recuperar la rutina, pero soy incapaz de quitarme a Mel de la cabeza. ¿Pero qué cojones me pasa?

—¿Ocurre algo? —pregunta Bruce desde su escritorio.

—Grant ha decidido irse con Joice a Nueva York.

—Lo sé, me lo ha contado esta mañana.

—Va a dejarlo todo por ella.

—Eso parece. Está enamorado, y por amor se hacen muchas cosas como esa.

—Voy a echarle mucho de menos, ¿sabes?

—La verdad es que yo también, pero siempre podremos viajar para vernos.

Casi sin darme cuenta mi mente vuelve a volar hacia Mel. No hace ni tres horas que se marchó y ya la estoy echando de menos. Ella es la única mujer con la que puedo ser yo mismo, me siento a gusto con ella y el tiempo que pasamos de acampada me dio la oportunidad de conocerla de verdad. Detrás de toda esa fachada de mujer loca y divertida existe otra mucho más sensible y delicada a la que me encantaría cuidar el resto de mi vida.

Abro los ojos al darme cuenta de lo que eso significa: la quiero, no sé cómo demonios ha pasado pero me he enamorado de ella. Inspiro con fuerza para intentar calmarme. ¿Qué más da que la quiera? No soy lo bastante bueno para ella y tampoco puedo pedirle que lo deje todo para estar conmigo.

—¿Qué te pasa? —pregunta Bruce— Parece que has visto a un fantasma.

—Creo que me he enamorado de ella.

—¿De quién? ¿De Reese?

—No, de Reese no. De Mel.

Esperaba ver sorpresa en el rostro de mi hermano, incluso decepción, pero en vez de eso se apoya en los codos con una enorme sonrisa.

—¿Por qué me miras así? —protesto.

—Porque lo veía venir.

—¿Ahora resulta que eres vidente?

—No hacía falta serlo, Brad. ¿A quién acudiste cuando lo tuyo con Reese se fue a la mierda? A ella.

—Porque es mi amiga.

—Porque la quieres. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Algo debes hacer.

—No voy a hacer nada porque no me la merezco.

—¿Ya estamos otra vez con esa chorrada? ¡Eres un buen hombre, tío! ¿Por qué piensas que no te la mereces?

—Porque no sería capaz de hacerla feliz.

—¿Ahora el adivino eres tú?

—Además, su vida está en Nueva York, no tengo derecho a pedirle que lo deje todo por mí.

—Amber lo dejó todo por mí y es feliz.

—No es lo mismo.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no?

—Para empezar, Amber se había quedado sin trabajo.

—¿Y eso qué tiene que ver? Mel puede trabajar donde le dé la gana. Es fotógrafa y trabaja por su cuenta.

—Amber tampoco tenía familia a la que dejar atrás, Bruce. Mel sí la tiene.

—Pero tenía a Mel, a Reese y a Joice, que son para ella como sus hermanas. Además, existen los aviones, ¿recuerdas?

—Amber es distinta a Mel.

—Esa explicación no me vale, Brad, y en el fondo a ti tampoco.

—No pienso hacer nada porque ella no siente nada por mí, ¿de acuerdo?

—¿Y tú cómo demonios lo sabes?

—Si sintiera algo por mí no habría propiciado mi relación con Reese.

—Tal vez lo hizo porque te quiere lo suficiente como para sacrificarse por tu felicidad.

—No digas chorradas —contesto levantándome.

—Tienes miedo, Bradem —añade mi hermano deteniéndome en el acto—. Tienes miedo de perderla y por eso no quieres decirle nada.

—¿Y si deja de hablarme, Bruce? Prefiero mil veces conservarla como amiga a perderla para siempre.

—Quien no arriesga no gana, ¿recuerdas? Papá nos lo dijo muchas veces, pero parece que tú ya lo has olvidado.

—No lo he olvidado... es solo que no me gusta perder.

Capítulo 17

Hace casi dos meses que Mel volvió a Nueva York. Dos meses en los que he descolgado el teléfono infinidad de veces para confesarle lo que siento, pero todas ellas he terminado colgando antes de llegar siquiera a hablar. Bruce tiene razón: soy un cobarde. No tengo el valor suficiente para escucharla decirme que lo siento, pero que ella solo me quiere como amigo. Después de todas las mujeres que han pasado por mi cama he encontrado a la única con la que puedo plantearme sin miedo un futuro, pero no me atrevo a cagarla para perderla para siempre.

Por si mi conciencia no fuera bastante, Amber se ha empeñado en hacerme la vida imposible, calentándome la cabeza con la infinidad de motivos que tengo según ella para decirle lo que siento, pero parece que por fin ha terminado por darse por vencida y lleva un par de semanas sin dirigirme la palabra. Ya se le pasará, siempre se le pasa.

Hoy mi hermano aparece silbando por la puerta del despacho, poniéndome de peor humor. ¿Acaso quiere restregarme lo feliz que es con el amor de su vida? ¡Ya lo sé, cojones! No tiene que estar fardando de ello todo el tiempo.

—¿Recuerdas que me debes un favor, Brad? —dice al cabo de un rato.

—¿Qué quieres?

—Mañana es mi aniversario.

—Aún faltan unos meses.

—Sí, para el de boda sí, pero no me refería a ese. Mañana hace dos años que conocí a Amber en *Canallish*.

—Pues enhorabuena.

—Sé que es demasiado precipitado, pero tendrás que ocuparte de la empresa durante todo el fin de semana.

—Es miércoles —le informo con una ceja arqueada.

—Mañana nos vamos a pasar unos días en un hotelito rural. Ya sabes... Romanticismo y sexo a puñados.

—¿Y qué vais a hacer con Briana? Mamá está de crucero con Grant.

—No te preocupes por eso, hemos contratado a una niñera.

—¿Una niñera? ¿En serio?

—Claro, hemos contactado con una agencia y nos van a enviar a una mujer muy cualificada.

—¿Es que no veis las noticias?

—Prefiero hacer el amor con mi mujer, ¿por?

—Cada vez hay más maltratos a niños por parte de sus cuidadores.

—No seas exagerado, a Briana no le va a pasar nada. Además, siempre puedes pasarte por casa, ¿no es así?

—Haré más que eso... dormiré en tu casa con la niña hasta que volváis. Y como le vea un solo rasguño...

—Por eso eres su tío favorito.

—Soy el único que tiene.

—Eres el único que tiene cerca, Grant también es su tío.

—Pero vive al otro lado del mundo.

—Bueno, ¿qué? ¿Me harás el favor?

—Que sí, pesado. Llévate a tu mujer de escapada romántica.

—Eres el mejor.

—Sí, lo soy, pero ya no te debo nada.

Bruce se sienta frente a mí y me mira seriamente.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Hacía mucho tiempo que no te veía así, y no me gusta.

—¿Así, cómo?

—De mal humor. Siempre estás enfadado, has perdido el sentido del humor y solo te veo sonreír cuando estás con la niña. No puedes seguir así, Brad.

—Se me pasará.

—Lo dudo. Al menos con Blair te desahogaste follando con otras mujeres, pero no te has acostado con nadie desde que Mel se fue.

—¿Acaso es obligatorio follar en esta familia?

—No he dicho eso. Solo digo que...

—Bruce, en serio, se me pasará. Solo necesito algo de tiempo, ¿de acuerdo?

—Sigo diciendo que deberías llamarla y contarle lo que sientes.

—No empieces otra vez.

—Tranquilo, sé que es una batalla perdida —contesta levantándose—. Voy a preparar las cosas para el viaje. Esta tarde me ocupo yo de la oficina.

—Da igual, de todas formas no tengo nada mejor que hacer.

—Podrías ir al *Glenelg* a tomarte algo. Tal vez te venga bien.

—Quizás tengas razón.

—Siempre la tengo, capullo. Luego te veo.

La mañana se me hace horriblemente tediosa, y no puedo dejar de pensar en Mel. En cómo estará, en si habrá conocido a alguien... mi cobardía ha hecho que cada vez nuestras conversaciones por Skype sean menos frecuentes, y ya llevo cerca de dos semanas sin hablar con ella nada que no sea por whatsapp.

Por la tarde me doy una ducha y me acerco a ver a Kendrick. Creo que la última vez que fui ligué con una tía... y de eso hace ya mucho tiempo. Mi amigo me saluda con una sonrisa y me sirve un whisky antes de sentarse a mi lado.

—Hacía mucho que no te veía por aquí y no tienes buen aspecto. ¿Pasa algo?

—Nada que el tiempo no pueda curar, tío.

—¿Una mujer?

—La mujer de mi vida.

—Entiendo —contesta palmeándome la espalda—. Necesitas cogerte una gorda, Brad. Una de esas que te hacen olvidar.

—Ojalá pudiera, pero mi hermano se larga mañana de fin de semana romántico con su mujer y tengo que hacerme caso del hotel. Además, van a dejar a la niña con una canguro y la verdad es que no me fío demasiado, así que tendré que ir a ocuparme de ella cuando termine de trabajar.

—Pues entonces echa un buen polvo, tío. Eso siempre se te ha dado bien.

Sonrío mirando mi vaso. Es cierto que antes se me daba de muerte, pero ahora no soy capaz de acercarme a una mujer sin acordarme de ella. Me ha jodido vivo, me ha dejado enganchado a su cuerpo y a su mente y ahora no sé cómo demonios desintoxicarme de ella. Tras un par de copas, me despido de Ken y me voy a la cama.

Al día siguiente procuro dejar todo el trabajo listo pronto para poderme ir con Briana. Abro la puerta con mi llave para pillar a la niñera in fraganti en caso de que esté dañando a mi sobrina, pero me quedo muerto en el sitio cuando veo a Mel metiendo a Briana en la cuna.

—¿Mel? —pregunto hipnotizado— ¿Eres tú?

Ella me mira con una sonrisa, y se mueve incómoda al ver que no me muevo del sitio.

—¿Es que no vas a saludarme como Dios manda? —pregunta.

Me acerco a ella lenta, muy lentamente, temiendo que sea solo un espejismo de mi mente enamorada y que se esfume cuando la toque, pero ella termina por lanzarme los brazos al cuello y pegar su cuerpo al mío. Entierro la nariz en su pelo, que vuelve a llevar azul, e inspiro con fuerza, saboreando su olor, disfrutando la sensación de tenerla entre mis brazos.

—Me alegro de verte —susurro.

—Cualquiera diría que no sabías que iba a venir...

—No lo sabía —reconozco—. Creí que una niñera iba a ocuparse de Briana.

—¿Teniendo a tía Mel? Ni en sueños.

Cierro los ojos un segundo, disfrutando de la sensación de tenerla entre mis brazos, y me doy cuenta de que no voy a ser capaz de dejarla marchar de nuevo.

—Te quiero —digo a bocajarro—. Estoy enamorado de ti.

Mel se aparta de mí y me mira con los ojos como platos anegados en lágrimas. ¿La he cagado? ¡Seguro que la he cagado!

—Entiendo que no sientas lo mismo y...

—Cállate —ordena—. Vuelve a decirlo.

—Entiendo...

—¡Eso no, lo otro!

—¿Es que quieres reírte de mí?

—¿Reírme? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—¿Entonces por qué me haces repetirlo?

—¡Porque yo también te quiero, tonto!

—¿Me quieres?

—Desde el momento en que te vi en el bar del hotel hace dos años.

—¿Y por qué nunca has dicho nada?

—Porque siempre decías que no querías relaciones. Después te obsesionaste con Reese y yo...

—Tú solo querías que yo fuese feliz.

—Sí.

—El problema es —digo abrazándola de nuevo— que no puedo ser feliz si tú no estás conmigo.

—¿En serio me quieres?

—¿Alguna vez te he mentado? —Ella niega con la cabeza—. Sé que vivimos en países distintos, pero todo eso se puede solucionar. Yo podría irme a vivir a Nueva York, contigo.

—¿Y dejar a tu familia y tu negocio? No digas tonterías. Yo no tengo nada que me ate a Nueva York, Brad. Mi familia vive en California, y lo mismo da que coja un vuelo desde allí o desde aquí para ir a verles.

—¿Estarías dispuesta a dejarlo todo por mí?

—¿Es que no me conoces lo suficiente, Brad? Haría cualquier cosa por el hombre al que amo.

No puedo esperar más. Ataco su boca con ansia, con desesperación, cegado por el anhelo que he sentido todos estos días. Ella se pega a mí tan desesperada como yo por sentirme, y nuestras manos se enredan intentando deshacerse de la ropa del otro. Llegamos tropezando al dormitorio que antes era mío y terminamos en el suelo entre risas al enredarse nuestros pies con la alfombra.

—¿Briana está dormida? —susurro.

—Por ahora.

No tenemos mucho tiempo, así que nos tumbamos en la cama y acaricio su sexo con mis dedos para comprobar que ya está lista para mí. Mi dulce Mel... enterrarme en ella de nuevo me hace estremecerme, y comienzo a moverme despacio, sin dejar de mirarla. Aparto el pelo azul de su cara con una sonrisa

y la miro divertido.

—Lo decías en serio —digo con voz ronca.

—¿El qué?

—Lo de volver a pintarte el pelo de azul.

—Pues claro que lo decía. Te quiero, ¿sabes?

—Yo también te quiero.

Por un momento todo desaparece a nuestro alrededor: las dudas, los miedos, las inseguridades han quedado en el olvido. Vuelvo a tener entre mis brazos a la mujer de mi vida, a mi chica del pelo azul, y por Dios que no pienso volver a dejarla escapar.

Epílogo

Miro por enésima vez el reloj en lo que va de mañana. El maldito vuelo procedente de Nueva York se retrasa, hace casi un mes que no veo a mi novia y estoy harto de esperar. Mel viajó de vuelta a Nueva York cuando Amber y Bruce volvieron de su escapada para dejarlo todo finiquitado antes de venirse a vivir conmigo a nuestra nueva casa, esa en la que fui incapaz de vivir cuando ella se marchó porque me parecía demasiado grande para vivir sin ella.

Por fin avisan del aterrizaje de su avión y me acerco a la puerta de embarque para esperar a que aparezca. Le he comprado un ramo de rosas rojas, sus favoritas, y llevo en el bolsillo trasero de los vaqueros el anillo con el que voy a pedirle matrimonio en cuanto la vea aparecer. Mi hermano y mi cuñada están conmigo, Amber se ha empeñado en inmortalizar el momento y nadie iba a conseguir hacer que se lo perdiese.

—Ya falta poco, campeón —bromea Bruce.

—Para mí ha sido una eternidad.

Los viajeros del vuelo de Mel empiezan a salir por la puerta, pero no hay ni rastro de ella por ninguna parte y empiezo a ponerme nervioso. ¿Y si se ha

echado atrás a última hora? ¿Y si ha decidido que no soy lo que necesita para el resto de su vida?

Suspiro aliviado cuando por fin la veo aparecer. Es la última, como siempre, pero nada de eso importa ya. Está más guapa que nunca con su vestido blanco, muy acorde con lo que voy a hacer ahora. Casi me dan ganas de echármela al hombro como los antiguos highlanders para llevármela a Gretna Green y casarme con ella hoy mismo.

Mel sonrío en cuanto nos divisa y se acerca a nosotros con paso decidido, pero se para en seco cuando me ve arrodillarme frente a ella.

—¿Qué haces, Brad? —pregunta con voz temblorosa.

—¿Tú qué crees? ¿Piensas que voy a vivir contigo sin habernos casado primero?

Saco la cajita de mi bolsillo y la abro para que vea el anillo de compromiso: un águila portando en su pico un cardo engarzado con un pequeño diamante.

—Siempre dije que no iba a volverme a casar, Mel, pero apareciste en mi vida poniéndolo todo patas arriba, y ahora soy incapaz de vivir sin ti a mi lado. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella asiente entre lágrimas y se lanza a mis brazos. Por fin vuelve a estar donde pertenece, y la beso con toda la intensidad que llevo conteniendo estos días. Sé que no va a ser una vida fácil, ambos somos cabezotas e impulsivos y seguramente discutiremos bastante, pero nada de eso cambiará el hecho de que ella es mi alma gemela, es mi versión personal de mi chica de Canallish.

FIN